

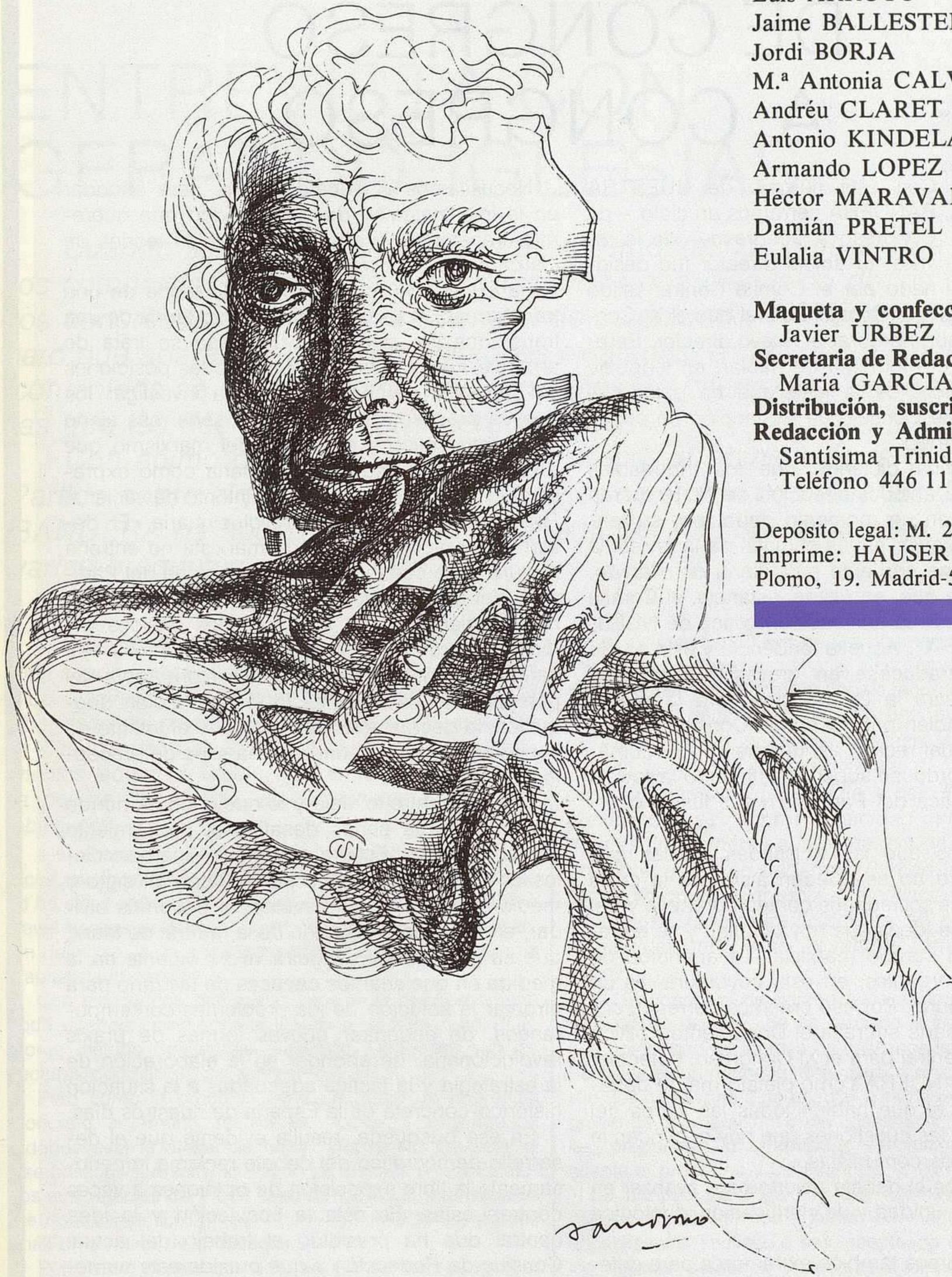
Nuestra Bandera

REVISTA TEORICA Y POLITICA
DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA
N.º 121. NOVIEMBRE/DICIEMBRE 1983. 200 PTAS.



Nueva Izquierda

EDITORIAL	4
Entrevista a Gerardo Iglesias	5
DEBATE ANTE EL CONGRESO	
LA TRANSICION	
Nueva fase en la transición, por Santiago Carrillo Solares	9
Nota sobre la transición, por Antoni Gutiérrez Díaz	12
ANTE LA POLITICA DEL GOBIERNO	
El PCE y el Gobierno PSOE, por Adolfo Piñedo Simal	15
¿Quién ayuda al PSOE?, por Enrique Curiel	17
POLITICA INTERNACIONAL DEL PCE	
El PCE y la situación internacional, por Jaime Ballesteros	21
La lucha por la paz: fundamento y perspectivas, por Andreu Claret	25
PROBLEMAS DEL PARTIDO	
Sobre el Partido Comunista de masas (II), por A. Rico y N. Buena- che	28
Sobre los problemas del Partido, por Francisco Palero	33
XI Congreso: ¿Claridad o confusión?, por Pedro Bolívar Re- verte	38
Valoración de los documentos del C. C., por Rafael Pla López ..	42
PROBLEMAS DE HOY	
“Metro a metro haremos la reforma agraria”, por A. López Salinas	46
Política económica y concertación social, por Julián Ariza Rico .	49
Notas sobre una experiencia de Madrid, por Víctor Díaz Cardiel .	52
LEYES A DEBATE	
La Ley de Reforma Universitaria, por Eulalia Vintro	58
España, ¿tierra de asilo?, por Luis Arroyo	62
INTERNACIONAL	
La política de Reagan en el filo de la navaja, por Héctor Ma- ravall	64
Italia. Un tema a debate. Y, sin embargo, la idea del partido de ma- sas es la más válida, por Alessandro Natta	67
CULTURA	
Ricardo Zamorano	70
El llamamiento a la reconciliación de Pablo Neruda	72
A los diez años de su muerte. Pablo Neruda y España, por Jaime Ruiz Encina	73
Luis Buñuel o la deriva del deseo, por Francico José Martínez Martínez	76
Usos y cambios en la comunicación social, por Vicente Romano .	78
Contribución al marxismo, por Daniel Lacalle	82



Consejo de Redacción

José SANDOVAL - Director

Julián ARIZA

Luis ARROYO

Jaime BALLESTEROS

Jordi BORJA

M.^a Antonia CALVO

Andréu CLARET

Antonio KINDELAN

Armando LOPEZ SALINAS

Héctor MARAVALL

Damián PRETEL

Eulalia VINTRO

Maqueta y confección:

Javier URBEZ

Secretaria de Redacción:

María GARCIA OSET

Distribución, suscripciones,

Redacción y Administración:

Santísima Trinidad, 5. Madrid-10

Teléfono 446 11 00, Ext. 136

Depósito legal: M. 20.166-1977

Imprime: HAUSER Y MENET, S. A.

Plomo, 19. Madrid-5

DE CONGRESO A CONGRESO



Con este número de NUESTRA BANDERA cerramos un ciclo —de Congreso a Congreso— de la revista. El actual director fue designado por el Comité Central salido del X Congreso; el Comité Central que el XI Congreso elija debe nombrar al nuevo director. Parece entonces el momento de hablar, en lenguaje casi cibernético, de la idea que ha guiado el trabajo de este Consejo de Redacción en el período transcurrido.

Empezaremos diciendo que los indudables aciertos de la anterior dirección de N. B. fueron enturbiados, en un momento dado, por su tendencia a privilegiar en las páginas de la revista la opinión de una corriente minoritaria del Partido, con olvido de que, en última instancia, el Comité Ejecutivo “dirige la orientación política de NUESTRA BANDERA”. Aquella tendencia y este olvido habrían de traducirse en graves problemas y quebrantos para la Dirección y para la propia revista. Y también para el nuevo Consejo de Redacción, el cual recibía así una herencia traumática, que se propuso superar resituando la revista teórica y política del Partido en sus justas coordenadas.

Entendemos que las vicisitudes críticas que vive el Partido no se pueden aislar de la crisis que agita a las sociedades contemporáneas y del movimiento de ideas que hoy circulan y se entrecrocán en el campo marxista. La aparición de opiniones divergentes, en esta coyuntura, es un fenómeno natural. Por eso creemos correcto, como por otra parte subraya el Documento Político del Comité Central para el XI Congreso, potenciar NUESTRA BANDERA como plataforma de debate teórico en el que hablen todas las voces del Partido sobre las cuestiones que hoy convocan la atención de los comunistas.

Necesitamos el debate abierto para avanzar en el proceso de unidad y de clarificación ideológica intramuros.

Lo necesitamos también extramuros para detener la erosión ideológica del movimiento obrero y popular.

Necesitamos el debate, en fin, para ahondar en la interpretación de una realidad que queremos transformar y en la prefiguración teórica de los caminos para transformarla.

Para Marx, la teoría no es sólo teoría de una transformación ya cumplida, cuanto teoría de una transformación pendiente. Por eso se trata de arrancar nuevamente de Marx, de las posiciones del marxismo revolucionario, para investigar los nuevos procesos sociales. Nada sería más ajeno al espíritu crítico y dialéctico del marxismo que presentar esa búsqueda necesaria como expresión de “vacilaciones” o como intento de vaciar al Partido de su sustancia revolucionaria. El desarrollo creador de la teoría marxista no entraña ruptura, sino continuidad con la historia del Partido y del movimiento comunista. Ni tampoco significa alejamiento de los principios básicos del marxismo revolucionario; lo que sí atrofia, en cambio, la sustancia crítica y transformadora del pensamiento de Marx es la indoctrinación dogmática, la decapitación del debate y el intento de canonización de la teoría en una serie de preceptos de catecismo.

La lucha entre lo viejo y lo nuevo en el mundo actual presenta serios desafíos al pensamiento teórico marxista. Este mundo se ilumina bajo cielos de distintos colores a los de hace un siglo o medio siglo. Y los comunistas no debemos olvidar, en este año centenario de la muerte de Marx, que su pensamiento seguirá vivo y vigente en la medida en que seamos capaces de utilizarlo para afrontar la solución de los problemas contemporáneos, de encontrar nuevas formas de praxis revolucionaria, de ahondar en la elaboración de la estrategia y la táctica adecuadas a la situación histórico-concreta de la España de nuestros días.

En esa búsqueda, resulta evidente que el desarrollo democrático del debate reclama imperiosamente la libre exposición de opiniones a veces contrapuestas. Es esta la convicción y la idea central que ha presidido el trabajo del actual Consejo de Redacción y que preside este número de NUESTRA BANDERA en vísperas del XI Congreso del Partido Comunista de España.

ENTREVISTA CON GERARDO IGLESIAS

Cuando se produce un gran debate democrático como el que hoy viven los comunistas españoles, comprometidos en la discusión de los documentos congresuales en un clima general de serenidad y responsabilidad, no es raro que aparezcan también opiniones exaltadas, en las que el análisis de los contenidos se vea sustituido por "procesos de intenciones" ni ocasiones en las que los hechos aparezcan tergiversados.

Con ánimo de disipar dudas y esclarecer la opinión de la dirección del Partido sobre algunas de estas cuestiones objeto de controversia, NUESTRA BANDERA ha hecho al secretario general del Partido Comunista de España varias preguntas.

—Algunos camaradas insinúan que la formulación según la cual el PCE es un partido de "inspiración marxista revolucionario", es un paso hacia el abandono del marxismo. ¿Qué piensas de esto, de la vigencia del marxismo, del papel de sus fundamentos teóricos e ideológicos en la elaboración de la política del Partido, de su estrategia y de sus objetivos?

—El abandono del marxismo, de sus fundamentos teóricos revolucionarios, significaría ni más ni menos —como lo ha significado para la socialdemocracia— la renuncia a llevar hasta sus últimas consecuencias la lucha de clases, en definitiva, a la transformación socialista del sistema capitalista imperante.

Con esto queda dicho que para mí el marxismo tiene toda vigencia como soporte teórico e ideológico del PCE, como método de análisis dialéctico. Otra cosa son las lecturas dogmáticas del marxismo.

Pero como la pregunta tiene un punto de referencia concreto, el término "inspiración marxista", yo pregunto: ¿dónde está la diferencia entre "inspiración marxista" y "se basa en el marxismo" como se expresa en los Estatutos aún vigentes del PCE? Creo que la única diferencia es de rigor semántico, puesto que lo de basarse me parece más un término de arquitectura.

Por último, puesto que no creo que se trate de teorizar algo tan obvio para el PCE como la no renuncia del marxismo, vaya un ejemplo concreto: ha sido la actual dirección y no otra quien viene desarrollando una prolongada campaña de difusión de las ideas marxistas con motivo del centenario de Marx. Y lo hemos hecho cierta-

mente aprovechando ese motivo conmemorativo, pero no como mera respuesta rutinaria, sino convencidos de que el PCE tiene que reforzar el debate teórico, la lucha ideológica y la batalla cultural por una nueva sociedad.

—En relación con esto aparece la cuestión del partido laico. Se suele presentar al "partido laico" como un partido sin ideología, y esto lleva a algunos a exigir que se restrinja la laicidad del PCE refiriéndola exclusivamente a la militancia de los cristianos. Tres preguntas en cadena: ¿Partido laico? ¿Laicimos sólo como tolerancia a la afiliación de militantes cristianos? ¿Es contradictorio ser un partido marxista revolucionario y ser al mismo tiempo un partido laico?

— El concepto de partido laico se introdujo ya en el IX Congreso del PCE. Se ha asociado la laicidad del Partido a la posibilidad de ingreso de cristianos en éste, es cierto. Pero ese es un concepto defensivo, restrictivo, puesto que ello nos conduciría a no aceptar a nadie en el PCE que no provenga del marxismo o del cristianismo, aunque acepte las propuestas programáticas revolucionarias, aunque acepte el programa y los Estatutos. Y eso es un absurdo.

La laicidad del PCE hay que asumirla en todas sus consecuencias, tal como la ha formulado hace muchos años Palmiro Togliatti, o sea, aceptando en sus filas con los mismos derechos y deberes a cualquier hombre o mujer "independientemente de su fe religiosa o de sus convicciones filosóficas".

Ello nos conduce a que el punto de referencia esencial es el programa del Partido. No hay doctrina obligatoria. Pero, ¿quiere decir ello que así se renuncia al carácter de

clase, marxista revolucionario del Partido? ¿Quiere ello decir que el Partido queda sin ideología? De ninguna de las maneras.

Como se dice en el Documento Político: "No se renuncia ni peligra por ello el carácter de clase, marxista revolucionario del Partido, pues éste se garantiza por el análisis marxista a la hora de configurar las propuestas programáticas; por la misma composición en cuanto al origen social de sus afiliados —cuya procedencia obrera debemos favorecer—, por su condición de lucha y por su práctica política de masas".

¿Pero es que acaso el programa del PCE que parte en todas sus propuestas de una sociedad dividida en clases y de que es a través de la lucha de clases como se halla el camino de las transformaciones, que defiende un cambio radical de modelo de vida frente al modelo capitalista, carece de ideología?

No se puede confundir ideología con ideologismo. Lo último hemos de desterrarlo si de verdad queremos un partido de masas capaz de librar una batalla ideológica, cultural en el contexto de las nuevas complejidades sociales.

—No falta quien asegure, en relación con el esfuerzo que pide la dirección del PCE para fortalecer los vínculos con los movimientos sociales, que corremos el riesgo de deslizarnos hacia un partido-movimiento, hacia una especie de partido radical, con olvido de su carácter de clase...

—Yo no les encuentro fundamento a esas aseveraciones o preocupaciones. Por el contrario, lo que tiene que ser una constante en un partido comunista es su preocupación por vincularse y estimular a todo lo progresivo que se mueve en la sociedad. Cuando el Partido pierde vínculos con la sociedad, se aleja del trabajo de masas, el peligro ya no es siquiera convertirse en un partido radical, sino en un partido testimonio.

Pero vayamos al meollo de la cuestión: ¿Son o no objetivos progresivos la paz, la ecología y el medio ambiente, el feminismo? La respuesta es rotundamente afirmativa.

Pues bien, en torno a esos objetivos fluyen hoy en la sociedad amplios movimientos, particularmente entre la juventud, que rebasan o desbordan las fronteras de los partidos. O sea, en torno a objetivos marcadamente progresivos existen condiciones para aglutinar y movilizar amplísimos y heterogéneos sectores sociales. ¿Podría entonces el PCE inhibirse de estos movimientos? ¿O acaso se piensa que el Partido debe tener "sus propios movimientos" o asociaciones pacifistas, ecologistas, feministas, etcétera?

En el primero de los supuestos supondría renunciar, sin más, a enormes potencialidades transformadoras. Y en el segundo supuesto, aislarse del "amplio movimiento" dejándolo a la deriva de otras dinámicas o instrumentaliza-

ciones, creando el peligro de confrontarse con la lucha general del movimiento obrero y convirtiéndolo así, objetivamente, en factor regresivo.

Así pues, lo que corresponde a un partido de clase como el PCE es comprometerse a fondo con los objetivos que dan lugar a esos movimientos sociales, comprometer a los trabajadores y a la izquierda, como única forma de integrarlos en la lucha general de los trabajadores y del movimiento obrero. Esta es la postura consecuente revolucionaria, concordante con un proyecto de revolución de la mayoría. Lo demás me parece una visión estrecha, defensiva, de renuncia a mantener hasta el fin el signo progresivo de esos movimientos sociales.

—Pasando a otro capítulo de cuestiones. ¿Tiene fundamentos la crítica de que ha habido un giro a la derecha en la política del Partido? ¿Pretende la dirección del Partido situarse —por repetir una frase en boga— "en la ola del cambio moderado"?

—Si atendemos a lo que han sido los hechos desde la Conferencia de diciembre del ochenta y dos, lo que encontramos es todo lo contrario: una política y una práctica que progresivamente va resituando al PCE ante los trabajadores y la opinión nacional con una posición más nítida, más diferenciada, de partido de izquierda.

¿Cuánto hacía que el PCE no convocaba una manifestación ante la Embajada americana? ¿Cuándo habíamos llevado a la calle como ahora la lucha por el desmantelamiento de las bases americanas en suelo español? ¿Cuándo el Partido en los últimos años había prestado tanta atención a todo lo que signifique trabajo de masas, movilización social? ¿Cuándo, en toda la transición, hemos subrayado tanto el carácter marxista revolucionario del Partido? ¿Cuándo un lenguaje tan nítido como ahora? ¿Cuándo habíamos propuesto como se hace ahora en el Documento Político al XI Congreso la nacionalización de la Banca, por ejemplo?

No. Esa crítica no aguanta el menor contraste con los hechos.

¿Cómo puede hablarse sino falazmente de que el PCE se sitúa "en la ola del cambio moderado" cuando, además de lo dicho, afirmamos permanentemente la necesidad de otra política y de otra estrategia política; cuando el Documento Político al XI Congreso trata justamente de definir con nitidez los fundamentos de esa otra política en lo que llamamos una "alternativa de progreso", como proyecto propio, autónomo?

Por último, quiero decir que, efectivamente, creo en la viabilidad de un PCE en el que quepan todos los comunistas, creo y lucho por ese PCE. Pero estoy convencido que sólo lo lograremos, la integración de todos los comunistas, en la medida que normalicemos la discrepancia; esto es, en la medida que desterremos las descalificaciones, las etiquetas, el recurso a las medidas administrativas para resolver contradicciones salvables políticamente, las

crispaciones en los debates, el juego democrático de las mayorías y las minorías..., evidentemente sin corrientes organizadas.

Aunque pueda resultar paradójico; aunque algunos piensen (¡y lo piensan, aunque aplicado a sí mismos no lo practican!) que la enseñanza de esta prolongada crisis que vive el PCE es que hay que imponer más disciplina; sin embargo, lo que expresa cruda y claramente esta crisis es la necesidad de abrir el Partido, de democratizarlo, de normalizar la discrepancia, así se quiere un Partido con todos los comunistas.

—*Me gustaría que hablases de cómo ha ido adecuando la dirección del PCE sus planteamientos a la política del Gobierno. Desde la investidura de Felipe González hasta ahora, ¿se ha modificado nuestra política? Concretamente: ¿Se dice una cosa en el Documento Político del Comité Central para el XI Congreso y otra en la reciente resolución del Comité Ejecutivo sobre la política del Gobierno PSOE?*

—No hay contradicción alguna entre lo que se dice en el Documento Político al XI Congreso y la resolución del Comité Ejecutivo del trece de septiembre de mil novecientos ochenta y tres. Al contrario, esta última es la consecuencia del primero. En el Documento Político se afirma que "hace falta otra política y otra estrategia distinta del bipartidismo", puesto que la política del Gobierno PSOE "acepta de antemano los límites impuestos por la CEOE y por la gran Banca en lo económico, por muchos poderes fácticos en todo lo relativo a las libertades cívicas o individuales y por los Estados Unidos en política exterior".

Por consiguiente, el llamamiento del Comité Ejecutivo a desarrollar la movilización social, la crítica de masas a esa política y a esa estrategia del Gobierno es la respuesta lógica de un partido comunista. Porque, además, en el mismo Documento Político al XI Congreso, e insistentemente en todos los documentos desde la Conferencia Nacional de diciembre, está la idea de "volver a la sociedad", de fomentar "una activa participación de masas" y de "organización de la sociedad sin las cuales no es concebible ningún proyecto de transformación social".

¿Dónde está, pues, la contradicción entre lo que se dice en el Documento Político al XI Congreso y en la declaración del Comité Ejecutivo del trece de septiembre de mil novecientos ochenta y tres?

—*Quisiera pedirte una precisión más: ¿Cuál es el sentido último de esta política del PCE con referencia al Gobierno? La alternativa de progreso que los comunistas avanzamos, ¿es para situarnos en la oposición neta, para colocarnos en el papel de "conciencia revolucionaria" de la izquierda o para presionar hacia un cambio positivo de la política actual del Gobierno del PSOE?*

—Respondo con una cita textual del Documento Político al XI Congreso: "La *alternativa de progreso* del PCE está destinada a definir con nitidez los fundamentos de esta otra política. Esto es, de un proyecto propio, autónomo, que pretende influir sobre la actuación del Gobierno durante esta legislatura, pero que busca fundamentalmente ofrecer una alternativa a los trabajadores y a la sociedad española".

Añadiría que para que esa alternativa se vaya abriendo paso hay que lograr un reequilibrio en la izquierda, esto es, una fuerte recuperación del PCE. Y que esta alternativa tiene que ir cuajando en la propia sociedad, al calor de una mayor organización y movilización social.

No se trata de mejorar lo que ofrece el Gobierno PSOE, sino de una alternativa distinta que implica profundas transformaciones de la sociedad española.

—*Mirando al horizonte de mil novecientos ochenta y seis, ¿cómo ves las cosas? ¿Cuáles pueden ser las líneas de evolución del acontecer político y del reequilibrio de las fuerzas políticas en presencia?*

—Ya he dicho cuál es la dirección y los objetivos hacia y por los que trabajamos. Los logros en ese sentido, la incidencia de esta política en el horizonte de mil novecientos ochenta y seis van a venir bastante determinados por los resultados del XI Congreso.

Estoy convencido que se nos abren enormes posibilidades de influir en el cambio de rumbo de la actual política del Gobierno a condición de que el XI Congreso reafirme la renovación de prácticas y métodos, de democratización profunda de la vida del Partido, de integración de todos los comunistas en el PCE, de retorno al trabajo de masas, de impulso a todo lo que signifique organización y movilización social, de lucha por la paz y en contra de las bases americanas y la permanencia de España en la OTAN, de relanzamiento de la solidaridad con todos los pueblos del mundo que luchan por su independencia y por el progreso social; a condición de que haya una reafirmación nítida de la estrategia eurocomunista.

Si esto ocurre así, si se desiste de crispaciones y descalificaciones en pro de la unidad, yo soy muy optimista.

—*Sin entrar en detalles sobre temas internacionales, quisiera hacerte dos preguntas. Creo que a nuestros lectores les agradaría saber cómo concibes las relaciones del Partido Comunista de España con el movimiento comunista internacional. ¿Eres partidario de normalizar las relaciones bilaterales con todos los partidos comunistas? ¿Crees útil fomentar ciertas formas de relaciones multilaterales, sin menoscabo de la independencia de cada partido?*

—Desde la Conferencia Nacional de diciembre se han planteado autocríticamente nuestras relaciones con los partidos comunistas en el sentido de considerar una cierta arrogancia en nuestras actitudes, lo que nos había llevado a un notable aislamiento incluso con los partidos comu-

nistas geográficamente más próximos. De ahí que hayamos planteado en la misma Conferencia la necesidad de recomponer las relaciones con todos los partidos comunistas, sin menoscabo, por supuesto, de nuestra independencia y de nuestra estrategia; de ahí que sin hacer dejación de nuestro derecho a la crítica sobre el acontecer del movimiento comunista internacional, planteemos ser más mesurados a la hora de ejercerla.

Partiendo de estas consideraciones autocríticas y de esa voluntad, yo mismo he viajado a Cuba, Portugal y pretendo hacerlo también a Francia. Con el PCP, por ejemplo, hemos recuperado ya una comunicación e intercambios bastante fluidos.

Por lo demás, efectivamente, considero no sólo útil, sino necesario también, desarrollar formas de encuentro multilaterales.

En el marco de Europa Occidental serían importantes y posibles puntos de coincidencia, particularmente sobre los temas de la paz.

—Las grandes movilizaciones pacifistas de las últimas semanas testimonian que la opinión pública europea ha cobrado conciencia de que la instalación de los Pershing II y los Cruise en Europa nos envuelve en una espiral armamentista diabólica y multiplican los riesgos de holocausto nuclear para nuestro continente. ¿Cómo ves nuestra contribución a la lucha por la paz en esta coyuntura?

—Considero sin duda alguna que hoy en España le corresponde al PCE un papel fundamental en la lucha por la paz.

La lucha por la paz en España pasa inequívocamente, entre los demás objetivos de carácter general, por lograr la salida de nuestro país de la OTAN y el desmantelamiento de las bases americanas de nuestro suelo. El PSOE queda, pues, lamentablemente incapacitado para hacer una verdadera contribución a esta lucha en la medida que se ve cada día más alineado y comprometido con la política de la OTAN.

Le corresponde así al PCE, por su posición independiente de los bloques, por sus medios orgánicos y su influencia social, la importante función de servir de aglutinante e impulsor de todas las potencialidades pacifistas, incluida la función de incorporar a esa lucha a las bases socialistas que asumen esos mismos objetivos.

Por eso es tan importante mantener por nuestra parte una posición inequívoca de independencia frente a los bloques, lo que no impide una posición beligerante frente a la agresividad americana; por eso es tan importante evitar cualquier signo monopolizador de esa lucha por parte del PCE.

—Estamos ya en vísperas del XI Congreso. ¿Es cierto que la actual dirección pretende "barrer", eliminar a todos los discrepantes? ¿Qué opinión te merece el mensaje que se desliza por ahí, en el sentido de que el XI Congreso sería la revancha de los que

perdieron en el X Congreso? ¿Es viable un partido en el que quepan todos los comunistas?

—Evidentemente no es cierto que la actual dirección pretenda "barrer" a los discrepantes. Lo evidencia la práctica misma de la dirección. ¿Cuál es esa práctica? Hay un esfuerzo permanente por fomentar la vuelta de los que se han ido del Partido, de todos, sin reparar en el signo de la discrepancia que hayan mantenido y puedan sostener aún: ¿Cómo podría entonces proponerse "barrer" y ni siquiera marginar a los que no se han ido del Partido? Un ejemplo más: estamos asistiendo a descalificaciones públicas y permanentes de la actual dirección por miembros de esa misma dirección, e igualmente a prácticas que se apartan de normas y acuerdos en el Partido, etcétera. A todo ello no sólo la dirección no responde con medidas legales, tampoco con respuestas verbales como hubiera sido corriente en otros momentos. Ni siquiera hemos respondido en ese sentido a conductas como la de Ignacio Gallego que actúa públicamente con otro partido, el PCC. Ello no quiere decir que la actual dirección haga dejación de toda legalidad democrática; quiere decir que está dispuesta a hacer los mayores esfuerzos de integración para salir de la crisis manteniendo la unidad del Partido.

Esa misma voluntad será la que actúe en el Congreso por nuestra parte, lejos de cualquier propósito de revancha.

La atribución a la actual dirección de supuestas intenciones "revanchistas", "liquidacionistas", "electoralistas", "derechistas"..., se dan de frente con la realidad. Por ello no quiero soslayar que expresan un estilo de vieja escuela, aquella que sustituye el argumento político por la descalificación, que ha hecho mucho daño al Partido, lo ha hecho en el contexto de la crisis que ya dura años, y que es necesario superar para normalizar la discrepancia.

DEBATE ANTE EL CONGRESO

LA TRANSICION

Nueva fase en la transición

Santiago Carrillo Solares



El debate sobre si la transición ha terminado a no, es todo menos un debate académico. Las transiciones son, de siempre, muy largas en España. Ya decía Carlos Marx en el año 1854 que:

"España no ha adoptado nunca la moderna moda francesa, tan al uso en 1848, de empezar y terminar una revolución en tres días. Sus esfuerzos en ese terreno son complejos y más prolongados. De tres años parece ser el plazo más breve a que se constrañe, si bien un ciclo revolucionario abarca a veces hasta nueve años... Ni el más agudo político puede predecir cuánto durará la actual ni cuál será su desenlace..." (1).

Desde que Marx escribiera estas palabras ha pasado mucha agua bajo los puentes. Sin embargo, en su fondo, conservan una impresionante actualidad. En la misma obra, el gran pensador y revolucionario escribe también:

"Una de las peculiaridades de las revoluciones consiste en que en el momento mismo en que el pueblo parece estar a punto de dar un gran paso e inaugurar una nueva era, sucumbe a ilusiones del pasado y pone todo el poder e influencia tan costosamente conquistado en manos de hombres que representan, o se supone representan, el movimiento popular de una época ya terminada" (2).

(1) y (2) Carlos Marx: "España revolucionaria (artículos de fondo de la New York Daily Tribune), 1854".

El proceso de cambio que vive España se prolonga ya más de seis años; ha conocido alternativas diversas. Pero, aunque tengamos una Constitución, un diseño de Estado autonomista y unas libertades de las que antes carecíamos, el proceso no ha terminado. La democracia española está asentada sobre las arenas movedizas de un aparato de Estado que no se identifica aún con ella y experimenta la poderosa presión de fuerzas que no han roto con el anterior régimen. Y el marxismo enseña que la cuestión capital a resolver en cualquier cambio es la del Estado; mientras esta cuestión no esté resuelta, todo cambio es precario y no está cerrado.

¿Por qué defendíamos en el 77, y aun en el 78, un Gobierno de concentración democrática? La interpretación maliciosa de nuestros adversarios es que los comunistas quisimos alcanzar entonces la respetabilidad política que puede dar el paso por el Gobierno. Yo no sé si algunos de los nuestros lo entendían también así. En todo caso, ésta no era la mía ni creo que la de la mayoría del núcleo dirigente.

Para nosotros, la cuestión era mucho más profunda. Estábamos en un momento en que las fuerzas más reaccionarias se encontraban en una fase de repliegue y de desconcierto; en que existía una grave fisura entre éstas y las fuerzas reformistas de la burguesía, las cuales, por sus compromisos anteriores con el franquismo, necesitaban —hasta para legitimarse como democráticas— un acuerdo con la izquierda personificada por el PSOE y el PCE.

Un Gobierno de concentración democrática era posible si ambos partidos presionaban a su favor en las instituciones y en la calle. Lograrlo representaba que la clase obrera ocupase un espacio de poder en el momento de mayor debilidad de su adversario; por consiguiente, que el cambio fuese más al fondo de lo que fue y que las masas populares se identificaran profundamente con él y lo impulsaran adelante. De haberse logrado el Gobierno de concentración, eso habría significado la au-

téntica ruptura democrática, que no había tenido aún lugar. La responsabilidad del PSOE en ese fallo, su oposición a dicho Gobierno, basada, en el fondo, en una concepción socialdemócrata y bipartidista y en una mezquina rivalidad partidaria con el PCE —disimulada, a veces, con posiciones “izquierdistas”—, es un hecho innegable. La democracia española lo ha pagado caramente y aún puede pagarlo más caro. Pues las fuerzas de derecha, los poderes fácticos tradicionales, se han rehecho con mucha más rapidez y favorecidos objetivamente por la lacra del terrorismo, las dificultades reales del paso de un Estado centralista a un Estado autonómico y las consecuencias de la crisis económica —factores a los que hay que añadir la dura presión norteamericana— se encuentran hoy decididos no ya a frenar, sino a hacer retroceder el cambio producido. Actualmente, si existe una amenaza de ruptura, no es precisamente por el lado democrático, sino por la derecha.

* * *

Seguimos, pues, en la transición. ¿Y cuáles son las características principales de su fase actual, iniciada *formalmente* con las elecciones del 28 de octubre?

Pues que cuando el pueblo, tras la aplastante victoria del PSOE, pensaba que ahora iba a producirse el cambio real, la ruptura democrática auténtica, resulta que en la práctica continúa el movimiento de retroceso, iniciado con el Gobierno de Calvo-Sotelo, tras el golpe del 23-F.

Ese retroceso se apunta, particularmente, en tres grandes cuestiones que por su dimensión imprimen carácter a la política global del actual Gobierno: la *económico-social*, la *internacional* y la *militar e interior*.

En cuanto a la primera, el Gobierno sigue una línea liberal-conservadora más claramente que los Gobiernos anteriores de UCD.

El remedio a la crisis actual no se ve en la concentración de la mayor cantidad de recursos en manos del Estado, para crear empleos y reactivar la economía, sino en una política monetarista enderezada por todos los medios a elevar el beneficio de las empresas privadas y a entregar a éstas el máximo de facilidades, con un criterio burgués tradicional en otro tipo de crisis: al aumentar el beneficio privado, éste se transforma en inversiones que automáticamente crean puestos de trabajo. Lo cierto y verdadero es que este método no vale. El aumento del beneficio privado puede derivar hacia el atesoramiento en una u otra forma, hacia la inversión en el extranjero, hacia la huida de ese beneficio a los Estados Unidos, que están afrontando su crisis y manteniendo su política de rearme con los dineros que succionan de todas partes, dada la situación privilegiada del dólar y las altas tasas de interés.

Pero ese beneficio no se emplea en nuestro país, donde la reducción de la demanda no permite ampliar el mercado y cuando se emplea lo es en nueva tecnología, que no crea más puestos de trabajo; al contrario, los reduce.

Y, además, ¿cómo se logra ese aumento del beneficio privado? En primer lugar, reduciendo la capacidad adquisitiva de los salarios; ya se da el ejemplo desde el Gobierno de colocar el aumento salarial de los funcionarios un punto y medio por bajo de la inflación prevista para el año próximo. En segundo lugar, reduciendo las cuotas empresariales a la Seguridad Social —lo que, en el caso de una categoría de empresarios modestos, sería aceptable—, pero no las de los trabajadores, que siguen al mismo nivel. En tercer lugar, haciendo jugar a la empresa pública y al Estado un papel subsidiario de la empresa privada, lo que empieza a aparecer transparentemente en el caso de Rumasa, sin hablar de Banca Catalana o de la UVI de los Bancos. En cuarto término, planteando ya la perspectiva de la transformación de sectores muy importantes de la Seguridad Social en negocios privados. Y a estos cuatro ejemplos podrían añadirse otros.

A todo ello se une la política llamada de reconversión industrial, que está haciendo estragos en la siderurgia, va a hacerlos en la construcción naval y, probablemente, en el textil, destruyendo miles de puestos de trabajo, con un efecto multiplicador negativo en otras ramas de producción.

Paralelamente no existe ningún plan de reindustrialización. Y *soluciones* como las que el Gobierno parece prever para Sagunto, en el caso dudoso de dar algún resultado, significarían desnudar un santo para vestir otro; es decir, provocar un traslado de empresas ya existentes con la oferta de desgravaciones fiscales y otras ventajas.

Y otro problema, que afecta directamente a amplias zonas de España —en primer lugar, a Andalucía y Extremadura—, como es la reforma agraria integral, parece que va a ser afrontado de manera que los sumos beneficiarios sean las grandes explotaciones agrícolas capitalistas.

Es verdad que el Gobierno ha esbozado últimamente pasos que le hacen aparecer dispuesto a una *concertación* social para un plan económico trienal. Pero desde las primeras conversaciones se advierte, sin lugar a dudas, que lo único que a los sindicatos se les deja para *concertar* es el nivel salarial, en un intento de que pasen por las horcas caudinas de la reducción del poder adquisitivo de los salarios.

Es decir, en el terreno económico-social, en vez del cambio, el retroceso con la zanahoria de que la recuperación económica norteamericana dé el tirón salvador, milagro en el que de verdad creen muy pocas personas serias.

La actual crisis, inmersa en una gran mutación



memor

de sociedad, reclamaría una política imaginativa, progresista y —¿por qué no decirlo?— verdaderamente revolucionaria, sin la cual muy difícilmente se saldrá del pantano. Los comunistas hemos hablado ya de las líneas generales de esa política, que no son del caso en este artículo.

Pero si hay retroceso en la política económico-social, ¿qué podemos decir de la exterior? Todas las promesas de salida de la OTAN han quedado en agua de borrajas. Ahora ya no hay fecha para el referéndum, se dice que tendrá lugar "cuando concurren las condiciones necesarias", que no se concretan y que parecen referidas a la superación de una tensión mundial que sube por minutos, tras provocaciones agresivas como la invasión de Granada y la transformación en fuerza de intervención de los "marines" presentes en el Líbano; o la negativa a la destrucción simultánea de los misiles SS-20 y los de alcance medio de Francia y Gran Bretaña y la no instalación de los *Cruising* y *Pershing*.

Ya no hay fecha, y se dice que cuando el referéndum se haga, será "sobre la forma en que España deba participar en la defensa occidental", abandonando la promesa de salir de la OTAN. Mientras tanto, "cumpliremos fielmente el Tratado de Washington", seremos "aliados fieles" y reconocemos el "liderazgo de Reagan". Poco a poco se puede lograr, siguiendo ese camino, hacer irreversible la participación en la OTAN, pues en ésta hay una entrada fácil, pero la salida es mucho más problemática.

Así se reduce cada día más la independencia nacional y se rompe con la tradicional neutralidad de España, más justificada hoy que en las dos primeras guerras mundiales.

Y para completar este repaso, ¿cuál es el balance de la política militar del Gobierno? Parece, según la prensa, que el ministro de Defensa lo presentó ante el grupo parlamentario socialista y reconoció la existencia en el Ejército de una tendencia a convertir éste en un poder autónomo. No hace falta encarecer la gravedad del hecho, lo atípico de esta situación en un sistema democrático, los peligros que encierra.

Y en política interior no vamos a reprochar al Gobierno, como hace la derecha, que el problema del terrorismo está sin resolver; es una llaga de la que no nos curaremos fácilmente y que no afecta sólo a España. Pero no pueden dejar de inquietarnos medidas que se anuncian en el momento de escribir este artículo. Y al lado de ello, la tendencia visible a colocar todos los servicios de información, directa o indirectamente, en manos de un Ejército que desea ser un poder autónomo.

* * *

Al lado de estas constataciones negativas, podrían apuntarse otras, en política de autonomías o de educación. Ello no significa que todo lo que ha hecho el Gobierno del PSOE sea negativo. Pero en

aquellas cuestiones que deciden está fuera de duda que seguimos un camino de repliegue, de retroceso; que a pesar de los diez millones de votos del 28-O, no se ha invertido el curso que inició el Gobierno de Calvo-Sotelo.

Además, nos encontramos ante el hecho de que el Gobierno no hace alarde de su fuerza más que frente a la izquierda; en su comportamiento hacia la derecha es de una delicadeza que en la vida parlamentaria desarma al iracundo señor Fraga, al que se ha revestido incluso del tratamiento oficial de "jefe de la oposición", intentando reducir el pluralismo parlamentario a un duelo entre el PSOE y AP.

Lo más positivo desde el 28-O es que las masas populares, esperanzadas por la promesa de cambio, se encuentran más propicias a participar y a defender sus intereses. Y en ese sentimiento tenemos que apoyarnos los comunistas para tratar de lograr un cambio de política.

En esta nueva fase de la transición, consignas que eran justas en el 78, evidentemente, ya no lo son. Ante los comunistas, las cosas se plantean diferentemente. Si no presentamos con claridad ante la clase obrera y el país los peligros de este ceder constante bajo la presión de la derecha y de los poderes fácticos, nos haríamos responsables de las consecuencias de tal política; de un curso que podría terminar lisa y llanamente en una involución. La posibilidad de cambiar este curso, de que al actual repliegue suceda un período de auge democrático que nos permita culminar favorablemente la larga transición, reside en que hablemos con claridad y hagamos comprender esto, sin concesiones, a los compañeros socialistas, a los trabajadores y a la intelectualidad democrática, potenciando el protagonismo político social del conjunto de fuerzas progresistas españolas.

Notas sobre la transición

Antoni Gutiérrez Díaz



El proceso que ha caracterizado, y que para algunos está caracterizando aún, la transformación de las formas dictatoriales de poder a la democracia representa un período de indudable trascendencia, no sólo en función de la situación creada hasta ahora, sino por su influencia sobre los proyectos de futuro.

Toda reflexión sobre los condicionamientos en que se han movido las fuerzas políticas y sociales, el acierto o no de las respuestas que elaboraron en

cada coyuntura, y el análisis de la definición de la situación actual, debe ser contemplada con suma prudencia y con un espíritu muy abierto, dada la complejidad que la envuelve, tanto más para los comunistas, que enfrentamos esta reflexión bajo el impacto de las crisis internas sufridas en el curso de este proceso y bajo el factor negativo que representa nuestro debilitamiento organizativo y el espectacular fracaso electoral del 28 de octubre.

La transición, como una relación entre el movimiento social y el poder político, económico e institucional, se inicia seguramente ya antes de la muerte de Franco. Pero el proceso se acelera con la desaparición del dictador y el progresivo y gradual avance controlado hacia formas de expresión política plural. La consecución de las libertades hizo coincidir en este proceso a las fuerzas más diversas y la confrontación discurrió en la pugna por conseguir dirigir hegemónicamente este proceso.

Una primera conclusión que nos parece que ya puede establecerse hoy es que más allá del juego de tensiones que se dio entre los representantes de la derecha institucional y económico-social, ésta consiguió muy pronto hegemonizar y dirigir el proceso de la transición, pese a integrar algunas reivindicaciones de la izquierda.

También consideramos como punto suficientemente claro hoy para poder definirse más allá de la polémica, que la aprobación de la Constitución y las elecciones del 79 cierran, si más no, una etapa bien definida del proceso de transición. En aquel momento, la derecha marca ya los límites del entendimiento político, económico y social y pone en primer plano una dinámica que dé mayor libertad a su acción, definiendo como su interlocutor a la izquierda moderada, haciendo avanzar un proyecto de bipartidismo que pudiera asegurarle, en el marco democrático definido por la Constitución, que seguirá imponiendo sus grandes directrices políticas, económicas y sociales, ligando estrechamente España a la dinámica del bloque occidental.

Hombres y grupos políticos que hasta el 79 tuvieron su papel en este proceso empiezan a ser cuestionados claramente después del 79, sin que en la mayoría de casos consignan resituarse ante el nuevo panorama.

Es preciso no olvidar, en estas notas provisionales, que todo el proceso tiene lugar en el marco de una crisis económica profunda cuyos efectos se agravan día a día y entre los cuales aparece como elemento fundamental el paro. En esta situación, el movimiento sindical de CC. OO., surgido de una experiencia socio-política, poco estructurado orgánicamente y severamente obstaculizado por el poder; o el de la UGT, nacido de una débil estructura organizativa, pero sin una inserción de masas en el movimiento obrero, cumplían con dificultad la lucha contra los efectos disgregadores de la crisis y el papel de protagonistas para llenar de nuevos conte-

nidos sociales la convivencia democrática conseguida. Por otra parte, el Partido Comunista en España, que había jugado en la lucha contra el franquismo un papel fundamental en la expansión de una cultura democrática, actuaba en un país carente de tradición comunista y coincidiendo, además, con la crisis del movimiento comunista internacional y el cuestionamiento de las realizaciones en la Unión Soviética y en los países ligados a su esfera de influencia como transformaciones auténticamente socialistas, lo cual añadía evidentes elementos de dificultad a su fortalecimiento y, por lo tanto, al papel de la izquierda en ese período.

La importancia de todos estos factores hasta el 79 pudo quedar más o menos difuminada por el esfuerzo común para defender la convivencia democrática conseguida frente al hostigamiento constante del terrorismo y de los nostálgicos de la involución.

Incluso algunas de las consecuciones de este período que intentaban llenar de contenido una política que ponía en primer plano el entendimiento de todas las fuerzas, como los Pactos de la Moncloa, no se saldaron positivamente por el desentendimiento de fuerzas políticas que los habían aceptado formalmente y por la falta de incidencia masiva de fuerzas sociales que no estuvieron en su firma, pero que estaban profundamente implicadas en sus objetivos.

Si el hecho de que la reforma se impusiera a la ruptura definió una nueva situación, el incumplimiento de los Pactos de la Moncloa y las elecciones del 79 obligaban también a plantearse si eran o no válidos los contenidos y las formas con que se expresaba la política de concentración democrática y a preguntarse si la defensa de la estabilidad constitucional no pasaba ya por otros parámetros distintos. En todo caso, la llamada transición había entrado en una nueva etapa.

Problemas pendientes

Es preciso aquí reconocer que grandes cuestiones esenciales para definir esa nueva etapa, en base al punto de vista de las transformaciones, estaban y siguen estando pendientes, desde la reforma administrativa a la reforma agraria, desde la modernización planificada del aparato productivo al control democrático del sistema financiero. El desarrollo legislativo de la Constitución como potencial de una democracia avanzada y la construcción de la España de las autonomías están lejos de haber agotado sus posibilidades. Y el 23 de febrero demostró la existencia organizada de una voluntad antidemocrática en sectores del Ejército, si bien, al mismo tiempo, demostró también que la transición había alcanzado, al menos en el terreno de las libertades formales, un punto de difícil retroceso.

Hasta hoy, el 23 de febrero ha servido a algunos

analistas para insistir que debía seguir ocupando el primer plano en los objetivos de las fuerzas políticas la consolidación de las libertades constitucionales. Pero más allá del papel jugado por la decisión personal del Rey, será preciso analizar también hasta qué punto el marco constitucional tiene ya una notable solidez que exige vigilar las actitudes instrumentales que pueden poner el acento en su pretendida endeblez, ya sea para esconder insuficiencias en la iniciativa política, ya sea para utilizar el miedo frente a una concepción que tiende a poner en primer plano el fortalecimiento de la democracia a partir de dotarla de contenido progresista y abrir con decisión las vías a la participación popular. Los resultados electorales del 28 de octubre ofrecen, a nuestro entender, argumentos consistentes en este sentido.

No nos parece, pues, justo remitir una y otra vez las reflexiones sobre el momento político a los peligros golpistas como elemento esencial. Ciertamente existe en España un foco más o menos organizado de inspiración antidemocrática entre sectores de las Fuerzas Armadas y en el seno de la sociedad civil; un foco que viene estimulado y ayudado constantemente por las provocaciones terroristas. Pero, hoy por hoy, el elemento fundamental es el avance de los hábitos democráticos en el conjunto de la sociedad.

Pero todos estos elementos de reflexión no pueden hacernos olvidar que hoy, en el seno del Partido, tenemos abierta una discusión con elementos claros de polémica que, si bien no pueden cerrarse con descalificaciones, obligan, no obstante, a intentar un cierto grado de definición sobre hechos tan fundamentales como: los resultados del 28 de octubre, ¿no son la culminación de un proceso presente ya a partir del 79?; las crisis del PSUC y del PCE, ¿no representaban en una parte importante la tensión conflictiva en el interior del Partido ante la incapacidad de elaborar estas nuevas propuestas?; nuestro alejamiento de las masas, ¿no ha sido el fenómeno más negativo que hemos sufrido durante el proceso de transición?

Estas notas sobre la transición tienen la voluntad de moverse en un terreno de estímulo a la reflexión abierta, pero, desde la responsabilidad autocrítica, no pueden silenciar que nacen de la consideración de que en nuestra tarea de dirección a lo largo del proceso de transición, junto a aciertos tácticos innegables, hemos tenido insuficiencias estratégicas. Queremos, por tanto, completar las consideraciones generales con las siguientes conclusiones provisionales:

1.^a El proceso de transición que, por la vía de la reforma, ha llevado a la sustitución de las formas autocráticas de poder por la institucionalización de la democracia parlamentaria se realizó en detrimento de los objetivos planteados por la ruptura y en el

marco de una política de consenso democrático hegemonizado por la derecha.

2.^a Este proceso, que se acompaña de una agravación de la crisis económica y de un aumento de la tensión internacional, cierra una etapa bien definida con la firma de los Pactos de la Moncloa, la aprobación de la Constitución y las elecciones legislativas de 1979.

3.^a El papel jugado por el PCE hasta aquel momento estuvo marcado en su inicio por la necesidad de resituarse ante el hecho del avance de la reforma y el fracaso de la ruptura, siendo, no obstante, un factor positivo en la política de consenso, que no se acompañó de un aumento de la influencia de masas ni del fortalecimiento de la organización del Partido.

4.^a A partir del 79 se configura una nueva situación política en la que la derecha tiende a desprenderse de los aspectos más populistas de su actuación, opta por el bipartidismo frente a la izquierda moderada y, de acuerdo con ella desecha en la práctica la política de concentración democrática.

5.^a En este momento clave, la política de los comunistas sigue moviéndose en las propuestas formuladas en la etapa anterior en base a la política de concentración democrática, sin apreciar el vacío dejado por UCD en favor de la derecha más conservadora y la habilidad del PSOE para sintonizar con la esperanza de cambio de las más amplias masas populares.

6.^a En este contexto se producen las crisis del PSUC y del PCE, de contenido complejo, con tratamientos probablemente inadecuados en ambos casos, pero que expresan, al menos en parte, actitudes de disconformidad con la línea política sustentada por la dirección después del 79.

7.^a En esta etapa, la desconexión con las masas se acentúa, tanto por la falta de una política que pueda reflejarse en la acción de éstas como por una práctica política fundamentalmente sobreestructural y no participativa; una práctica llevada exclusivamente desde la dirección del Partido, que ni se correspondía con nuestra fuerza real ni era un instrumento en manos de las organizaciones y de los militantes para intensificar y extender nuestra acción de masas.

8.^a Las elecciones del 28 de octubre expresan, aparte de causas objetivas adversas, nuestros propios errores políticos, abriendo, al mismo tiempo, una nueva situación.

9.^a Si bien es preciso no caer en la discusión abstracta de si la transición ha terminado o no, sí que es necesario abrirse sin reservas a una reflexión autocrítica que acepte que estamos en una nueva situación, con todo lo que ello implica; es decir, elaborar nuevas respuestas para los problemas planteados, ofrecer objetivos de lucha a las masas y revisar nuestros métodos de trabajo.

ANTE LA POLÍTICA DEL GOBIERNO

El PCE y el Gobierno del PSOE

Adolfo Piñedo Simal



La ya larga polémica abierta en nuestro Partido sobre el carácter del Gobierno PSOE y la posición que el PCE debe adoptar ante él revela la importancia de esta cuestión. No es, ciertamente, la única referencia para trazar una línea política, pero sí una a tener muy en cuenta.

La posición que la dirección del Partido ha venido tomando acerca del Gobierno se ha caracterizado por sus contradicciones y vacilaciones. A título de ejemplo, basta recordar que, tras las elecciones locales y regionales de mayo pasado, la mayoría del C. C. consideraba que la colaboración entre socialistas y comunistas iba a ser el eje de nuestra actividad municipal. Luego pasó lo que pasó y no parece que esta previsión se esté correspondiendo con la realidad. Tres cuartos de lo mismo ocurrió con el "apoyo crítico" al Gobierno del PSOE y con otras ideas que la realidad, tan dura, se está encargando de archivar en el baúl de los recuerdos.

Pero no se trata de hacer aquí la crítica a las posiciones mayoritarias en el C. C., sino de hacer una modesta contribución a la cuestión del Gobierno, a la luz de diez meses de experiencia.

Los rasgos esenciales de la política del Gobierno

Es mi opinión que la política del Gobierno se caracteriza por:

a) Un alineamiento, en política exterior, cada vez mayor con las posiciones de los EE. UU., cuyo aspecto más significativo es su opción pro-OTAN, pero no sólo en eso: el reconocimiento del liderazgo de Reagan sobre Occidente, la posición pro-Marruecos y el abandono del Polisario, la "comprensión" de la instalación de los euromisiles y un largo etcétera.

b) Una política económica de corte burgués, liberal-conservador, más consecuente que los Gobierno de UCD; una política basada en la idea de recomponer el excedente empresarial como forma de afrontar la crisis y que no duda en adoptar medidas de estabilización o de ajuste duro (como se dice ahora, en términos más pudorosos). Es obvio el abandono del objetivo de crear 800.000 puestos de trabajo netos y más bien parece que nos acercaremos al resultado de crear 800.000 parados más.

c) En el capítulo del desarrollo y consolidación

de la democracia, una política militar basada en el reconocimiento "de facto" de un poder militar autónomo, un repliegue en la defensa de las libertades y derechos y una política autonómica de freno y marcha atrás.

Tal es el resultado de una opción política, realizada desde antes de las elecciones del 28-O, tendente a instalar en España el sistema bipartidista, es decir, un sistema basado en el turno de dos partidos que se sustenta en el acuerdo de ambos en las cuestiones esenciales, particularmente, en aceptar los intereses del imperialismo, de la Banca y la patronal y de los "poderes fácticos".

Una política condenada al fracaso

Esa opción política está condenada al fracaso (y no a muy largo plazo) por varios motivos:

En primer lugar, porque el que "España funcione", es decir, la modernización de España, su equiparación al modelo de otros países de la Europa Occidental, es incompatible con la pervivencia de poderes y privilegios que este Gobierno parece decidido a no tocar. La cacareada modernización de la superestructura política (el bipartidismo) no es sino una cáscara, un barniz que salta por todos los sitios cuando se abordan los problemas reales. Así pues, no hay modernización que valga a partir de la voluntad política del Gobierno de no entrar en reformas en profundidad, con toda la cautela y la moderación que se quiera, pero entrando al toro.

En segundo lugar, se da la contradicción de que el Gobierno hace la política de la derecha, pero la derecha no se fía ni se fiará del Gobierno, sino que trabaja para su destrucción. Es decir, la política del Gobierno alimenta a sus propios enemigos, y cuanto más cede, más fuertes son éstos y más se ve obligado a ceder. Como en las medallas del amor, el bloque de poder dominante parece decir al Gobierno: "Más a la derecha que ayer, pero menos que mañana".

En tercer lugar, ese curso de la política del Gobierno genera contradicciones en su propio partido, algunas ya visibles, de consecuencias poco previsibles aún, entre quienes piensan que no hay otro medio que hacer esa política y los que consideran que ese camino no lleva a ningún sitio más que a la frustración.

La conclusión a extraer de aquí es que esa política no vale, no sólo ya en relación a los objetivos electorales del PSOE en su campaña del 28-O (parece evidente que lo del cambio era un slogan electoral puro y simple), sino respecto a algunos de los grandes objetivos que las fuerzas de izquierda, progresistas y democráticas nos hemos planteado a lo largo de la transición.

Dos puntos de partida en nuestros análisis

El debate congresual del XI Congreso, en este punto, se caracteriza por dos posiciones de partida:

una (la mayoritaria) que parte de la idea de que el 28-O representa el "inicio de un proceso de renovación de la sociedad española", marcando en esa fecha el final de la transición y achacando nuestros errores pasados a no haber percibido a tiempo la "corriente del cambio moderado" que alentaba en la sociedad española desde antes del 28-O. Otra (la minoritaria) que señalamos que la transición no ha terminado; que no hay tal proceso de renovación y que la "corriente del cambio" no es más que un componente reducido del electorado socialista del 28-O.

¿Qué está demostrando la realidad? Para empezar, si la transición ha terminado, ¿qué es lo que hacíamos los pasados 22 y 23 de octubre saliendo a la calle en manifestación? No cabe duda del rechazo al terrorismo y la necesidad de luchar contra él por parte de cualquier demócrata. Pero si el terrorismo es un peligro real para la democracia española es, sencillamente, porque es la espoleta de la bomba golpista: eso es lo que se percibió con claridad en los acontecimientos de octubre, con todo su riesgo de "reconducción" política. Se argumentará que en todos los países democráticos siempre hay un riesgo golpista; pero esto no pasa de ser un argumento vacío, porque, ¿cómo comparar la posición de las FAS en España y en Portugal o en Francia?

No se ve por ningún lado el proceso de renovación de la sociedad española. Antes al contrario: estamos en una etapa de la transición cuya característica esencial es un proceso de retroceso y regresión social y política.

Y la cuestión que hemos de plantearnos es cómo nos posicionamos ante esa realidad.

En relación al Gobierno, sólo veo una fórmula: la de ser un partido de la oposición, oposición por la izquierda al Gobierno. No vale dar vueltas y tratar de encontrar fórmulas mágicas: cuando se está en desacuerdo con lo fundamental de la política de un Gobierno, se está en la oposición; cuando se está en abierta contradicción con la política de un Gobierno, hay que confrontar esa política. Tal fue nuestro razonamiento durante los debates del Comité Central y parece que la mayoría, a trancas y barrancas, va aceptando esas posiciones. Moverse en el reino de la ambigüedad para decir que apoyaremos lo positivo y rechazaremos lo negativo que haga el Gobierno es decir bien poca cosa; decir que apoyaremos al Gobierno constitucional frente a cualquier intento de involución es obvio, pero no define una línea a seguir en el futuro.

Al llegar a este punto quisiera despejar una aparente contradicción que, a veces, se esgrime como un pretendido argumento de fuerza. Se dice: si la transición no ha terminado, ¿cómo se explica una postura de oposición al Gobierno PSOE? La respuesta es que precisamente la política del Gobierno, de sometimiento a los intereses de los americanos, de la Banca y la patronal, de aceptación tácita del poder militar autónomo, no contribuye, sino al contrario, a la consolidación de la democracia. La experiencia de estos meses viene demostrando un progresivo entendimiento del Gobierno con Fraga, que arranca en su nombramiento como jefe de la oposición y que sigue con los llamamien-

tos a la unidad (¿con quién?) de Felipe y su acuerdo con Fraga a lo relativo al terrorismo. A la vez, la veta anticomunista ha hecho ya su aparición en diversos debates parlamentario por parte del PSOE.

No es de extrañar que esa línea de progresiva entente con Fraga se acentúe en el futuro. En esas circunstancias, y precisamente en aras de la consolidación democrática, el PCE no puede hacer otra cosa más que oponerse. Lo contrario, es decir, cualquier variante del apoyo crítico, nos llevaría a involucrarnos en una política que no contribuye a la consolidación democrática, sino a una pendiente peligrosa.

Y es sólo a partir de una posición de claridad como podremos abrir cauces de diálogo con el PSOE (que es algo distinto del Gobierno), alentar las corrientes de izquierda en ese partido y acumular fuerzas para invertir la tendencia actual.

Sólo así nos comenzará a entender el sector de izquierdas del electorado socialista, ese sector que se creyó lo del cambio, que optó por el mal menor de Felipe frente a Fraga. Pero para ello es imprescindible que el PCE abandone un análisis sociológico, electoralista, y afronte la realidad por cruda que ésta sea.

Un giro a la izquierda

En el origen de este nuevo período de la transición española se encuentra la política del imperialismo norteamericano, ante la crisis económica mundial. La agresividad creciente de la era Reagan no puede interpretarse como el fruto de la voluntad de un lunático, sino como una estrategia calculada tendente a restablecer la capacidad de mando norteamericano sobre el mundo, diez años después del inicio de la crisis del petróleo.

Sus efectos sobre España se manifiestan en la tendencia al alineamiento de nuestra política exterior y en el curso de nuestra economía. Pero esos efectos están agravados, en nuestro país, por las consecuencias del 23-F y por el posicionamiento del Gobierno socialista, producto, inicialmente, de una opción política de la cual es cada vez más prisionero.

Tal y como algunos predijeron, aun antes del 28-O, la victoria del PSOE significaba teóricamente la victoria de la izquierda, pero en la práctica era el fortalecimiento de la derecha. Las paradojas de la peculiar situación que vivimos no deberían, sin embargo, nublar nuestro juicio. Tenemos un Gobierno que representa a un partido de la izquierda, pero que hace la política más de derechas de toda la transición. Es el Gobierno con más poder parlamentario e institucional, pero a su vez es el Gobierno más débil socialmente al punto que, contando con la mayoría absoluta en la Cámara, recurre una y otra vez a buscar el apoyo de AP. Diez millones y medio de ciudadanos respaldan con su voto un programa de cambio, pero el Gobierno que expresa esa voluntad popular hace todo lo posible por desarticular la capacidad de organización y movilización sociales.

De otro lado, nuestra derrota electoral el 28-O tiene, como componente esencial (no el único, pero

sí el más importante), nuestra escasa diferenciación del PSOE a los ojos del electorado comunista.

De todo ello se deduce la necesidad de un giro a la izquierda en la política del PCE, acompañado de la correspondiente autocrítica.

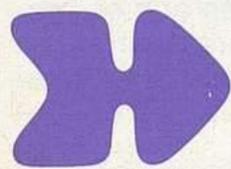
Un giro cuya consecuencia sea la de ofrecer y practicar una política que ligue la consolidación del sistema democrático a las reformas en profundidad, necesarias para la modernización de España y para abordar por otra vía la crisis económica.

El primer paso, al nivel de las formulaciones, es dejar las cosas claras respecto al Gobierno y eso significa pronunciarnos a ser la oposición por la izquierda al Gobierno, confrontar su política con la nuestra propia y, a partir de ahí, mantener el diálogo con los socialistas, tratando de favorecer las posiciones de izquierda en ese partido.



¿Quién ayuda al PSOE?

Enrique Curiel



No es casual que uno de los temas que mayor debate está suscitando en el Partido sea el relativo a la estrategia que debemos seguir con respecto al PSOE y a la política que éste viene desarrollando desde el Gobierno. La trascendencia de la cuestión resulta evidente, toda vez que la recuperación del Partido depende en buena medida de que definamos certeramente esa estrategia del PSOE y, en consecuencia, perfilamos una adecuada política del PCE, cosa que, en parte, comenzamos a realizar en la Conferencia Nacional de diciembre de 1982, concretada posteriormente en la estrategia electoral de la campaña municipal y autonómica del día 8 de mayo.

I.

Es claro que las elecciones generales del 28-O significaron una auténtica conmoción en la situación política española y una profunda modificación del cuadro político en nuestro país.

Por primera vez en nuestra Historia asistíamos a la formación de un Gobierno socialista monocolor, apoyado por una mayoría parlamentaria absoluta cuyo precedente no resulta fácil encontrar en nuestra historia constitucional; el sistema esencialmente cuatripartidista de la transición adquiriría un sesgo bipartidista; la derecha era desalojada del Gobierno al hundirse el centro y nuestro Partido sufría un auténtico descalabro electoral. Pese a los rumores

de nuevos intentos involucionistas que cruzaron la campaña electoral, el veredicto de las urnas fue claro: se deseaba un cambio de política y una mayor estabilidad democrática. El cambio deseado era de carácter claramente democrático y progresista.

¿Cuáles fueron las causas profundas que originaron tal modificación del cuadro político español? Sin duda, una respuesta completa a tal interrogante exigirá una mayor perspectiva en el tiempo, junto con un análisis más riguroso de los resultados citados.

Sin embargo, resulta evidente que el descrédito progresivo de los Gobiernos de Adolfo Suárez y después de Calvo-Sotelo, la degradación de la situación económica y social, la política autonómica desarrollada por UCD, a medio camino entre la confusión y el despropósito; la sensación de inestabilidad democrática provocada, en parte, por la debilidad de los Gobiernos centristas y aprovechada por los sectores involucionistas, las decisiones de Calvo-Sotelo sobre la OTAN y, sobre todo, la sensación generalizada de caos y bloqueo político, la falta de perspectiva de desarrollo democrático del país, generaron el desarrollo dialéctico de una ola de fondo de amplísimos sectores de la sociedad española que querían otra política, definida de forma simple, por desear lo contrario de lo que venía haciendo la UCD. Sigo pensando que nosotros no supimos percibir esa situación y cometimos errores políticos al enfocar nuestra actuación, a partir del giro propiciado por Suárez cuando decide disolver las Cortes en diciembre de 1978.

Y los comunistas debemos reflexionar con serenidad sobre ello, en la medida en que el 28-O sufrimos una evidente derrota política. Ni podemos ni debemos adoptar la actitud simplista, consistente en descubrir en los demás las causas de todo lo ocurrido, justificando todas y cada una de las decisiones adoptadas por nosotros. Y ello por dos razones. La primera, porque la solidez política e ideológica de un Partido como el nuestro se pone de manifiesto cuando se es capaz de analizar errores, sintetizar experiencias e introducir los cambios oportunos para corregir el rumbo, cosa que hemos hecho varias veces en los últimos años. La segunda, porque no será posible definir con nitidez la táctica del PCE en la próxima etapa si no acertamos a clarificar las causas de lo ocurrido.

Resulta evidente que el PSOE venía definiendo una estrategia de "alternativa de poder" que revelaba una concepción y una voluntad de dirigir la transición por unos caminos muy distintos a aquéllos que nosotros veníamos defendiendo. Esa estrategia de "alternativa de poder" significaba, por parte del PSOE, renunciar a la idea de unidad de la izquierda, intentando aislarnos política y sindicalmente y, al mismo tiempo, despejar el terreno del "centro político", para lo cual participó en la voladura de UCD estableciendo una convergencia táctica y objetiva con la derecha conservadora para lograr el fin apuntado. En el fondo se trataba de saber si avanzábamos hacia el "modelo italiano" con un peso evidente de una izquierda marxista revolucionaria que abriría perspectivas de transformación real de la sociedad española, o si caminábamos hacia

el "modelo alemán", con un sistema político que podríamos definir como de la "neo-restauración", en el que la izquierda marxista tuviera una escasa influencia y que se alejara, por tanto, ese proceso transformador al que antes aludía. Probablemente, hasta aquí estemos muchos de acuerdo.

Pero no resolvemos el problema limitándonos a constatar evidencias. La cuestión es otra. ¿Era inevitable el resultado del 28-O para el PCE? ¿Supimos captar los cambios que se operaban en la situación política desde 1979, para girar y actuar en consecuencia? ¿No fuimos también responsables de nuestro propio aislamiento al exagerar el peligro de golpe militar durante la campaña electoral? ¿No fuimos víctimas de nuestro propio tacticismo al bascular permanentemente entre la política de "frente democrático" y política de "unidad de la izquierda"? ¿No era una contradicción evidente criticar al PSOE por su apoyo al Gobierno de Calvo-Sotelo y al mismo tiempo proponer una solución pos-28-O con la UCD de Landelino Lavilla, que nos hacía aparecer a la derecha del PSOE y oponiéndonos al cambio?

Creo que desenfocamos el análisis de la situación política y no supimos posicionarnos adecuadamente para amortiguar, al menos, los resultados del 28-O para nuestro Partido. Debimos asumir desde 1979 un papel claro por un cambio de política, desde una posición de izquierda responsable, en la medida en que la "derechización" de UCD alejaba las condiciones para practicar con éxito una política de "frente democrático".

Lo cierto es que no éramos nosotros los que desbordamos al PSOE, sino que era el PSOE el que nos desbordaba a nosotros. Nuestras dudas, oscilaciones y quiebros permitieron al PSOE defender la idea de que España necesitaba "una pasada por la izquierda" cuando nosotros estábamos pendientes de Calvo-Sotelo, y propugnaba una política de "responsabilidad" cuando nosotros girábamos en sentido contrario. Nuestro tacticismo facilitaba nuestro aislamiento.

De esta fase provienen los problemas que señalan ahora muchos militantes, cuando se refieren a la falta de diferenciación del PCE con el PSOE durante una larga etapa, lo cual explica en parte nuestro resultado electoral. Lo cierto es que no estaba claro ante el pueblo español el perfil político del PCE.

II. ¿Cuál es la política del PSOE?

Tras un año de gestión del Gobierno socialista, la estrategia seguida por el PSOE guarda estrecha relación y plena coherencia con su actitud durante el período anterior. Gobierna desde una perspectiva de "centro", impide el surgimiento de cualquier fuerza de ese signo, apoya a Fraga como "líder de la oposición" y, al mismo tiempo, se apoya en él para justificar la moderación de su política porque el "margen de maniobra" es muy estrecho. De forma simultánea pretende aislarnos a nosotros, situando al país ante la disyuntiva "o Fraga o yo", confiando, además, en que las crisis internas impidan nuestra recuperación política y electoral, al tiempo que pretende propiciar la evolución del PCE

hacia posiciones dogmáticas, sectarias y de "ghetto" ideológico, con el fin de despejar también el terreno a su izquierda. Esta es la síntesis apretada del documento de estrategia política aprobado por la Ejecutiva del PSOE en el pasado mes de julio y cuyo objetivo no es otro que gobernar sin abordar los cambios que reclama la sociedad española y sin que el desgaste propio de su gestión le suponga ningún quebranto electoral.

Así, el mantenimiento de Fraga y la tentación del PCE de trasladarse a posiciones testimoniales, de "confrontación" pura y simple con el PSOE, de radicalismo estético, supondrían una enorme ayuda al partido de Felipe González para ser confirmadas sus aspiraciones de ampliar su espectro político y, por consiguiente, facilitaría el aislamiento del PCE y de la clase obrera, consolidando una salida de la crisis de signo conservador.

Pues bien, el PSOE está siguiendo exactamente esa estrategia con la que nosotros tenemos una discrepancia de fondo y en relación con la cual debemos definir una política inteligente que haga posible la recuperación de un sólido y fuerte PCE, la recomposición del cuadro político modificando el actual sesgo bipartidista y que permita establecer una relación de fuerzas adecuada para abrir en España un amplio proceso transformador, cuya realización dependerá también esencialmente de la evolución de los acontecimientos en Europa. Es claro que no existirá el cambio en España sin una estrategia regional europea que permita conectar adecuadamente una política de progreso en España con las transformaciones inevitables que es preciso abordar en las diversas estructuras europeas, recuperando un amplio nivel de autonomía en relación con la agresividad creciente de la Administración Reagan.

No cabe duda que el proceso será largo, complejo y su desarrollo dependerá en gran medida de la evolución de la situación internacional. Pero volviendo al tema que nos ocupa, esa estrategia del PSOE se manifiesta en los diversos órdenes de la gestión del Gobierno. Existe un "hilo conductor" evidente: se trata de gestionar la crisis a través de pequeños retoques sin abordar reformas estructurales, procurando no enfrentarse a ninguno de los poderes conservadores existentes en nuestro país y procediendo coherentemente a un alienamiento progresivo en relación con la Administración norteamericana, tanto en la vertiente militar como en la vertiente económica.

Pero esa política no debería ser una sorpresa para ninguno de nosotros ni causar estremecimientos por la "moderación" de la política socialista.

Ese hilo conductor tiene sus vertientes más negativas en las áreas relativas a la política económico-social, en la política exterior y en la política autonómica, suficientemente analizadas en recientes documentos y declaraciones del Partido y a las cuales me remito.

III. ¿Qué política debe desarrollar el PCE?

Sin duda, esa estrategia del PSOE, aparentemente factible, puede tener repercusiones muy ne-



amismm

gativas desde el punto de vista de los intereses de la izquierda en general. Una frustración colectiva de la voluntad manifestada el 28-O puede abrir el camino del poder a la derecha conservadora alejando, en consecuencia, las posibilidades de desarrollar una auténtica política de progreso en España. Si la derecha se mantiene unida de cara a 1986, lo cual parece probable, el peligro apuntado puede no ser una quimera, sino una preocupante realidad política, cuya responsabilidad fundamental recaería en el PSOE.

¿Quiere eso decir que debemos "acoplarnos" al esquema en el que pretenden encerrarnos? En absoluto. Creo que nuestra actividad debe estar orientada en los próximos años a la recuperación política, ideológica y electoral del PCE en el marco de una recomposición del cuadro político, aunque en gran parte ello no dependa de nosotros. La cuestión es: ¿cómo hacerlo?, ¿qué táctica desarrollar?

Tras el 28 de octubre, y durante las primeras reuniones del Comité Ejecutivo, existía una amplia coincidencia para apreciar que en la nueva situación al PCE le acechaban dos peligros. El primero, realizar una política seguidista del PSOE, siendo incapaces de ofrecer alternativas realizables a las propuestas del Gobierno. El segundo, caer en una política de confrontación por principio, que nos aislaría, facilitando al PSOE la acusación de que estábamos realizando una "pinza" con Alianza Popular.

A mi juicio, hemos logrado huir de ambos peligros al articular una política que con sus errores, pero también con sus aciertos, ha permitido recuperar en parte el perfil político del PCE, tal y como se demostró en las elecciones municipales y autonómicas del 8 de mayo. En síntesis, esa política se puede definir a través de los siguientes rasgos: — Para el PCE resulta de especial trascendencia que no se produzca una segunda oleada de desencanto en nuestro país como consecuencia de los errores y de la política desarrollada por el PSOE. En consecuencia, es preciso cumplir la voluntad política manifestada en las últimas elecciones generales, exigiendo una política de cambios con el fin de no frustrar el momento histórico que significa el acceso al Gobierno del Partido Socialista.

— En ese sentido, y para el logro del fin apuntado, como afirmó Santiago Carrillo en el debate de investidura de Felipe González, el PCE "está dispuesto a una cooperación leal y constructiva con el Gobierno socialista desde posiciones de una izquierda marxista, obrera y popular". En ese sentido apoyaremos cuantas medidas de progreso adopte el Gobierno.

— Ello no nos ha impedido considerar críticamente aspectos esenciales de la política gubernamental, especialmente los relativos a la política económica y social y a la política exterior.

— En tales cuestiones hemos venido incrementando nuestro nivel de oposición al Ejecutivo, acompañando ese nivel a la clarificación de su política, a la constatación de su progresivo alejamiento del programa electoral del PSOE y, lo que es más importante, a la asunción por parte de amplísimos sectores sociales del carácter negativo de la política del PSOE.

— Hemos querido fundamentar esa oposición progresiva en alternativas concretas a las medidas del Gobierno, apoyándolas a través de amplias movilizaciones sociales con el fin de reactivar a todos los sectores de nuestra sociedad de signo progresista

y, en ese contexto, intentar que el Partido recupere la conexión perdida con la sociedad, ofreciendo cauces de participación popular y orientando políticamente el descontento que genera la gestión socialista.

— Desde esta perspectiva hemos intentado influir en los sectores más progresistas del PSOE y de la UGT para que presionen en el logro de un cambio en la política del Gobierno, reafirmando la estrategia de unidad y colaboración de socialistas y comunistas y evitando caer en el error de concebir al PSOE y a la UGT como organizaciones monolíticas desde el punto de vista político.

En definitiva, estamos intentando definir una táctica y una estrategia que nos permita disputar al PSOE la hegemonía por el desarrollo de una política de progreso en España, que nos permita recuperar el perfil político de un Partido marxista revolucionario, conectado con la realidad y que es capaz de interpretar la voluntad política de muchos españoles que desean un cambio real en nuestro país y que no comprenderían hoy que el PCE le negara al PSOE lo que con tanta facilidad le entregó a la UCD.

Sigo convencido de que una estrategia de confrontación pura y simple con el PSOE sería la mejor ayuda que podríamos prestar a los que desean ver un PCE aislado y débil, incapaz de influir eficazmente en la realidad española.

POLITICA INTERNACIONAL

DEL P. C. E.

El PCE y la situación internacional

Jaime Ballesteros



Desde el mes de junio, en que se iniciaron las discusiones en el Comité Central, preparatorias del XI Congreso, hasta hoy hemos presenciado, de un lado, la intervención norteamericana en el Líbano, la cada día más creciente en Nicaragua y la invasión de Granada; de otro, el aumento de las dificultades al ingreso de España en el Mercado Común y el agravamiento de las condiciones en que España se relaciona económicamente con la CEE (resolución del Congreso del PSF y nueva reglamentación de frutas y hortalizas para los productos mediterráneos).

He aquí que dos de los temas en que se centró el debate de junio en la tesis sobre política internacional aparecen hoy con más claridad aún que en aquel momento. Es evidente que lo característico del momento histórico actual es el aumento de la agresividad del imperialismo; que éste, con Reagan, ha pasado a una contraofensiva con la que intenta afianzar su dominio sobre el mundo, aun a costa de situarle al borde de la destrucción. Y que, en consecuencia, los comunistas hemos de dar a nuestra política una orientación decididamente antiimperialista —lo que no contradice en lo más mínimo nuestra postura favorable a la superación de los bloques militares— no sólo en cuestiones puntuales de solidaridad y denuncia, y en la lucha por la paz, con ser todo ello muy importante, sino como una orientación global de nuestra política internacional.

Respecto al ingreso de España en el Mercado Común, las dificultades aparecen ya tan patentes, así como la necesidad de una negociación en que la sociedad civil no se inhiba en favor del Gobierno, sino que intervenga día a día en ella, que nuestros diputados presentaron certeramente una moción en el Congreso, con motivo del debate sobre política internacional recientemente celebrado, en la que se decía: "Sobre el estado de las negociaciones para el ingreso de España en la CEE, el Congreso de los Diputados, al tiempo que reafirma su voluntad de integración plena en las Comunidades Europeas,

pide al Gobierno que, en el plazo de un mes, elabore un informe pormenorizado del estado de la negociación; que dicho informe sea enviado a las Cortes, a las Comunidades Autónomas, a las fuerzas sindicales, empresariales, de agricultores y a las Universidades, al objeto de que la sociedad española tenga la información necesaria para opinar sobre dichas negociaciones. Este debate nacional deberá concluir en una discusión en el Pleno del Congreso de los Diputados".

Paralelamente a la agravación de estas dos cuestiones, el Gobierno del PSOE ha seguido afirmando su orientación atlantista, tanto en el apoyo a la instalación de los euromisiles como en otra serie de "gestos" cada día más preocupantes. Así, la débil reacción ante la invasión de Granada —que no ha condenado, sino que ha "expresado su preocupación"—; la disposición, expresada por el ministro Morán, a que España envíe militares u observadores al Líbano en caso de ser solicitada para ello, y que no tendrá otro carácter que el de la complicidad con la intervención norteamericana; o la afirmación de Felipe González de que su convicción es que el peligro de guerra viene de la URSS y por ello España debe asumir responsabilidades en esa pretendida "defensa de Occidente".

Esto está llevando al Gobierno a una posición peligrosa para los intereses de España. Ya aparece evidente que en el Gobierno —desde luego en el presidente— existe la voluntad de que España no salga de la OTAN y cuando habla del referéndum, no se trata del prometido, con una nítida y única pregunta sobre si los españoles deseamos permanecer o salir de la OTAN, sino de *otro referéndum* en el que la consulta sea sobre "la participación de España en la defensa de Occidente". A esto hay que agregar el que el Gobierno de Felipe González, cada vez de una forma más directa, está ofertando a Estados Unidos la permanencia de España en la OTAN a cambio de su colaboración para que intente levantar los vetos de algunos países europeos al ingreso de España en el Mercado Común. La verdad es que, debajo de esta pretendida astucia negociadora, tan sólo hay una política: la de la aceptación de la dependencia respecto a Estados Unidos y a Reagan.

En resumen, en estos breves meses la vida ha ido confirmando lo que, desde el inicio de la preparación del XI Congreso, hemos defendido quienes aparecíamos como la minoría del Comité Central, habiendo tenido, el grupo actual de dirección, que ir haciendo suyas —en lo internacional como en nuestra posición política ante el Gobierno PSOE o en la evidencia de que seguimos en plena transi-

ción, aunque en una nueva fase— algunas cuestiones importantes planteadas por nosotros y por las cuales fuimos derrotados y seguimos cada día más marginados en la actividad del Comité Central. La realidad está demostrando, sin embargo, que si el PCE quiere hacer política y fortalecerse tiene que basarse en los análisis que inició públicamente esta minoría del Comité Central en junio de este año y que deberían seguir desarrollándose para conseguir esa clarificación política, ideológica y orgánica que será la base imprescindible para que el Partido supere sus crisis, consolide su unidad y pueda ser la expresión de masas crecientes de trabajadores que empiezan a dudar del papel que está jugando el PSOE.

II

Pero volviendo al tema internacional, ¿qué es lo fundamental del análisis que iniciamos en la reunión de junio del Comité Central?

Lo fundamental, sintetizando las cuestiones, radica en señalar que la crisis profunda que vive actualmente el mundo —crisis económica, cultural, moral, política, de civilización en suma— es la crisis general del capitalismo.

Ante esta crisis el mundo está asistiendo a una gran pugna entre el imperialismo, que se esfuerza por una salida que aumente su dominio sobre el mundo, y el conjunto de los pueblos que buscan superar esta situación de dependencia creciente y avanzar hacia un nuevo orden internacional.

El imperialismo intenta implantar su propia salida de la crisis. Con ello se propone aumentar su hegemonía sobre el conjunto del planeta y detener las tendencias independentistas tanto en el Tercer Mundo como en Europa. En suma, fortalecer su liderazgo económico, político y militar.

Para ello se ha lanzado a una contraofensiva caracterizada por el aumento de su agresividad hacia los pueblos.

El mundo se rige actualmente por dos leyes: la de la división en bloques militares y la de la separación creciente entre países ricos y pobres. Estas dos leyes tienen su origen en el imperialismo: es la ordenación del mundo que se estableció tras la segunda guerra mundial bajo su influencia. La primera de ambas leyes —la división del mundo en bloques militares— viene directamente de la guerra fría. El imperialismo rompe la alianza antifascista de la guerra esforzándose por levantar otra alianza basada en el anticomunismo. Se crea la OTAN en el año 1949. Seis años más tarde se crea el Pacto de Varsovia.

La segunda de las leyes —la que separa crecientemente a un grupo reducido de países desarrollados del conjunto de los países en vías de desarrollo— procede del desarrollo del capitalismo en la época imperialista.

Cada una de estas leyes origina consecuencias negativas que sufren una y otra vez los pueblos y fundamentalmente los más débiles. Ello es evidente, pero no analizaríamos adecuadamente las cosas

si no comprendiésemos que ambas leyes existen porque el imperialismo en su desarrollo las impone. La tesis número uno no ve esto.

El imperialismo exagera la dinámica de bloques, poniendo a la Humanidad en peligro de destrucción. En vez de avanzar hacia la distensión, el desarme, el equilibrio nuclear a la baja y la superación de los bloques, estamos asistiendo a un aumento de la agresividad imperialista que se manifiesta en:

- Exacerbación de la carrera armamentista nuclear hasta límites irracionales.
- Ampliación de la OTAN y tendencia a su universalización.
- Avance de la idea de “guerras nucleares limitadas”.
- Utilización creciente de Estados gendarmes regionales: Israel, Sudáfrica.
- Nueva fase de intervenciones militares directas o indirectas: Granada, Líbano, Nicaragua, Angola...

Exacerbando al límite la tensión entre los bloques y la carrera armamentista, el imperialismo intenta mantener sometidos a los pueblos; “ordenar” el mundo en unas y otras regiones en beneficio propio; oscurecer las contradicciones de clase propias de cada país ante la tensión Este-Oeste y así aislar a las fuerzas revolucionarias; obligar a los países socialistas a gigantescos gastos militares dificultando su utilización para otros fines orientados a mejorar el nivel de vida del pueblo y modernizar la economía.

La segunda ley —distanciamiento creciente entre países ricos y pobres— no sólo va aumentando la dependencia de los países en vías de desarrollo respecto de los países altamente desarrollados, sino que tiende a reducirse progresivamente el número de éstos. La misma Europa corre el riesgo de retrasarse seriamente en su desarrollo económico respecto a Estados Unidos y el Japón.

Estados Unidos utiliza a fondo el sistema financiero mundial basado en el dólar para bombear continuamente capitales de los países del Tercer Mundo y de Europa a sus propias arcas, acelerando un proceso de acumulación imperialista. Esto está originando un endeudamiento extraordinario de los países en vías de desarrollo, que ven así gravemente dificultado, cuando no impedido, un desarrollo independiente.

Además del sistema financiero, el imperialismo utiliza todo un sistema de instrumentos —multinacionales, control del comercio mundial de materias primas y de la alimentación, nuevas tecnologías, etc.— sobre los que va imponiendo el control para aumentar su dominio sobre la economía mundial.

Esta es la vía imperialista de salida de la crisis.

Una vía que pasa por el aumento de la explotación de la clase obrera en los países desarrollados, por la reducción de los derechos sindicales, por el ataque a los derechos de los emigrantes. Una vía que supone una mayor dependencia de los pueblos; la reducción de las corrientes autonómicas en

Europa; taponar el crecimiento independiente de los nuevos Estados.

Una vía que pasa por el aumento de los gastos militares, la tensión mundial, el peligro de guerra nuclear. Por sustraer a la producción, a la sanidad, investigación y cultura grandes sumas de miles de millones de dólares. Pasa por la agresividad a unos y otros Estados; por el establecimiento de zonas de influencia, de liderazgos positivos o negativos de Estados Unidos y las grandes potencias sobre otros Estados; por taponar la superación de los bloques y, en cambio, fortalecerlos; por la militarización del globo.

Frente a esta vía, a esta salida imperialista de la crisis, los pueblos luchan intentando imponer otro camino que les permita avanzar hacia su liberación, su desarrollo y modernidad. Es la lucha de los pueblos de América Latina, de África y Asia. Pero es también la lucha de la clase obrera y de las fuerzas progresistas de Europa por mejores condiciones de vida y una Europa independiente; la lucha del movimiento por la paz. Es la acción del movimiento de los no alineados, los esfuerzos de concertación entre los países en vías de desarrollo.

Esta vía de salida de la crisis hacia la que se orientan los pueblos exige un nuevo orden económico internacional. No se trata de una fórmula tecnocrática cuya implantación vaya a lograrse en foros internacionales de expertos. Será la lucha de los trabajadores y de los pueblos quien vaya imponiendo esta salida frente al imperialismo, en un proceso de lucha democrática y revolucionaria.

Frente a la salida imperialista de la crisis, que comporta el fortalecimiento de la hegemonía capitalista, el nuevo orden económico exigirá medidas socializadoras y nacionalizadoras en las economías y una redistribución de las rentas mundiales hoy bombeadas a Estados Unidos y los países desarrollados.

La salida progresista de la crisis exige avanzar en el desarme, en la reducción de misiles nucleares. Por el diálogo en los conflictos entre Estados, por consolidar la paz, por zonas desnuclearizadas. Por la reforma del sistema financiero mundial, por nuevas relaciones de igualdad entre Europa y el Tercer Mundo, por la autonomía plena de Europa. Por la democratización, en suma, de las relaciones internacionales.

El nuevo orden internacional está ligado a avances en este sentido. Se trata de una salida a la crisis que comporta un cambio general en la correlación mundial de fuerzas favorables a los pueblos, que liberará energías transformadoras en todo el planeta. Frente a la salida imperialista de la crisis, el nuevo orden internacional se orienta hacia la democratización del mundo, hacia el fortalecimiento de la paz y hacia transformaciones socialistas.

III

Quiero acabar insistiendo en varias cuestiones que ya estaban en el debate del Comité Central de junio.

En primer lugar, reiterar lo dicho al comienzo. El esfuerzo por una salida progresista a la crisis a nivel mundial —y a nivel nacional— exige dar a la políti-

ca internacional, en esta fase, un filo antiimperialista. Algunos creen que esto sería volver a una política ya pasada y con riesgos de alineamiento con uno de los bloques. Muy al contrario, una política comunista independiente pasa forzosamente por situar adecuadamente la lucha de clases a nivel mundial ante la crisis general del capitalismo, entre el pulso que está teniendo lugar entre el imperialismo y el conjunto de los pueblos.

En segundo lugar, insistir en que la salida progresista a la crisis supone tres líneas de actuación política: *la lucha por la paz y el desarme, la lucha por la independencia y la solidaridad internacionalista*. No se trata, ahora y aquí, de desarrollar cada una de estas tres líneas de actuación política. Tan sólo señalar que, desgraciadamente, España con el gobierno del PSOE no está afianzándose en esa perspectiva, sino en la de la dependencia atlantista.

Y, finalmente, referirme al carácter internacionalista del PCE.

En la tesis 1, este tema se aborda diciendo que "el Partido continuará el proceso de normalización de relaciones con los partidos comunistas emprendido desde la Conferencia Nacional". Aparte de que esto no es así, pues este planteamiento es la simple repetición del que se hizo ya en el IX Congreso —y posteriormente se establecieron relaciones con el PC chino—, el problema está en que, como planteamiento, es insuficiente.

El PCE debe mantener relaciones, en principio, no sólo con todos los partidos comunistas, sino con los socialistas, los movimientos de liberación y otros. Nuestra relación con los partidos comunistas es de otro tipo: nosotros somos parte del movimiento comunista internacional. Con todas las complicaciones, contradicciones y debilidades que tiene el movimiento comunista internacional, ese es nuestro movimiento a nivel mundial. Un movimiento en el que efectivamente hay más acuerdo en cómo no debe organizarse que en cómo debe hacerlo. En que no puede haber centro mundial, en que el respeto riguroso a la independencia de cada partido debe ser auténtico. Un movimiento que requiere, además de las relaciones bilaterales, avanzar en forma de coordinación regionales y, en lo que a nosotros se refiere, es importante impulsar encuentros con los partidos comunistas de Europa Occidental sobre los temas de la crisis, de la paz y el desarme, de los problemas de la CEE, de la situación de los emigrantes, etc.

Pero lo que es evidente es que afirmando que hay que establecer relaciones con todos los partidos comunistas, se rehúye uno de los problemas ciertamente contradictorios, pero que no puede dejar de abordarse: si somos o no parte del movimiento comunista mundial.

Desde mi punto de vista, sólo hay una respuesta: la positiva. Lo contrario es, cuanto menos, ambiguo políticamente.



La lucha por la paz: fundamento y perspectivas

Andreu Claret Serra



Escrito sobre la situación internacional cuando el debate congresual entra ya en el tramo final. En consecuencia, no tendría mucho sentido reiterar aquí todo el análisis sobre el desarrollo de los acontecimientos internacionales que lleva a cabo el documento congresual. Mi propósito es más bien el de examinar la principal consecuencia política que se deriva de este análisis y aportar algunas ideas acerca de la fundamentación de la lucha por la paz y la distensión y de las perspectivas que ofrece como elemento central de la política del Partido en el próximo período.

Por otra parte, el contexto en que celebramos el XI Congreso obliga a profundizar en una problemática que ocupa y preocupa a millones de personas exasperadas por la multiplicación de los riesgos que se ciernen sobre la Humanidad. La apertura del Congreso coincidirá prácticamente con el despliegue de las primeras rampas de misiles Pershing 2 en la República Federal y de los Cruise en otros países europeos. Cuando escribo, tropas norteamericanas ocupan la isla de Granada y se disponen a hacer lo propio con Nicaragua. Celebramos, pues, el Congreso cuando el sistema de relaciones internacionales atraviesa por la situación más difícil que ha conocido desde la segunda guerra mundial. ¿Cómo no centrar entonces nuestra reflexión en estos problemas? Máxime cuando el anhelo de un mundo en paz suscita hoy, especialmente en Europa, movilizaciones de una envergadura y trascendencia política inéditas. Y cuando, en nuestro país, la exigencia de una política de neutralidad, que contribuya al asentamiento de la distensión y a nuestra seguridad, se perfila no sólo como una necesidad política y como un frente de masas con enormes posibilidades, sino como una de las claves de la recomposición del cuadro político español, esto es, de la quiebra del bipartidismo y de la recuperación de una izquierda real.

Hay, por último, otra razón para abordar desde este ángulo los problemas internacionales. En la constatación, a caballo del debate congresual, de que subsisten todavía incomprendimientos profundos en el Partido acerca de los fundamentos históricos y teóricos de esta política, de su potencial transfor-

mador y revolucionario y del cordón umbilical que la une con las convicciones internacionalistas que han inspirado siempre la política del PCE.

El problema de la guerra

Muchas de estas incomprendimientos suponen desconocimiento de los peligros reales de guerra que nos acechan y del contexto en el que estos peligros se manifiestan. Algunas gentes siguen razonando sin tener en cuenta las profundas transformaciones que el mundo ha experimentado desde la segunda guerra mundial y hasta qué punto estas transformaciones han modificado de raíz conceptos como el de la guerra o la paz.

Desde luego, la lucha por la paz ha sido una constante del pensamiento y de la práctica comunistas. La paz fue uno de los componentes de la trilogía bolchevique junto al pan y a la libertad y, de algún modo, puede decirse que la tradición comunista y la III Internacional se afirmaron como tales en este terreno, frente a la actitud claudicante y chauvinista de la socialdemocracia de principios de siglo. Karl Liebknecht, que fue uno de los primeros en percibir su trascendencia, sufrió año y medio de prisión por afirmar, en 1907, "si Vis pacem, para bellum contra el militarismo"; fue expulsado del Partido Socialdemócrata alemán por votar en contra de la adopción de los créditos militares y, finalmente, pagó con su vida, como Rosa Luxemburgo, su convicción profunda de que la cuestión de la paz era cuestión de principios.

En esta tradición están nuestras raíces. Pero la respuesta política que exige hoy el problema es otra. La actitud de los espartakistas o de los bolcheviques orientada, como diría Lenin, a "transformar la guerra imperialista en guerra revolucionaria" no tiene ya virtualidad en un mundo dominado por la existencia de la bomba nuclear y condicionado por la formación de dos grandes bloques militares. Así lo señala el documento congresual cuando afirma que "la lucha por la paz no puede reducirse hoy a una acción antiimperialista" y reconoce, de esta suerte, que la cuestión de la paz se presenta hoy bajo un ángulo distinto de como se presentó durante muchos años, de hecho hasta la guerra del Vietnam.

Albert Einstein ya percibió cambios inevitables en el modo de pensar muchas cosas, en las postrimerías de la segunda guerra mundial, cuando afirmó que "con el advenimiento de la era nuclear todo ha cambiado, incluso la forma de pensar de los hombres". Efectivamente, la existencia de más de 50.000 cabezas nucleares, capaces de destruir siete veces el planeta, impregna de otro significado el concepto mismo de guerra. Las guerras siguen siendo una realidad, a menudo menospreciada, en una Europa que no la sufre desde 1946: desde entonces pueden contabilizarse más de ciento cin-

cuenta guerras "locales", algunas con balances tan mortíferos como la de Vietnam o la guerra Irán-Iraq. Pero la guerra con mayúscula, esto es, como tradicional manifestación y recurso del capitalismo en su fase de desarrollo imperialista, ya no opera hoy como un fenómeno de regulación de las crisis y como un factor de recomposición de la división internacional del trabajo, al estilo de lo que fueron las dos anteriores guerras mundiales. La guerra —una guerra generalizada de carácter nuclear— no puede ser concebida hoy como un propósito explícito para ninguno de los dos bloques militares. Ni los estrategas del complejo militar industrial norteamericano pueden pretender resolver de modo expeditivo los problemas derivados del agotamiento del modelo de producción capitalista y del proceso de emancipación de los países del Tercer Mundo. ni los dirigentes soviéticos pueden pensar en dilucidar la confrontación entre bloques por la vía de la superioridad nuclear. (Aunque no falte quien especule en abordar los problemas internacionales desde este punto de vista, en los círculos militares.)

Esta es una consideración ya vieja en el Partido, cuyas raíces históricas están en la formulación de la política de coexistencia pacífica, tras el XX Congreso del PCUS, y cuyo fundamento consta de modo explícito en las resoluciones del IX Congreso cuando, en polémica con la famosa frase de Clausewitz, se afirma que "una guerra de este tipo (nuclear) ya no sería la continuación de la política por otros medios, sino el suicidio de ambos contendientes". En ello está el origen de una estrategia internacional basada en el desarme y en el desmantelamiento progresivos de ambos bloques militares.

Y sin embargo, ya nadie se atreve a fundamentar la imposibilidad de la guerra en la teoría del "equilibrio del terror" que tuvo su apogeo en los años 60, es decir, en los del auge económico y de la distensión. Con el recrudecimiento de la crisis y la quiebra de la distensión, se imponen otras ideas reveladoras de las contradicciones que atraviesan hoy el concepto de guerra nuclear. De hecho, la formulación, por el Pentágono, de una hipótesis de "guerra nuclear limitada" (a Europa) indica hasta qué punto el contexto actual presiona a favor de un aumento de probabilidades de un conflicto y de su inevitable generalización si éste llegara a estallar. La acumulación de arsenales nucleares y su modificación cualitativa, la proliferación de conflictos en los que aparecen cada vez más implicados los bloques militares hacen cada vez más difícil basar el equilibrio en el terror y la paz en un acuerdo cada vez más problemático entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. De hecho, institutos como el de Estudios Estratégicos de Londres trabajan ya con la hipótesis de que, de no mediar un cambio en la situación internacional favorable al desarme, la confrontación nuclear entre ambos bloques será inevitable en los próximos diez años.

Nuestra política internacional de paz y distensión no tiene su único fundamento en el peligro de lo nuclear. Parte también de la consideración de que la cristalización de los bloques, independientemente de su origen y naturaleza, resulta no sólo peligrosa sino perjudicial. La existencia de la Unión Soviética y de un "campo socialista" ha jugado ciertamente un papel importante en el proceso de emancipación de numerosos pueblos. Pero ese papel positivo, que tuvo su máxima expresión en la guerra del Vietnam, ha acabado inscribiéndose en una dinámica de progresiva consolidación de los bloques militares que resulta en extremo perjudicial. Y en primer lugar, para los intereses de los pueblos que luchan por su liberación. La "globalización" de la política mundial —el concepto preferido de Kissinger— que resulta de esta acentuación del enfrentamiento entre los bloques opera en beneficio del "statu quo" y, en consecuencia, en defensa de los intereses del imperialismo.

Toda la revisión de la política de Carter emprendida por la Administración Reagan (negativa a ratificar los acuerdos Salt II, decisión de apoyar el programa de misiles MX, despliegue de los "euromisiles", fabricación de la bomba de neutrones, etc.) está basada en la idea de que la coexistencia y la distensión favorecieron lo que los americanos vieron en términos de extensión de la influencia soviética y que fue, en el origen, liberación de muchos países de la tutela norteamericana. Si se compara lo ocurrido con la invasión de Granada o la situación en Nicaragua con las consecuencias que tuvo la invasión de Santo Domingo o la guerra del Vietnam, no resulta difícil coincidir que, tanto desde el punto de vista militar como desde el punto de vista propagandístico, una situación que tiende a la generalización de todo el conflicto y a la implicación automática en el mismo de los bloques militares favorece los propósitos de los sectores más belicistas de Washington.

El recrudecimiento de la tensión internacional ha tenido también consecuencias negativas en orden a la defensa de los intereses de los trabajadores y de las capas populares de los países capitalistas, especialmente en Europa. La ofensiva ideológica que suele acompañar períodos de guerra fría, actúa en beneficio de las fuerzas más conservadoras, como es evidente en el retroceso electoral experimentado por la socialdemocracia en los países más desarrollados en los últimos años.

Por último, esta dinámica tiene también consecuencias negativas en cuanto a la consolidación de las bases económicas de los países que han iniciado un proceso nuevo de inspiración socialista y en cuanto al desarrollo, en estos países de formas más amplias de democracia y de participación de los ciudadanos en la vida económica y social. Hasta el extremo de que uno de los objetivos declarados del rearme norteamericano es el de provocar el colapso

de la economía soviética o, al menos, el de acentuar sus costes sociales hasta extremos que resulten desestabilizadores para la URSS y para los países del socialismo real.

Los caminos de la distensión

En ese contexto, toda nuestra política internacional debe ir encaminada a favorecer los factores de distensión y las iniciativas que contribuyan a quebrar la dinámica bipolar surgida de Yalta y acentuada en el último período. De ahí la necesidad de mantener una actitud crítica, no sólo por razones de principio, ante cualquier acto de gran potencia. Un episodio como el de Afganistán revela que no puede juzgarse sólo poniendo en un platillo de la balanza el principio de la no injerencia y de la soberanía y en el otro el del apoyo ofrecido por las tropas soviéticas a los sectores más avanzados de la sociedad afgana. Desde el punto de vista de una situación internacional que ya no admite enfoques parciales, lo decisivo de la intervención ha sido sus efectos negativos sobre la distensión. Los hechos posteriores han demostrado hasta qué punto fue perjudicial la iniciativa soviética para el movimiento de países no alineados.

Toda la reflexión del documento congresual está cruzada por la convicción de que debemos valorar positivamente y apoyar todo proceso que tienda a hacer más diverso el mundo y a restar protagonismo a la política de bloques. De ahí nuestra valoración positiva del cambio experimentado por la política exterior china que ya no se orienta a fortalecer uno de los bloques en presencia (como pudo parecer en los momentos de formulación del "hegemonismo soviético" como factor determinante de la tensión internacional), sino que busca afirmar una identidad propia en el contexto internacional mediante la diversificación de sus relaciones con los Estados Unidos, Europa y la URSS.

En mi opinión, esta situación dominada por la confrontación bipolar sitúa a Europa en una encrucijada de dimensiones históricas. Parece cada vez más evidente que será en el Viejo Continente donde va a dilucidarse, en los próximos años, si es posible invertir el proceso actual y abrir vías efectivas a la distensión. No es casual que Alemania Federal, el país más afectado por la segunda guerra mundial y sus consecuencias sea en estos momentos escenario de una profunda reflexión política destinada a poner en cuestión el tipo de relación que este país ha mantenido en los últimos cuarenta años con los Estados Unidos. El movimiento por la paz y contra la instalación de nuevos misiles que conoce la República Federal y los signos anunciadores de un sentimiento pacifista también muy profundo en la RDA indican hasta qué punto estas movilizaciones tienen un fondo político que apunta a una recomposición del mapa europeo. Hasta hace unos años, parecía casi imposible que tanto en la Europa del

Oeste como en la del Este pudieran cobrar fuerza suficiente movimientos de opinión destinados a poner en cuestión los presupuestos de Yalta. Pero la agudización de la crisis económica y de la tensión militar empujan hoy en esa dirección. La actitud adoptada por algunos partidos socialdemócratas en pro de una moratoria en la instalación de nuevos misiles y la insistencia de algunos de los dirigentes del Este europeo en la continuación de las negociaciones de Ginebra son reveladoras de inquietudes convergentes manifestadas en las dos Europas.

Así parece haberlo percibido la Administración Reagan al decidir el despliegue de los misiles Cruise y Pershing 2, tan "inútiles militarmente" (como señalaba Olof Palme) como destinados, políticamente, a actuar como elemento de disuasión de toda veleidad autonomista en Europa occidental.

Estos cambios que se producen en Europa y a los que contribuye decisivamente el movimiento por la paz ofrecen perspectivas nuevas y esperanzadoras a una política basada en el inequívoco propósito de abrir cauces de distensión y exigir el desmantelamiento progresivo de los bloques militares. En ese sentido defendimos la idea de que la continuidad de las conversaciones de Ginebra —y la renuncia a la instauración de los "euromisiles"— debería ir acompañada de una iniciativa destinada a sentar en la mesa de negociaciones a diversos países del Oeste y del Este europeo.

En esa misma convicción de que es posible la constitución de un amplio frente por la paz y el desarme se fundamenta nuestra crítica a la política exterior del Gobierno socialista. Resulta inaceptable que el Gobierno de Felipe González no haya administrado los diez millones de votos del 28 de octubre para contribuir más activamente a la constitución de una Europa "europea" y oponerse a la configuración de una Europa cada vez más americana. Resulta incomprensible que, cuando dirigentes socialdemócratas como Willy Brandt, Bruno Kreisky o Papandreu se pronuncian por una moratoria en la instalación de los "euromisiles", el presidente del Gobierno español exprese su "comprensión" ante el despliegue de nuevos vectores atómicos en suelo europeo. El planteamiento expresado por Fernando Morán en el debate de política exterior acerca de lo que resulta hoy desestabilizador en política internacional adolece de un maniqueísmo propio de otros tiempos. Hoy, nada resulta más desestabilizador que toda decisión —como el ingreso de España en la OTAN— que tienda a cristalizar los bloques militares.

Por último, la lucha por la paz y la distensión aparece como un movimiento de largo alcance, superador de lo que fue la política de "solidaridad antiimperialista" con la que las fuerzas progresistas europeas expresaban, en los años 60, su apoyo al proceso de descolonización. Hoy, solidaridad con el Tercer Mundo y lucha por la paz tienden a formar

un todo. Y sorprende que algunos no vean en ello virtud sino limitación. Quienes piensan así siguen aferrados a una concepción de la lucha antiimperialista que ya no se corresponde con la realidad, esto es, con la generalización de los problemas internacionales. En ese sentido, me parece de especial interés lo ocurrido tras el derribo del avión surcoreano cuando los norteamericanos pensaban que la decisión soviética iba a repercutir negativamente en las acciones por la paz y el desarme en Europa. Semejante suposición indicaba un desconocimiento de los principios que inspiran hoy ese movimiento. Pues, como declararía el escritor Günther Grass en el curso de una manifestación, el derribo del avión y la muerte de 269 personas no es sino "un ejemplo más acerca de lo que puede ocurrir si la máquina militar escapa al control".

De ahí mi convicción de que ese amplio movimiento por la paz supone hoy uno de los principales obstáculos al desarrollo de los propósitos belicistas de la Administración Reagan y representa la forma más idónea de continuar, en las circunstancias actuales, la tradición solidaria y antiimperialista que ha caracterizado a nuestro Partido. Cualquier otro enfoque, basado en el alineamiento, no trasciende hoy los límites de una propaganda de muy escasos resultados. Es más, la lucha por la paz y la distensión cobra un valor estratégico y ocupa un lugar central en toda perspectiva transformadora. Se hace cada vez más evidente la relación existente entre la consecución de la paz y la de un nuevo orden económico internacional. O entre la carrera de armamentos y la crisis económica y social. La lucha por la paz conduce a la idea de que el mundo debe cambiar y de que los esquemas sobre los que se asientan las relaciones internacionales desde la segunda guerra mundial han entrado en crisis.

En ese sentido, la exacerbación de la agresividad

con la que se manifiesta la política exterior norteamericana no hace sino confirmar los fundamentos de esa política y ofrecer nuevas perspectivas a su desarrollo. De ahí que el documento para el XI Congreso no suponga un retroceso, una reconducción, de la política internacional del Partido hacia tiempos pasados. Porque los tiempos han cambiado y lo nuevo no es sólo esta creciente agresividad, sino el contexto en el que se produce. Si no tuviéramos en cuenta este contexto, nuestra respuesta no encontraría el respaldo popular necesario y no incidiría en la política exterior de nuestro país y en la política internacional. Ello no supone que el documento congresual no tenga en cuenta que "la política belicista de la Administración Reagan ha sido y es un factor determinante del incremento de la tensión internacional en el último período". Pero esta consideración, aun cuando obliga a una inflexión de nuestra estrategia y a un reforzamiento de la acción solidaria, no supone cuestionar los principios que inspiraron la política internacional aprobada en el X Congreso. Al contrario, se trata de reafirmarlos y de ser consecuentes con los mismos tanto en nuestro trabajo institucional como en la movilización de masas destinada a exigir para nuestro país una política de paz y neutralidad.

Se trata también de que estos principios presidan, en el próximo período, el relanzamiento de una iniciativa internacional del Partido cuyo objetivo prioritario debería ser la concertación de una acción común de los partidos comunistas de Europa occidental contra la crisis, por la paz y el desarme, destinada a ofrecer perspectiva y continuidad al movimiento que ha surgido en torno al despliegue de los euromisiles y a conseguir que en el mismo pese decisivamente el movimiento obrero.

PROBLEMAS DEL PARTIDO

Sobre el Partido Comunista de masas (II)

Manuel Rico, Norberto Buenache*

El PCE y los movimientos sociales



Una vez clarificado el carácter del Partido como partido de clase y definido como elemento central del mismo la ideología, nos enfrentamos a algunos temas que, si bien se tiende a hacer aparecer como nuevos, son tan viejos como la propia historia del movimiento obre-

ro, aunque con características nuevas que hemos de afrontar desde una perspectiva marxista.

En primer lugar, hay que destacar que la sociedad no se organiza de modo exclusivo en partidos (Mediterráneo habemus). Que las masas, los trabajadores se autoorganizan para la defensa de sus intereses inmediatos en todo tipo de movimientos: tradicionales y nuevos. Que cualquier política de transformación ha de tener en cuenta esa realidad y hacer que los mismos sean instrumentos útiles a esa transformación en el cumplimiento de sus objetivos propios (que, a nuestro juicio, tendrán la respuesta más adecuada en el socialismo). Tales organizaciones y/o movimientos son *independientes*, no

* El lector puede encontrar la primera parte de este artículo en el número 120 de NUESTRA BANDERA, página 18.

autónomos, del PCE. Todo eso está meridianamente claro.

Ahora bien, partiendo de esa premisa, no se puede hacer abstracción de la situación concreta de España y deducir que ante la existencia de nuevos fenómenos de autoorganización social el sistema de partidos está en crisis. Si esa afirmación es válida para algunos países occidentales que llevan largos años funcionando sobre la base de partidos políticos (y, en especial para Italia, donde está en crisis el sistema de gobierno de los partidos llamados tradicionales —entre los que no se encuentra el PCI—), afirmar eso de modo contundente en la situación española, con cinco años de Constitución democrática, con un débil desarrollo de los partidos políticos es desconocer la realidad social.

En España no hay crisis del sistema de partidos, entre otras cosas porque no ha habido tiempo ni siquiera a que echen raíces, a que consoliden estructuras sólidas. *En España está por consolidarse la democracia representativa y sus instrumentos vertebrales, los partidos políticos.* Lo que en nuestro país sí ocurre es que hay desconfianza hacia los partidos por la falta de perspectivas de solución de la crisis económica y en especial del problema del paro; por una cultura tradicional, heredada del franquismo, antipartidaria; por la tendencia que se da a afirmar que "todos son iguales". Y esto no viene de ahora, es bastante viejo en las democracias occidentales, e incluso se dio de modo acusado en la Segunda República española.

Pero también hay que decir que los niveles de autoorganización de la sociedad son también mínimos. Que las organizaciones de masas son endebles, que los sindicatos tienen una base afiliativa desde el punto de vista numérico muy limitada, que el movimiento ciudadano y popular, tras la consecución de las libertades, han reducido su capacidad de movilización, que los movimientos cooperativo, campesino, etc., están en mantillas y que no hay forma de organizar a los parados, que en general tienden a desvincularse de los sindicatos y "buscarse la vida" de modo individual (por no hablar del repliegue del movimiento estudiantil o de las dificultades para lanzar un movimiento feminista estable).

Ese es el cuadro real en cuanto a niveles de autoorganización que presenta la sociedad española, aunque sea de rigor resaltar el auge que ha tomado el movimiento por la paz al calor del ingreso de España en la OTAN o la cierta revitalización que empieza a denotarse en algunos de ellos gracias al apoyo que presta el sistema de partidos desde las instituciones locales a sus actividades (apoyo económico; de infraestructura, etc.).

Dicho esto, nuestro Partido debe potenciar, en el respeto de su independencia, los movimientos de masas. Es más: junto a la consolidación de la democracia, a la presentación de una alternativa de progreso, es una tarea central de nuestras organizaciones, inseparable del carácter de masas que ha de tener el Partido.

Pero para ello, debemos garantizar una presencia organizada de los comunistas en esos movimientos. ¿Para instrumentalizarlos? No. Al contrario, para garantizar que las ideas de emancipación de nuestro proyecto político calen en esas organizaciones, para hacer que contribuyan a la transformación social.

Eso significa que los militantes deben defender la política del Partido en su interior y aceptar sus decisiones, analizarlas de nuevo en el Partido y, a la luz del análisis, con las correcciones pertinentes (o sin correcciones), llevarla de nuevo al movimiento tratando de convencer de su justeza a los miembros del mismo a la luz de la práctica. ¿Qué ocurre si no? Ocurre que nos instalamos en un pragmatismo permanente, que no analizamos desde posiciones de clase los elementos que posibilitan la mayor capacidad de movilización y de generación de hegemonía del Partido y de la clase obrera, convirtiéndonos de hecho en correa de transmisión de los movimientos sociales y no en componente de avanzada, de vanguardia de esos movimientos, limitando la actividad de nuestras organizaciones a ser meros receptores de lo que piensan esos movimientos y no a organizar el trabajo de los camaradas en ellos desde la línea política del Partido, desde el análisis marxista, con lo que su trabajo de partido revolucionario sería de hecho papel mojado (5).

Esto no supone ir a controlar el tejido social, sino al contrario, tiende a darle elementos de reflexión, de racionalidad, para que juegue un papel transformador. Y tal concepción no impide que el Partido recoja los elementos que de la realidad cotidiana del tejido social surgen. Es más, es un componente consustancial de la misma.

Por ello es imprescindible limpiar nuestras formulaciones de confusión (una confusión que a veces es fruto de pactos en el interior del Partido, de consensos para mantener parcelas de poder en determinados movimientos de masas, etc.). Al pan, pan y al vino, vino: *Hoy no existe el problema de la instrumentalización de los movimientos sociales; tal afirmación es una falacia que no responde a la realidad, no sabemos si de modo consciente o inconsciente.* El gran problema de nuestro Partido es que se ha confundido independencia del movimiento social con independencia de los militantes comunistas en su seno. El gran problema es que en los últimos años la participación en la vida política de los órganos regulares de los militantes que se dedicaban a esas tareas ha sido cada vez más limitada, debilitándose muy seriamente los lazos orgánicos (habría que analizar algún día la relación dialéctica entre tal fenómeno y el vaciamiento de actividad de nuestras organizaciones de base).

(5) Por cierto, sería bueno valorar que uno de los talones de Aquiles del movimiento pacifista europeo —salvo en Italia— es la falta de protagonismo del movimiento obrero organizado (entendido en sentido amplio), la falta de dirección de clase desde una perspectiva marxista y revolucionaria.

Por eso no deja de ser lamentable la falta de rigor de nuestro secretario general cuando afirma: "Mi opinión es que el PCE ha retrocedido en el nuevo concepto de partido de masas en relación con la última etapa de la dictadura (...); en la concepción autónoma, no instrumental, de los movimientos de masas, de acuerdo con el concepto de partido dirigente y no dominante...".

A nuestro juicio ha ocurrido lo contrario, y es constatable por cualquier dirigente de agrupación. En la última fase de la dictadura (y en la primera de la transición) los miembros del Partido se reunían para preparar no ya la reunión de CC. OO. (que lo hacían), sino incluso la asamblea de trabajadores, el trabajo en la Asociación de Vecinos, de Amas de Casa, etc., con su respectivo comité, cumpliendo de modo escrupuloso las decisiones adoptadas. Es decir, había un riguroso cumplimiento del centralismo democrático, y no es por casualidad que aquella práctica diera lugar al mayor nivel de afiliación que ha conocido CC. OO. (77-78) y a un elevado grado de prestigio del Partido en las empresas. Y lo que ha ocurrido desde entonces hasta ahora ha ido en la dirección que se apuntaba más arriba; en el paulatino "pasar" de las decisiones del Partido —aunque se participara en su elaboración—, cediendo terreno en el sindicato y en el resto de los movimientos de masas a concepciones "independizadoras", asépticas, limitando el alto nivel combativo que había caracterizado a los comunistas y dejando el terreno abonado para el oportunismo, el burocratismo, con las consecuencias de desafiliación y desmovilización que todos conocemos (cuyas raíces, es evidente, están en la situación económica y política en última instancia).

Por ello hoy el gran problema a resolver es la multiplicidad de listas encabezadas por comunistas que aparecen en los procesos congresuales del sindicato, la falta de orientación y de dirección política para trabajar en los movimientos sociales, la confluencia de políticas distintas de manos de dirigentes comunistas en esos movimientos, etc., y no otro; y por ahí debe ir nuestro esfuerzo a pesar de que en los documentos para el XI Congreso se pase sobre ascuas sobre tales problemas.

En síntesis, el Partido debe ser *de verdad* partido dirigente, organizador de movimientos de masas a través de sus militantes. Y debe analizar los nuevos fenómenos desde una óptica revolucionaria. La defensa del equilibrio ecológico, la formulación de soluciones a los nuevos problemas que la sociedad se plantea en todos los campos tienen sus raíces en una estructura política, social y económica determinada (el urbanismo, la sanidad, la cultura, la lucha antinuclear, la igualdad entre los sexos, etc., están insertos en la lucha de clases) y la capacidad dirigente se demuestra por una doble vía: haciendo de nuestros militantes elementos de *vanguardia* en esa lucha y asumiendo en nuestros programas las reivindicaciones fundamentales de tales movimientos, engarzándolas de modo coherente con nuestra estrategia.

La democracia en el Partido

El PCE desde su IX Congreso es el Partido, con mucho, más democrático del espectro político de nuestro país. Con deficiencias, con errores, pero ocultar eso es contribuir al confucionismo tanto entre nuestros militantes como en la sociedad.

La crisis que hemos vivido (y que vivimos), sin cuyo análisis riguroso estaremos condenados a que se reproduzca, tiene raíces políticas e ideológicas y no tiene como origen una presunta falta de democracia interna, de imposibilidad de discrepar, etc. Ese ha sido el falaz argumento utilizado por los llamados "renovadores" y esa es la continua acusación de las clases dominantes que ha calado en nuestro Partido sin que exista un solo elemento sólido que la avale. Son centenares los militantes que en su agrupación, en su comité, en su organización, han venido discrepando de modo sistemático, sin que en ningún momento se tomaran decisiones administrativas. Es más, serían incontables los casos en que se ha discrepado *en la acción* sin que se planteara en ningún caso una acción disciplinaria. Es decir, que (al menos en la experiencia vivida por nosotros) la discrepancia en el Partido ha estado normalizada incluso en la última etapa de la dictadura, alcanzando cotas inimaginables en ningún otro partido cuando a partir del proceso preparatorio del X Congreso se comienza la publicación de todas las intervenciones de los miembros del Comité Central en "Mundo Obrero"; en el período álgido de la crisis, las de los miembros del Comité Ejecutivo en NUESTRA BANDERA.

Por eso, resulta desmoralizador oír que en el XI Congreso se pretende "normalizar" la discrepancia, que en el pasado ésta ha sido ahogada mediante medidas administrativas, que no había centralismo democrático sino burocrático y otras "perlas" del mismo estilo cuando la realidad es que el gran problema que ha tenido el PCE en los últimos años es la falta de *homogeneidad ideológica* incluso entre sus propios dirigentes, como la crisis vino a demostrar de modo palpable.

La adecuación del Partido a la estrategia no puede consistir en ningún caso en la adaptación de la organización a los modos de democracia en el sistema. El Partido de nuevo tipo, el "príncipe moderno" de Gramsci, el intelectual colectivo, etc., se asienta en una doble vertiente: ser un partido de lucha y de gobierno, generador de ideología en todos los ámbitos de la vida social y política y ser numeroso para estar en condiciones de afrontar un proceso de transformación multifacético y simultáneo en todos los frentes. Ello exige una democracia nueva en su interior, que nada tiene que ver con la de los partidos tradicionales y que ha de llevar inherente el proyecto finalista: el comunismo. La democracia nueva, propia de los partidos comunistas, adaptada a las condiciones de lucha en el Occidente democrático, es continuadora, enriquecedora de la concepción acuñada por Lenin, que supuso una ruptura clara con aquellos partidos

(II Internacional) que se habían adaptado a las formas de organización de sus respectivas sociedades y que se incapacitaron objetivamente (y no sólo por las variaciones en sus programas) para dirigir procesos de transformación en sentido socialista.

Y Gramsci, Togliatti, Berlinguer y otros no hacen otra cosa que profundizar, en un marco distinto, esa ruptura que con Lenin se produjo en cuanto a la concepción organizativa del partido.

Una concepción organizativa que encarna el modelo de *democracia de masas para la acción más acabada* y es la que ha dado a los partidos comunistas su carácter diferencial y que de modo más eficaz tiende a evitar su adaptación al sistema.

Para el PCE hoy se trata de desarrollar al máximo su democracia interna sobre la base de una aplicación creadora del centralismo democrático. Ello significa garantizar el debate permanente de arriba abajo y de abajo arriba en directa relación con la acción política; significa garantizar que ante temas fundamentales es conocido por todo el Partido el debate suscitado en los órganos de dirección; pero significa también que todos los militantes son *iguales* y que la unidad hacia la sociedad es un componente irrenunciable del Partido que obliga a *todos los militantes: a los que trabajan en las instituciones y a los que trabajan en los movimientos de masas, incluido el sindicato*.

El X Congreso, en su tesis 7, hizo un diagnóstico de la situación que continúa vigente. La permanente crisis generada por una minoría que, además pudo expresarse libremente en sus organizaciones, ha impedido un trabajo en la dirección que se marcaba en la citada tesis. No tiene nada que ver con la realidad afirmar que la crisis la generaron insuficiencias del Partido en su democracia interna, porque con ello se trata de ocultar algo evidente: los responsables de la crisis son aquellos que desde proyectos políticos distintos y desde posiciones ideológicas diferentes salieron a la sociedad a defenderlas. El tema de la democracia interna es una excusa, un frágil argumento, como ha demostrado el hecho de que una buena parte de los "ex" se hayan incorporado a formaciones políticas cuyo nivel de democracia está a años luz del de nuestro Partido. Cuando las sanciones se producen es cuando en nuestro Partido se crea una situación absolutamente insostenible no ya desde una óptica de partido, sino desde la óptica de cualquier organización con normas de funcionamiento.

Por tanto, todos los elementos que configuran un partido nuevo, de masas, en condiciones de desarrollar una acción continuada ya están dados. ¿Cuáles son los problemas sobre los cuales debe haber una profunda autocrítica y sobre los que los documentos congresuales no avanzan absolutamente nada?

1. La falta de formación ideológica de los militantes, que imposibilita cualquier política de crecimiento cualitativo, que dé a la cantidad, al número, sólidas bases organizativas y políticas para su trabajo.

2. La falta de organicidad del partido a nivel estatal, que lleva a la aplicación de políticas distintas cuando no diferentes en distintas zonas del país (cosa que no tiene nada que ver con el respeto a la *autonomía para aplicar la misma política* de acuerdo con las condiciones de cada región).

3. El cierre "artificial" de debates políticos sobre la base de la componenda, del reparto de influencia y no sobre la base de la profundización, llevando los elementos de discusión a todo el partido para que sea quien decida. De ahí, que en muchas ocasiones se den acuerdos sobre la concreción de determinada política y a la hora de la práctica éstas sean papel mojado y cada miembro del partido haga de su capa un sayo. Tal práctica es una fuente generadora de crisis permanentes, de desconfianza entre los cuadros intermedios y en la base.

4. La falta de una política de promoción de cuadros que ha conducido en muchas ocasiones a llevar a los más altos niveles de decisión del Partido a militantes sin experiencia en el trabajo partidista, con concepciones ajenas a un partido comunista no sólo en el plano ideológico, sino también en el organizativo. En este punto conviene detenerse a reflexionar si no habremos llevado una política equivocada en este terreno ya desde el propio C. C. de Roma en 1976, donde se inicia un proceso de renovación sin precedentes en un partido comunista, que inyecta los elementos de confusión sobre la estrategia eurocomunista que aparecerían cuatro o cinco años después, sin tener en cuenta el nivel medio de conciencia del Partido en aquel momento.

5. *La incapacidad real de las agrupaciones para abordar su papel* (tanto en el territorio como en el sector profesional, como en la empresa) de colectivo dirigente de clase en su ámbito correspondiente; en las que se mezclan militantes de culturas y prácticas distintas sin que existan canales orgánicos que potencien su participación organizada entre las masas, tendiendo a elevar el nivel medio de conocimiento, de formación, dándose el fenómeno contrario.

A ello se añade en el último período sobre todo una acusada tendencia en la dirección a asumir planteamientos que demandan los medios de comunicación para "homologarnos" como partido democrático. Se da un fenómeno que llamaríamos de "mala conciencia" ante las presiones anticomunistas del sistema dominante que afectan tanto a aspectos como el de la imagen como a aspectos de carácter interno, asumiendo, de hecho, una posición subsidiaria, nada combativa, que muy poco tiene que ver con un partido que pretende transformar la sociedad.

Igual ocurre con los sectores profesionales e intelectuales: lejos de plantear una ofensiva frente a las tendencias acomodaticias, apartidarias de un sector de la intelectualidad que tiende a dejar de jugar un papel de avanzada con la clase obrera; lejos de fortalecer el concepto de *intelectual orgáni-*

co gramsciano en nuestra práctica, tendemos a acomodar la estrategia a sus concepciones en muchas ocasiones ajenas a una política de clase, incluso asumiendo la necesidad de formular para ellos un "status" especial en el seno del partido.

Y si bien es cierto que en numerosas ocasiones la militancia del intelectual tiene unas características específicas, no es menos cierto que el partido debe tender a integrarlo *en igualdad de condiciones con el resto del partido* para que su aportación enriquezca a todo el partido y al mismo tiempo el resto del partido le enriquezca a él.

Gramsci cuando formula la necesidad del partido como intelectual colectivo lo plantea desde una posición ofensiva: en el partido hay comunistas; en él el obrero debe asumir, a través del debate y de la formación, la condición de intelectual y el intelectual la identificación con el sentir, con la condición de explotado del obrero, a través de un debate permanente.

Si no, la tendencia a la división en *estratos*, a la configuración de *élites* en nuestra organización serán un hecho evidente. Y teniendo en cuenta que es difícil evitarlo, sólo una tensión en el sentido apuntado arriba puede amortiguarlo. Ello en ningún caso está en contradicción con la potenciación de su trabajo en las áreas en que sean especialistas o con el desarrollo de centros de investigación marxista de carácter autónomo en las que han de jugar un papel esencial.

Para terminar, dos últimas reflexiones. A nuestro juicio, el modelo de partido que hemos tratado de diseñar exige una formulación clara de *disciplina*. En una sociedad en la que los enemigos del socialismo se mueven cuando ven peligrar sus intereses con una unidad y una disciplina casi férrea (aunque en determinados momentos las contradicciones en su seno la dificulten), la parte más consciente de la clase, el partido revolucionario y de masas que encarna el proyecto socialista tiene una de sus mejores armas en la disciplina. Una disciplina consciente, científica, basada en la asunción voluntaria de unas normas elaboradas democráticamente, pero disciplina al fin y al cabo.

Por otro lado, resaltar que en el último período, junto a abstractas definiciones como "normalización de la discrepancia", "necesidad de dar a conocer al partido las posiciones minoritarias", etc., se ha dado un serio retroceso en los niveles adquiridos antes de la Conferencia Nacional. Sirvan para confirmarlo los siguientes ejemplos:

a) El Partido desconoce en todos sus términos el discurso de Santiago Carrillo en el centenario de la muerte de Marx, por expresa prohibición del Secretariado (prohibición que se cubrió con "falta de espacio").

b) El Partido desconoce el debate que se produjo en el Comité Central en el que se producen los cambios en la dirección. Ni siquiera se ha publicado un resumen de cada intervención.

c) Tampoco se publicó el debate en el que se discutió la resolución sobre política municipal y

pactos tras las elecciones del 8 de mayo.

d) A pesar de que históricamente y por primera vez se presentaron enmiendas a capítulos enteros del documento político congresual en el Comité Central de finales de julio, el Partido las desconoce por no haber sido publicadas en "Mundo Obrero". También desconoce el debate que se produjo.

Sin embargo, la prensa ha conocido los términos de la discusión y tiene en sus manos las enmiendas en un trato preferente con respecto al Partido que expresa toda una concepción y al tiempo una gran falta de respeto al colectivo militante.

Si bien ha sido importante el conocimiento del debate preparatorio del XI Congreso, los retrocesos enumerados arriba en la democracia interna son, a nuestro juicio, muy graves y rompen una dinámica que de modo ininterrumpido, cuando se discutían temas importantes, había seguido el C. C. desde antes del X Congreso.

En definitiva, estamos ante un Congreso histórico. El modelo de partido va a ser, de nuevo, un tema clave. Y, en nuestra opinión, las propuestas que se nos van a hacer, lejos de configurar un *partido comunista* de masas, configuran un agregado de masas que aumentará la confusión y puede llevarnos a una situación de difícil salida.



Sobre los problemas del Partido

Francisco Palero Gómez



La política organizativa de un partido marxista-revolucionario, esto es, de un partido que quiere transformar la realidad y no sólo gestionarla, está estrechamente relacionado

con la estrategia que adopte para avanzar en su proyecto revolucionario. Nuestro Partido optó, hace mucho tiempo, por la vía democrática hacia el socialismo y nuestra estructura interna debe garantizar esta vía y esa estrategia.

En estos momentos desarrollamos el debate interno de cara al XI Congreso con el fin de configurar nuestra política a partir del perfil antes anunciado; y aparecen algunos problemas —reales o no— que preocupan al colectivo del Partido, agrupados en dos grandes bloques; en primer lugar, la supuesta contraposición entre partido ideológico-partido programático y, en segundo lugar, el problema relativo a la democracia interna en el Partido.

Voy a emitir mi opinión ante estas cuestiones, reafirmando la vía democrática al socialismo y la estrategia eurocomunista con las que siempre me sentí identificado.

Partido programático-partido ideológico

Es preocupante que en la discusión precongresual aparezca esta dicotomía, por lo que encierra de mensaje encubierto de que el XI Congreso pueda reducir nuestra ideología. Para responder debemos comenzar nuestro análisis haciéndonos una pregunta obligada: ¿es que el PCE en el IX y X Congreso se configuró como partido ideológico? O quizá, llegando más lejos, ¿es que el PCE en su práctica cotidiana —y a veces en sus documentos— desde al menos el año 56 se configura como partido ideológico?

Creo sinceramente que no, o al menos creo que la concepción tradicional del partido ideológico, esto es, como partido en que el fundamento de unión de sus miembros es, prioritariamente, la ideología, en la más pura concepción de la palabra, no ha sido aceptada desde hace mucho tiempo en nuestro Partido.

Desde el año 56, los elementos programáticos del Partido tales como el pacto por la libertad, la política de reconciliación, etc., y posteriormente la política de frente democrático, han sido el elemento determinante y el elemento base de nuestra unidad. Hoy, a estos elementos se unen otros que tratan de

adecuar nuestra política a la realidad presente, tales como nuestra participación en los movimientos sociales.

Ahora bien, ¿es que estos elementos programáticos están ausentes de contenido ideológico? Sinceramente, no.

Las teorías marxistas y el análisis dialéctico han presidido y han inspirado la configuración de nuestro programa, han sido la base de nuestras elaboraciones y han sustentado las bases fundamentales de nuestro trabajo.

Nuestro programa se basa en el marxismo, configura al PCE como el mejor instrumento de lucha para la libertad de la clase obrera y utiliza el materialismo dialéctico como elemento básico para la elaboración teórica y puntual de todos los problemas de la sociedad.

Y en ese programa así elaborado, con claros contenidos ideológicos y no en las esencias ideológicas, es donde se cohesiona la militancia del Partido y donde se produce nuestra unidad.

El programa de nuestro Partido no puede entenderse como una suma de ideas coyunturales que responden a los problemas del momento a corto y medio plazo. Es algo más definitivo, más profundo y más global. Es la alternativa a una sociedad caduca que pretendemos sustituir y en él se marca el camino para esa sustitución. Esta suma de propuestas aparecen globalmente en todos los Congresos (también en el XI) y deben ser analizadas como un todo, con rigor, para no caer en maniqueísmos. Son los contenidos ideológicos de nuestro Partido.

Sin embargo, es entendible la preocupación por los planteamientos ideológicos presentada desde dos criterios yuxtapuestos. Por un lado se constata la indigencia teórica de nuestro Partido —no achacable a la situación actual, sino arrastrada desde hace muchos años—, que mueve a algunas camaradas en la preocupación de que no se abandonen las pocas bases teóricas que tenemos, máxime cuando se recuerdan debates, sin duda mal llevados, como los que presenciamos en anteriores Congresos. Por otro lado la situación global del mundo y de España en particular, la crisis de civilización, la socialdemocratización de la sociedad, etc., llevan a la teorización de que la situación es afrontable con un retorno a los orígenes y de autoafianzamiento de los principios, como respuesta transformadora real.

Estos fenómenos, siendo comprensibles, olvidan que una riqueza fundamental de nuestro Partido es el haber comprendido —no hoy, sino hace mucho tiempo— que la base de nuestro afianzamiento y de nuestra alternativa está en la elaboración de un programa que nos presente como punto de referencia y de ilusión para todos los sectores progresistas de nuestra sociedad, y sitúen ante ellos la necesidad de desarrollar un Partido que, como en contraposición a los partidos tradicionales —de la burguesía o de la socialdemocracia—, siguiendo los principios de Marx, sea el Partido que necesita la clase obrera.

Partido y democracia

Pero no es suficiente que entusiasme e ilusione ese programa, es imprescindible que también el Partido, esto es, el instrumento, sea un punto de referencia en esa ilusión, y aquí entramos en el segundo gran bloque de discusión, el Partido y lo que es innato en su configuración, su funcionamiento y su democracia interna.

Es objetivo que nuestro Partido ha dado saltos cualitativos y cuantitativos en el proceso democratizador interno, comparado con lo que ha sido la teoría o al menos la tradición de los partidos comunistas que recogieron el modelo estalinista de organización, y hago esta observación para rechazar cualquier comparación de nuestra realidad actual, en la legalidad, con nuestra actuación y organización en la clandestinidad. No es riguroso el afirmar que la diferencia del hoy con el ayer, en lo relativo al centralismo democrático, reside en que en la clandestinidad "cargábamos más las tintas" en el centralismo y hoy lo hacemos en lo democrático. En la clandestinidad se ejercía el centralismo democrático que podía ejercerse y la democracia que permitían las normas de seguridad; referido a la democracia, la pregunta ha de ser otra: ¿puede hacerse en la legalidad una práctica interna más democrática, no en relación con la clandestinidad sino con lo que hoy hacemos?

Mi respuesta es inequívocamente sí.

La contraposición al centralismo democrático, en la legalidad, no es otra que el centralismo burocrático, y al hacer esta afirmación no entro en el juicio de maldades intrínsecas, sino en lo que, a mi juicio, ha sido una práctica en algunos aspectos cierta, aunque quizá por nadie querida. Esta afirmación, repito, no me lleva a ignorar los avances sustanciales realizados en nuestra práctica democrática en comparación con otros partidos comunistas legales en la etapa actual, como por ejemplo la discusión en los períodos congresuales, la elección de los órganos de dirección, etc. Ahora bien, junto a estos elementos positivos existen otros, fundamentales para el desarrollo democrático, tales como el principio de dirección colectiva, relación base-dirección, discusión interna, debate sin crispación, etc., sobre los que constatando nuestros fallos tenemos que hacer el oportuno examen crítico y autocrítico y realizar las oportunas correcciones.

En el desarrollo de todos estos elementos reside la aplicación correcta de nuestra regla de funcionamiento, esto es, el centralismo democrático. Ahora bien, al tratar la aplicación de esta norma con corrección debemos comenzar por situarla en su justa concepción. El centralismo democrático no es ningún principio ideológico inmutable, sino por el contrario una fórmula eficaz, hoy por hoy la mejor, para regular la vida interna de un Partido que pretende ser el intelectual colectivo que Gramsci enunciaba, y por ello participativo, como instrumento eficaz para lograr una sociedad sin clases. En esa concepción del centralismo democrático, como instrumento para la acción, reside nuestro principio de

unidad. José Sandoval señala en el número 120 de NUESTRA BANDERA: "El centralismo democrático tiene como función preservar la unidad de acción asegurando al mismo tiempo la libertad de discusión y de crítica. Es el principio dialéctico del movimiento del Partido, la unidad de los contrarios que dinamiza su vida interna y su praxis en la sociedad".

Es por ello obligado examinar la aplicación del centralismo democrático adecuándolo a la existencia o necesidad de un Partido de masas, con una vía definida con claridad y basada en la democracia, rechazando cualquier resquicio que quede en nuestro funcionamiento referido a la aplicación del centralismo democrático en su concepción tradicional, esto es, referido a un Partido que persigue la insurrección, la toma del poder, en base a la acción de un grupo insurreccional y al ejercicio de ese poder en base a la dictadura del proletariado.

Esta acepción conllevaba la existencia de un núcleo cerrado de dirección, a veces personalizado, sin participación, con escasa discusión colectiva, y es un problema que, al menos en la práctica, no hemos sabido superar.

Funcionamiento del Comité Central

Si examinamos, por ejemplo, el funcionamiento de nuestro C. C. nos encontramos con algunos rasgos que tienen poco que ver con lo que sería funcionamiento democrático y participativo, no formal.

Hemos tenido y tenemos numerosos defectos de funcionamiento, en alguna medida relacionados directamente con los propios elementos de su constitución. El C. C. es, por mandato, el máximo órgano de dirección entre Congresos, y su funcionamiento influye directamente en el resto de las direcciones del Partido. Es cierto que el C. C. ha participado en la solución de todos los grandes problemas del Partido, pero no es menos cierto que, en un gran número de ocasiones, su participación ha sido más formal que real. El C. C. ha carecido de una información rápida y eficaz, de un conocimiento real de los problemas del Partido, las grandes discusiones se han producido fuera de su seno, casi siempre en el Comité Ejecutivo, y ante los grandes problemas el C. C. no ha tenido más opción que el pronunciamiento entre el blanco o el negro. La configuración del C. C. posibilita este fenómeno, dotándole de una característica más representativa que dirigente.

Como todos conocemos, al C. C. confluyen estatutariamente todos los secretarios generales de país, nacionalidad o región, asegurando con su presencia una representación orgánica del Partido de todo el Estado. El resto de los miembros debería tener capacidad real para asumir la dirección global del Partido —esto es, capacidad personal, que la tienen, pero también tiempo físico para dedicarse al C. C.—, pero, en la práctica, la mayoría de los miembros del C. C. asumen funciones complejas y

excluyentes en sus respectivas organizaciones territoriales que anulan su dedicación estatal, aumentando la configuración del C. C. en su faceta representativa y dejando en la práctica cotidiana el contacto, el control y la dirección estatal en un cogollo reducido de dirigentes, asentados físicamente en la sede central.

A ello, y quizá como consecuencia, se suma el funcionamiento interno del C. C. —plenos interminables, debates con métodos ineficaces, comisiones de trabajo que no funcionan, etc., etc.; en definitiva, una suma de circunstancias que reafirman lo anteriormente expuesto—.

Sobre estas cuestiones es obligado hacer una reflexión y, pasando de la teoría a la práctica, dotar al Comité Central de los elementos físicos que le permitan conjugar su papel representativo con el de dirección eficaz, colectiva y democrática basada en la participación global de sus miembros.

Su estructura organizativa y de funcionamiento debería variar y, como elemento indicativo, los miembros podrían agruparse en cinco áreas principales referidas a los siguientes temas: política internacional, propaganda y problemas ideológicos, problemas económicos y sociales, instituciones (municipios, parlamentos y Parlamento estatal) y vida interna del Partido (organización, finanzas, cuadros, emigración, escuela, etc.). Que se genere desde estas áreas una estructura que permita la participación real en los grandes problemas de debate, que habilite medios de discusión a los plenarios, que, junto a las propuestas políticas elaboradas por el Comité Ejecutivo, permitan que el C. C. cumpla su papel de dirección. Como nota aclaratoria diré que estas áreas no excluirían la existencia de las actuales comisiones de trabajo, que son necesarias para garantizar el trabajo cotidiano del Partido.

Debate democrático y unidad

Otro problema a revisar es el relativo a la discusión sobre aplicación del centralismo democrático y los derechos de las minorías, máxime cuando en nuestra tradición más inmediata el fenómeno de la discrepancia ha terminado en drama.

El análisis del problema debe referirse a dos momentos diferenciados, esto es, el relativo a los procesos congresuales —como épocas excepcionales—, y en otro plano, el relativo a las épocas que podríamos denominar “normales”.

La aplicación de la democracia en el Partido en los momentos congresuales lleva aparejado a la garantía del respeto a las posiciones minoritarias, a todos los niveles, la necesidad de arbitrar mecanismos para que el Partido conozca todas las posiciones que se generan en su seno, al objeto de que el Congreso elabore una política que pueda ser la síntesis de la opinión de toda la militancia.

La mecánica congresual hace que la primera aplicación de este principio esté referido a las discusiones de los miembros del C. C. Y en este sentido tiene explicación la publicidad de sus debates. Ahora bien, el problema surge, o al menos así está

surgiendo, en el tratamiento que se da a las opiniones divergentes con la mayoría, una vez que el C. C. ha tomado el acuerdo definitivo sobre los documentos base de discusión.

Para profundizar en el problema se ha de tener en cuenta que en el proceso congresual el método partidario se invierte. Es decir, el C. C. aprueba unos documentos, no como elementos obligatorios, sino como documentos de discusión en la base, que serán obligatorios cuando sean aprobados en el Congreso. Por ese criterio, cualquier opinión sobre los documentos, venga de donde venga, y la emita quien la emita, ha de tener igual tratamiento, es decir, ante los documentos no hay miembros de tal o cual comité que opinan, sino base del Partido igual, y todas las opiniones deben tener igual tratamiento. Para ello se abre la tribuna pública y se normaliza su publicación sin entrar en el contenido de los artículos, con el solo condicionante relativo al espacio máximo de los artículos; todos los camaradas son iguales ante la tribuna y todas las opiniones han de tener el mismo tratamiento.

¿Se cumpliría este principio si se publicaran, con un tratamiento privilegiado, las enmiendas que se presentan en el C. C. o en otro comité por tal o cual camarada? Sinceramente, creo que no. Pero es más, la publicación de enmiendas alternativas, presentadas como tales, ¿harían más democrático el Congreso? También creo que no, porque, lejos de propiciar el debate y la síntesis, conlleva inexorablemente a la polarización y a la división.

Es por ello que una vez que se han conocido las opiniones de los miembros del C. C. y se han publicado, y una vez que el C. C. ha tomado una decisión colectiva, a sus miembros, sin excepción, les es de aplicación, como método de trabajo, el centralismo democrático y de forma excepcional pueden expresar sus ideas, como un miembro más del Partido, a través de la tribuna antes mencionada, o en sus respectivas agrupaciones de base.

La segunda cuestión está relacionada al ejercicio de la discrepancia fuera de los procesos congresuales. Es un problema de difícil respuesta que tiene que ver tanto con la existencia de normas administrativas como con una práctica democrática cotidiana. Es el gran reto de los partidos comunistas, que trata de combinar la obligada unidad de acción con el respeto a la divergencia en la opinión.

Esto sería lo que en los documentos del XI Congreso denominamos la normalización de la discrepancia. ¿Cómo podría concretarse? Sin duda, arbi-trando las fórmulas para que se permita y se potencie una discusión libre y transparente antes de la decisión sobre los grandes temas, quizá manteniendo una tribuna permanente en los órganos de expresión del Partido, permitiendo y potenciando la más amplia iniciativa, creándose sobre los grandes temas de debate, de forma organizada, desde el C. C. y en base a la discusión en esas grandes áreas que antes mencionaba, y sobre los grandes problemas que nada ni nadie tiene la última palabra. Obviamente, trabajando en unidad sobre las conclusiones elaboradas por los órganos de direc-

ción, pero haciendo sobre ellas, después de cumplidas, un claro análisis dialéctico que sirviera para enriquecerlas y trabajar con más eficacia en la sociedad, y por último, generando un clima de trabajo en el Partido que evite la transformación de la discrepancia en exclusión y en drama.

Relaciones dirección-base

Relacionado con este punto, es imprescindible el examinar otro elemento determinante en la vida democrática del Partido, esto es, las relaciones del C. C. con la base y estructura organizativa interna que posibilite y acentúe esta relación.

En 1937, Pedro Checa, entonces secretario de Organización del PCE, decía ante un Pleno del C. C.:

“Hay un ejemplo que no quiero dejar de citar ante el Pleno. Es el caso del Comité Provincial de Toledo. Y advierto que, cuando señalo un ejemplo, no lo hago con el propósito de lastimar ni herir a los compañeros del Partido, sino para mostrar a dónde nos conducen estos métodos, inadecuados al momento en que vivimos. En Toledo, el Comité radica en Mora; pero en Mora radica el Comité Comarcal de Mora y el Comité de Radio de Mora, y en Mora radica también el Comité de Radio de Toledo. Es decir, que en una población donde seguramente el número de militantes del Partido es menor al de los que suman todos estos Comités, nos encontramos con cuatro y, sin embargo, existe una debilísima dirección cerrados completamente, y cuando se han trasladado de Toledo a Mora siguen existiendo estos órganos independientemente, porque se trata de grupos de compañeros acostumbrados a vivir en común, a trabajar en común, que no se saben ligar con los otros compañeros y con los otros Comités.

Con todos estos compañeros, y con otros nuevos, seguramente que tendríamos todos los elementos necesarios para crear un verdadero Comité Provincial del Partido. Sin embargo, hoy no hay más que cuatro Comités que se estorban mutuamente”.

Si pongo este ejemplo es porque, salvando las distancias, es representativo de lo que ocurre en muchas zonas del Partido. Tenemos una infraestructura que no se corresponde con el número de afiliados y que no responde, a veces, con unidades administrativas, económicas o sociales, generando tendencias al burocratismo e imposibilitando una relación directa C. C.-base. Es por ello fundamental el institucionalizar las asambleas de cuadros de ámbito provincial y el arbitrar agilidad informativa después de cada Comité o ante cada problema, y es fundamental examinar y adecuar nuestra estructura organizativa eliminando al máximo los organismos intermedios que sean innecesarios para la acción del Partido en la sociedad.

Las Agrupaciones

Como último elemento de discusión y como base fundamental de nuestro trabajo democrático, quiero

plantear algunas cuestiones relacionadas con las Agrupaciones. Sin teorizar sobre ellas, porque el problema es más de contenido práctico que teórico, hemos de partir en el análisis de un principio claro; las Agrupaciones del Partido no son elementos conspirativos, sino el instrumento que debe jugar el papel de desarrollar las alternativas políticas del PCE en el entorno geográfico donde se mueve, potenciando el trabajo asociativo de masas alrededor de los grandes problemas sociales, pero al mismo tiempo recogiendo de esas masas las experiencias prácticas que permiten su ulterior elaboración teórica en un proceso dialéctico claro.

Es constatable que esta teoría no hemos sabido ponerla en práctica.

Las Agrupaciones, desde el principio, han funcionado mal; las asambleas de la Agrupación han estado presididas por el absentismo; la participación de la base en la elaboración de la política fue casi nula. Examinar los factores que han contribuido a esto es imprescindible para corregir los errores.

En primer lugar, obviando el análisis del elemento negativo que supuso la precipitación en la transformación mecánica de nuestra estructura de clandestinidad por la legalidad, constatamos que las Agrupaciones han tenido y tienen una mala estructura organizativa. Entre el Comité y la base no existe en lo general relación adecuada. En la mayoría de los casos la relación se reduce al Comité con el núcleo de activistas de la Agrupación. La relación activista-adherente (o no afiliado) no se ha entendido, y no se ha entendido el papel de adherente.

En definitiva, no hemos sabido llenar el vacío organizativo entre las bases afiliadas o votantes de la Agrupación y el órgano dirigente, creando una desconexión real, una carencia de participación en el desarrollo y elaboración de nuestra política.

En algunos casos, el problema se ha intentado subsanar con las denominadas Comisiones, que elaboran trabajo teórico como auxiliares del Comité.

Este vacío se nota con más claridad a la hora de los debates congresuales o de los grandes problemas, descubriéndose la falta de participación en los plenarios o la escasez en la argumentación. Quizá como solución fuera importante el examinar la posibilidad de trabajar en las Agrupaciones en base a núcleos de trabajo constituidos, o bien de forma estable o bien para trabajos concretos, dirigidos por el Comité y encargados de ejecutar los acuerdos de los plenarios. Los núcleos estables pueden basarse en unidades territoriales inferiores a la Agrupación (en una fábrica, la sección, por ejemplo), se posibilitaría una relación directa entre los afiliados, en definitiva, construyendo una estructura organizativa eficaz, que permitiese la discusión, la participación y el trabajo de todo el colectivo.

El segundo elemento a examinar es la relación base-dirección.

En la Conferencia Nacional señalábamos que nuestro trabajo se había producido por arriba, referido, por un lado, a un trabajo de cara a la sociedad exclusivamente en su faceta institucional, pero refe-

rido, en lo interno, al fenómeno de que la dirección no había mantenido una correcta relación con la base, con lo que conlleva de desmovilización y de elaboración teórica alejada de la preocupación cotidiana. Este fenómeno indiscutiblemente contribuye a la no democratización real del Partido.

El tercer elemento estaría relacionado con la formación teórica de la inmensa mayoría de los militantes del Partido.

Es un tema que suele utilizarse como arma arrojadiza en la polémica antes señalada entre partido programático o partido ideológico, pero, por encima de contiendas congresuales, la verdad es que poco esfuerzo se hizo por dotar de contenido ideológico a la base del Partido, o de potenciar la formación de los cuadros.

Son muchas las Agrupaciones en donde nunca se organizó una conferencia sobre Marx, por poner un ejemplo, y lo que es peor, en la mayoría no se enseñó la utilización en su trabajo cotidiano del método dialéctico, reduciendo su actividad —como consecuencia lógica de lo anterior— al cumplimiento de las consignas prácticas que de arriba les llegan, sin desarrollar acción creadora en el medio geográfico de su ubicación.

Podría seguir enumerando temas (política de cuadros, de locales, etc.) que contribuirían a afirmar mi primera teoría de que existen muchos defectos en el ejercicio de la democracia en el Partido, y relacionando democracia con organización, es obligado señalar que el Partido debe dedicar un esfuerzo serio, en lo práctico, de sus tareas organizativas.

Partiendo de una mayor claridad organizativa —repito, en la práctica— aumentaremos nuestra democracia y ejerceremos el centralismo democrático como elemento dialéctico, no ideologizante ni sectario, sino como base de la unidad del Partido y como fundamento del método organizativo del Partido marxista, cada vez más necesario para la defensa de nuestra clase y la transformación de nuestra sociedad hacia esa sociedad socialista que necesitamos.



XI Congreso: ¿Claridad o confusión?

Pedro Bolívar Reverte



A ningún observador imparcial y medianamente informado se le ocultará que el XI Congreso del PCE va a ser decisivo en su historia. En la discusión del anteproyecto de tesis al Congreso por el Comité Central se han ido consolidando dos tendencias diferenciadas sobre casi todos los aspectos importantes de la política actual y la organización del PCE. Prácticamente ningún miembro del C. C. ha quedado al margen de una de esas dos tendencias, los casos en que algún miembro de una de ellas ha votado positivamente propuestas de la otra tendencia han sido muy pocos, y nunca en cuestiones importantes. El resultado es la existencia en el C. C. del PCE de una mayoría y una minoría prácticamente estables. Apresurémonos a añadir que la actual mayoría no es la misma que la obtenida como resultado del X Congreso, aunque eso lo veremos detenidamente más tarde. Ahora queremos resaltar que gracias a esa estabilidad de las tendencias tenemos mayor facilidad para poder analizar las diferencias existentes entre ellas, a través de la opinión de sus portavoces más cualificados. El propósito de esta reflexión es ver hacia dónde pretenden conducir al Partido las propuestas del Comité Central y algunas de las razones de la oposición de los que formamos la minoría, lo que puede contribuir a aclarar ante el Partido las divergencias existentes.

Se ha intentado crear, con la ayuda inestimable de los medios de comunicación social, la apariencia de que todo se reduce a una querrela personal entre determinados dirigentes del Partido. Nada más alejado de la realidad, por mucho que una gran parte de camaradas hayan podido ser influidos por esas ideas. Eso es una idea no justa de la mayoría que intenta así introducir "profundas reconsideraciones políticas y organizativas" (1) en el Partido, sin que el conjunto de la militancia comunista pueda enterarse y entender que, para muchos miembros del C. C., algunas de esas profundas reconsideraciones ponen en cuestión aspectos esenciales del Partido y su política, y, por tanto, su mismo carácter de Partido revolucionario. Esta idea, la no existencia de diferencias sustanciales, era expresada por el propio secretario general en el resumen al documento político de la sesión del C. C. donde fue aprobado éste. Al no estar publicado resulta imposible reflejarlo literalmente, pero creo que se recordará perfectamente las referencias de Gerardo a "triquiñuelas", "argucias", etc., usadas para descalificar a una posición que, a su

entender, no presentaba diferencias. ¿A qué tanto ruido?, ¿qué otra explicación puede darse a las sistemáticas votaciones, siempre repetidas, siempre en igual número, en el C. C.?, ¿se trata de la ambición de poder de algunos camaradas? Desde luego, en su intervención el secretario general no nos dio respuesta. Después de rechazar la idea de diferencias políticas, no nos explicó a qué obedecía la conformación de dos tendencias en el C. C. ¿Pero es que puede decirse que no hay diferencias respecto al concepto de Partido programático y laico?, ¿o respecto a la renovación del PCE?, ¿o al posicionamiento del Partido ante la política desarrollada por el Gobierno del PSOE? ¡Claro que hay diferencias entre un "apoyo crítico" al Gobierno que expresa la mayoría y la propuesta de llevar adelante una oposición de izquierdas al mismo! ¡Claro que hay diferencias! El intento de ir las oscureciendo, de ocultarlas, no expresa más que la escasa consecuencia, pero como iremos viendo, de ninguna manera que no se esté proponiendo una "renovación" del Partido, inaceptable para la minoría del C. C., que estamos convencidos que es, lo será en el Congreso, la mayoría del Partido.

Para analizar esa "renovación", nada mejor que remitirnos a las opiniones de representantes cualificados de esa nueva mayoría. Por ejemplo, el camarada Gerardo Iglesias. En el artículo publicado en NUESTRA BANDERA (n.º 118-119) titulado "Adecuar el Partido a la estrategia", en la pág. 6 dice: "Hemos puesto mucho énfasis en el Partido de masas como el nuevo modelo de Partido. ¿Pero acaso no lo hemos visto más en términos de número de militantes o adherentes que en lo que yo creo es el meollo de la cuestión: un desenvolvimiento de la vida interna más fluido, más participativo, más democrático y una práctica política hacia la sociedad profundamente renovada? En todo caso, ¿hemos profundizado suficientemente, tan siquiera en el terreno teórico, sobre el nuevo Partido que necesitamos?"

La respuesta a estos interrogantes puede seguir suscitando más o menos controversia. Yo personalmente pienso, visto desde hoy y procurando abstraerme de donde estuvimos cada cual en este debate, puesto que hoy de lo que se trata es de recuperar el PCE y no de disputarse la razón, que el Partido ha sido mucho más capaz de superar viejos clichés, de renovar conceptos abolidos por la realidad en el terreno de la estrategia y de la política general, que a la hora de renovarse como instrumento de acción al servicio de esa estrategia y política nuevas".

Desde luego, nadie ha visto el Partido de masas en términos de militantes o adherentes. Bastaría repasar los trabajos de Jaime Ballesteros (2) e Ignacio Gallego (3). En ellos se incide fundamentalmente en aspectos tan importantes como la relación partido de masas-partido de cuadros, la democracia interna, funciones de las Agrupaciones y Comités, relación partido-movimientos de masas, formación de cuadros y, en conjunto, en la relación entre política y organización. O sea, no es cierto que se

haya concebido nunca el partido de masas simplemente en términos de militantes y adherentes.

Ahora bien, el meollo de la cuestión no es ese, sino "un desenvolvimiento de la vida interna más fluido, más participativo, más democrático y una práctica política hacia la sociedad profundamente renovada", y que el Partido "no ha sabido renovarse como instrumento de acción al servicio de esa estrategia y política nueva". ¿Estamos escuchando a Pilar Brabo?, ¿se trata de algún artículo de Carlos Alonso Zaldívar? No, son palabras, como hemos visto, del secretario general del Partido. ¿Pero algunos tenemos tan poca memoria que no nos acordamos de que esa era la base de partida fundamental de todas las concepciones de los mal llamados renovadores? ¿No era esa idea de la inadecuación del Partido a su estrategia eurocomunista el punto de arranque de la concepción de quienes intentaron liquidar al Partido en el X Congreso? No es de extrañar que Gerardo nos apostille en el párrafo que procura "abstraerse de donde estuvo cada cual en este debate". Resulta que el X Congreso, o lo que es lo mismo, el conjunto del Partido, resuelve en un determinado sentido —contrario a los criterios de los "renovadores"— esa polémica y ahora viene el secretario general y, "haciendo abstracción de ese debate", se sitúa en el punto de partida de los "renovadores". Como método es extremadamente "nuevo", ahora que tanto se habla de métodos nuevos, y su resultado, sorprendente. El Partido elige un C. C. y, a su través, un secretario general que, lógicamente, participe mayoritariamente de la política elaborada por el Congreso y cuyo compromiso es defender y hacer cumplir esa política, pero después el secretario general —y la mayoría del C. C.— hace "abstracción" de que es lo que defendió y se sitúa en el centro mismo de lo que preconizaban los "renovadores", olvidando que es secretario general porque defendió la política del X Congreso y fue propuesto y elegido en el C. C. por la mayoría que defendía esa política. Con esos métodos tan "nuevos" podría pensarse se ha situado al actual C. C. al margen de los Estatutos (4) y en contra de lo que opinó el Partido en el X Congreso (5).

Todo esto lo iremos desarrollando con mucho más detalle. Ahora convendría constatar algo que apuntábamos anteriormente, la configuración de una nueva mayoría en el C. C. Dicha mayoría la conforman hoy determinados camaradas de la antigua mayoría y goza de todo el apoyo de los miembros del C. C. que estuvieron en contra o admitieron ambiguamente el X Congreso y la política desarrollada, a partir de él, por el C. C. Esto es algo que deben conocer todos los comunistas. La parte más consecuente de la dirección, la que con mayor firmeza había defendido el X Congreso, fue apartada de los centros fundamentales de decisión (J. Ballesteros, L. Alcaraz, A. Hoyos). Este hecho, inexplicable cuando se produjo, tiene ahora una fácil lectura. Si se trataba de darle la vuelta al Congreso era necesario desembarazarse de los más firmes defensores del mismo.

Pero volvamos a lo que dice Gerardo en su artículo de NUESTRA BANDERA (6). Al partir del concepto de que el Partido, orgánicamente, no ha sabido adecuarse a su estrategia, se impone una rápida conclusión: debemos renovar el Partido. Vamos a ver cuáles son las propuestas para esa renovación.

“El debate abierto, la pluralidad de opiniones, la discrepancia, en una palabra, no sólo en el seno de la organización, sino sobre todo ante la sociedad, pueden cambiar totalmente su sentido en cuanto se retiren hacia éstas los prejuicios, en cuanto se les sustraigan elementos de crispación. La discrepancia con elementos de crispación es negativa, sobre todo porque proyecta una imagen de desunión y hasta la falta de civismo en algunos casos. La discrepancia respetuosa y tranquila proyecta una imagen bien distinta, de pluralidad, de receptividad hacia diversas sensibilidades, de mayor capacidad de creación (7)”.

Antes de examinar el significado de la cita anterior quiero resaltar que, en otra parte del artículo, hay una definición contraria a las corrientes organizadas en el seno del Partido. Pero, ¿qué es “la pluralidad de opiniones, no sólo en el seno de la organización, sino sobre todo ante la sociedad”, sino el camino abierto a esas corrientes organizadas? Veámoslo. Si se tratara exclusivamente de la pluralidad de opiniones en el seno del Partido no habría nada que oponer. En todo caso, en el contexto total del párrafo aparece como un elemento positivo capaz de proyectar una imagen de pluralidad, receptividad, etcétera. Ese concepto, aunque ahora no sea lo fundamental de mi exposición, necesitaría de todas formas una más seria reflexión. Porque esa pluralidad de opiniones es algo dado, un hecho primario de todo colectivo humano, pero desde el punto de vista de la dirección de un partido marxista, el acento no debe situarse en la constatación de esa obviedad, sino en la necesidad de la máxima homogeneización posible de las ideas, opiniones y criterios en el Partido, como uno de los objetivos de la acción de esa dirección. Ahora bien, que la pluralidad de ideas, las discrepancias, la diversidad de criterios son hechos de los que debemos partir y, por tanto, reconocerlos en nuestra acción política orgánica y nuestros Estatutos, eso no es nada “nuevo”. Esa ha sido la práctica, y así se contempla en los Estatutos del PCE respecto al seno de la organización. Sólo que la mayoría pretende ahora que sea “ante la sociedad”. Esa formulación sólo puede tener dos interpretaciones. O bien quiere decir que los debates de los colectivos sean a puerta abierta, ante los medios de comunicación, simpatizantes, etcétera, y entonces tampoco aporta nada nuevo a la apertura del Partido, ya que es práctica habitual en congresos, conferencias y asambleas de agrupación desde hace tiempo; o bien se refiere al mantenimiento de las opiniones discrepantes ante la sociedad, aunque el colectivo ya se haya definido sobre esas discrepancias. Lo último aboca automáticamente a las corrientes organizadas. Porque desde un punto de vista marxista, la opinión es acción. Verter la opinión discrepan-

te hacia el exterior es hacer acción política —discrepante, distinta— y, por tanto, romper la unidad de acción. De ahí a la corriente de opinión y la corriente organizada no hay más que un paso.

Resumiendo, la existencia de discrepancias y diversidad de opiniones es un hecho dado por la realidad de cualquier colectivo; por tanto, un punto de partida que debe llevar a la dirección de un partido revolucionario, marxista, que quiera transformar la realidad, a tres tipos de acción:

— Reconocer esa realidad. En consecuencia, contemplar en los Estatutos y en la práctica del Partido el absoluto respeto a la misma.

— Modificar esa realidad. Mediante el debate, la labor educativa, la formación de cuadros, etcétera.

— Que esa realidad no rompa la unidad del partido. Aplicación del centralismo democrático: subordinación de la minoría a la mayoría, etcétera.

La propuesta de la mayoría del C. C. confunde todos estos elementos y tiende a romper la unidad de acción.

Continuemos:

“Un partido que se aleja del verbalismo revolucionario, ideologizante, para hacer la revolución desde un proyecto que se vaya construyendo desde la misma base de la sociedad, necesita alimentarse permanentemente de muchas experiencias, de visiones muy plurales. Pero, además, este partido necesita atraer a su seno sectores particularmente críticos por su condición de especialistas de las distintas ramas de la ciencia, del arte, etcétera. Y esto mismo exige condiciones nuevas en orden a la democracia y la participación. La unidad en la vieja concepción de partido vanguardista se hacía más fácil porque se asentaba esencialmente sobre presupuestos ideológicos. Pero hemos resuelto hacer un partido laico, de masas, y aquí la unidad se hace más compleja, pero también más efectiva, puesto que ya no es ‘la unidad de los pocos y buenos’, sino el consenso de amplios sectores influyentes en la sociedad (8)”.

No me resisto a apostillar algunas cuestiones menores pero significativas. Por ejemplo, hemos llegado al descubrimiento de “sectores particularmente críticos por su condición de especialistas de las distintas ramas de la ciencia, del arte, etcétera”. Pero a lo dicho pienso, dejándome guiar por Marx, que en una sociedad dividida en clases, era la condición de clase la que determinaba la crítica de esa sociedad. Uno ha pensado siempre que era la clase obrera la “particularmente crítica”, porque es la clase que cuestiona globalmente al capitalismo. Pero la mayoría del C. C. nos abre los ojos: son los profesionales, los científicos, los artistas los particularmente críticos por su condición de especialistas y no por su situación en el proceso de producción. No, camaradas, no nos encontramos con una aportación al marxismo, sino con una deformación del mismo. Lo que ocurre es que se olvidan de situar el problema en el contexto de la lucha de clases, y entonces el término “crítico” deviene una abstracción sin sentido.

Más adelante se afirma que atraer a esos sectores "exige condiciones nuevas en orden a la democracia y la participación". También en esto debía andar yo equivocado, porque estaba convencido de que lo que exigía esas condiciones era nuestro concepto de partido de masas —en el que espero quepan también trabajadores, campesinos, etcétera—. Referirse en exclusiva a esos sectores es considerar que la clase obrera, los campesinos, mujeres, jóvenes, etcétera, no tienen tanta aspiración a la democracia y la participación como los artistas, intelectuales, profesionales...

Pero continuemos: "La unidad en la vieja concepción de partido vanguardista se hacía más fácil también porque se asentaba esencialmente sobre presupuestos ideológicos". No es cierto, nunca se ha asentado "esencialmente sobre presupuestos ideológicos", sino en la unidad ideológica, la unidad de acción —que a su vez resulta dependiente de la disciplina y de una forma de organización elevada: el centralismo democrático—, el programa y la táctica. Sobre todo eso se asienta "esencialmente" la unidad del Partido.

"Pero hemos resuelto hacer un partido laico, de masas, y aquí la unidad se hace más compleja, pero también más efectiva, puesto que ya no es 'la unidad de los pocos y buenos', sino el consenso de amplios sectores influyentes en la sociedad".

La última frase no merece comentario. Situar la unidad "en el consenso de amplios sectores influyentes en la sociedad" es entregar el Partido, atado de pies y manos, a la burguesía. Pasemos a cuestiones más importantes. En el texto aparece por primera vez el concepto de partido laico contrapuesto a partido con ideología. Es un tema de vital importancia para el Partido. Como en el C. C. Nicolás Sartorius intentó oscurecer el concepto, vamos a ver en primer lugar lo que éste dijo ("M. O.", número 238):

"Yo, de verdad, camaradas, recomendaría, ya que habréis visto que mi ignorancia sobre Heráclito es importante, pero no sobre Marx, que leyeráis de Marx lo que dice sobre las ideologías como reflejo falso de la realidad en la mente del hombre y la distinción fundamental que hace Marx entre ideología y teoría. Y nosotros lo que tenemos que hacer es una buena teoría, no ideología.

Claro, yo sé que los camaradas que dicen eso están hablando de teoría, me supongo. Pero no hagamos de eso el problema de la ideología, porque Marx le mete unos estacazos a la ideología impresionantes, claro, precisamente refiriéndose a que ideología es lo que quieren los filósofos de la burguesía, que crean, falsean la realidad en el pensamiento y que los marxistas lo que tenemos que tener es teoría, que implica la relación entre la teoría y la práctica".

Empecemos a aclarar las cosas. Marx realiza una crítica despiadada a la ideología, pero a la ideología burguesa. Marx y Engels utilizan indistintamente teoría e ideología para referirse a una misma cosa (un sistema de ideas). En los clásicos del marxismo, pero sobre todo en los grandes revoluciona-

rios, se especifican tres formas fundamentales de la lucha de la clase obrera por su emancipación, la lucha económica, la lucha política, y la lucha ideológica —según Lenin la más prolongada y compleja—. ¿Cómo realizar esta última sin un previo sistema de ideas contrapuesto a la ideología dominante? Lenin contrapone siempre la ideología socialista a la ideología burguesa. Algunos ejemplos de lo dicho:

"Cuando se habla de ideas que revolucionan toda una sociedad, se expresa solamente el hecho de que en el seno de la vieja sociedad se han formado los elementos de una nueva, y la desaparición de las viejas ideas marcha a la par con la desaparición de las antiguas relaciones sociales". (Marx-Engels. Manifiesto Comunista.)

"... La tarea de los socialistas se concibe como la de dirigentes ideológicos del proletariado en su lucha efectiva contra sus enemigos...". (Lenin. ¿Quiénes son los "amigos del pueblo"? Obras completas. T. 1, pág. 309.)

"... El problema se sitúa en los siguientes términos: hay que elegir entre ideología burguesa o ideología proletaria. No existe término medio (ya que no existe una tercera ideología); y por otra parte, en una sociedad dividida por los antagonismos de clase no puede existir ideología socialista, todo alejamiento de esta última implica un reforzamiento de la ideología burguesa". (Lenin. ¿Qué hacer? Pág. 95. Editions du Seuil. 1966.)

¿Qué sentido tiene entonces esa disquisición entre teoría e ideología? Sencillamente, oscurecer, profesoralmente, las cosas. Hacer pasar el concepto de laico como definición del Partido con más facilidad. Porque, o bien a la palabra laico se le da el sentido que hoy tiene en los Estatutos de posibilidad de militancia de creyentes en el Partido, y entonces no es nada nuevo ni tiene nada que ver con la ideología del Partido, o bien se le da ese sentido más amplio que tiene en el texto de contraposición a todo sistema de ideas previo y, por tanto, como definición de Partido no alineado ideológicamente. Se trata de ir hacia un Partido programático. Donde, en consecuencia, el marxismo no es el elemento definitorio, sino sólo un componente del mismo. En definitiva, disminuir, perder las señas de identidad, colocarnos inevitablemente en la órbita del PSOE, que en el campo de esa izquierda "laica", no definitivamente marxista, es el componente esencial, hegemónico.

Justo lo contrario de lo que tendríamos que hacer. Los camaradas lo están pidiendo a gritos. Es una necesidad objetiva del Partido acentuar sus señas de identidad, su condición de partido marxista revolucionario, su nítida diferenciación con respecto al PSOE, desarrollar más, mucho más, la lucha ideológica, formar política e ideológicamente a sus cuadros y militantes...; en definitiva, emprender el camino contrario al que se nos propone.

Con esas concepciones, la renovación no será nunca recuperación del Partido. En general, más bien una vuelta atrás. Vuelta atrás en el sentido de impedir el avance del Partido; vuelta atrás en el

sentido de recoger viejas, muy viejas ideas, rechazadas en su tiempo por Lenin y otros revolucionarios; vuelta atrás hasta situarnos en un terreno indefinido, a la cola del PSOE, o como ala izquierda del mismo. Las propuestas políticas, lógicamente, se corresponden con esta concepción. Si puedo, y NUESTRA BANDERA me lo permite, me gustaría también reflexionar sobre ellas. Aunque, hoy por hoy, me sigue pareciendo de vital importancia evitar que el Partido pierda, por deshecho, elementos esenciales que hacen de él un Partido comunista. Que no nos ocurra como en el cuento, que junto al agua tiremos al niño.

(1) Documento político para el XI Congreso del PCE. "M. O.", núm. 241, pág. 1, primer párrafo.

(2) Jaime Ballesteros. "Sobre el trabajo del Partido en la nueva situación". Informe al C. C., 17-18 junio 1978. Editado por Comisión de Propaganda de Madrid.

(3) Ignacio Gallego. "El partido de masas". Editorial Cenit. Madrid, 1977.

(4) Artículos 40 y 46.

(5) Así, no es de extrañar que constantemente se hagan referencias, apelaciones a la Conferencia Nacional, y no al X Congreso. Se está intentando, a partir de la Conferencia, sepultar el Congreso.

(6) Quiero significar que en este artículo se expresan con mayor claridad que en otros escritos e intervenciones los conceptos "nuevos" de la nueva mayoría. Se han oscurecido algo en el informe al C. C. para el XI Congreso, y más en las tesis al mismo, aunque permanezca lo esencial.

(7) Esta cita se reproduce casi textualmente en el informe de Gerardo Iglesias al C. C. para el XI Congreso. "M. O." núm. 235.

(8) Artículo antes citado de NUESTRA BANDERA. Se reproduce literalmente en el informe de Gerardo Iglesias para el XI Congreso del PCE. "M. O." núm. 235, pág. 14.

Valoración de los documentos del Comité Central

Rafael Pla López



a) Objetivos para el XI Congreso

La valoración de los Documentos propuestos para el XI Congreso depende de la concepción que se tenga de los objetivos a cubrir por dicho Congreso.

Diré de entrada que considero que dicho Congreso no puede ser el de la "clarificación" ni el de la "unidad" de los comunistas españoles. El confu-

derivados de la actuación teórica y práctica de la dirección del PCE durante los últimos años no pueden ser remontados en unos pocos meses. Y ello menos que nadie deberían reclamarlo los principales responsables de la desastrosa situación a la que se ha llegado.

¡Claro que hay que luchar por la clarificación y la unidad de los comunistas españoles! Pero ello sólo será posible a través de un período prolongado de debate y elaboración teóricos ligados a una práctica combativa, a través de un proceso paciente de reagrupamiento y reflexión serena de los comunistas españoles. La "unidad" no puede restringirse a los actuales afiliados del PCE, y la "clarificación" no puede basarse en un refrito de las obras escogidas de Santiago Carrillo aderezadas con unas cuantas citas de los clásicos del marxismo.

El XI Congreso no puede servir para cerrar el proceso de la clarificación y de la unidad; por el contrario, debe servir para abrirlo; por ello, debe ser EL CONGRESO DE LA RECUPERACION Y DE LA APERTURA; recuperación de la militancia y de la práctica combativa perdidas, apertura a los movimientos sociales y al debate teórico.

b) De la III Conferencia al XII Congreso

Y hay que constatar, sin ambages, que desde la Conferencia Nacional la dirección del PCE marcha por el camino correcto. La vuelta a los movimientos sociales (atendiendo no sólo a los clásicos, sino también a los embrionarios), el ponerse en cabeza de las luchas sociales, junto a una actitud de modestia y apertura respecto al debate interno y respecto a las iniciativas populares externas, son el único camino para que el PCE vuelva a ser lo que actualmente proclama el artículo 1.º de sus Estatutos: una organización política de vanguardia de la clase obrera y de las fuerzas progresistas de los pueblos de España.

Es cierto que de los documentos elaborados por la actual dirección del PCE emana un notable confu-

sionismo teórico, que denota la escasa formación marxista de sus miembros. Pero ello es difícilmente evitable a partir de la trayectoria de los últimos años. Y es precisamente la actitud de humildad y apertura del actual núcleo de dirección, junto a la existencia de una práctica combativa de clase, lo que permite albergar esperanzas de superación de las actuales deficiencias.

A partir de las reflexiones anteriores, y de la conclusión que se deriva de ellas (necesidad de un APOYO CRITICO al camino emprendido por la actual dirección del PCE), podemos extraer que la actitud política ante los Documentos presentados por el Comité Central debe ser la de no apoyar ninguna enmienda a la totalidad (cuya connotación de rechazo global es clara) y trabajar en la elaboración de enmiendas parciales que permitan superar determinadas deficiencias de dichos Documentos.

Teniendo en cuenta lo anteriormente dicho, no extrañará la valoración positiva de los apartados

que hacen referencia a la *renovación del Partido* (0) Un Congreso abierto; 5) La renovación del PCE) y a la *táctica política* (1) Por la paz, el desarme y la distensión; 2) La situación política después del 28 de octubre), y que, por el contrario, se encuentren muy deficientes los apartados de carácter *estratégico* (3) Por una democracia avanzada: la alternativa de progreso del PCE; 4) La democracia política y social y el socialismo). En estas condiciones, una valoración positiva del conjunto de los Documentos es inseparable del carácter atribuido al XI Congreso, en el sentido de que éste deberá definir unas orientaciones claras en cuanto a la recuperación del Partido y a su práctica política en los próximos años, mientras que por lo que respecta a la estrategia del Partido, lo más que podrá hacer es señalar unas líneas que deberán desarrollarse y concretarse en el MANIFIESTO-PROGRAMA renovado. La elaboración de dicho nuevo MANIFIESTO-PROGRAMA deberá realizarse a través de un largo proceso de debate que culmine en el XII Congreso del PCE, el cual, este sí, deberá ser el Congreso de la clarificación y la unidad. (Señalemos que, a menos que se modifique, los artículos 45 y 40-d de los Estatutos dejan claro que las cuestiones referentes al programa del Partido son de la incumbencia exclusiva del Congreso, el cual, por otra parte, es el mejor cauce para promover una mayor participación del conjunto de los miembros del Partido en dicha tarea.

c) La política del PCE en la transición y frente al Gobierno del PSOE

El Documento Político contiene una decidida autocrítica, tanto de los métodos administrativos con los que se ha tratado la crisis interna del Partido (expulsando a diestro y siniestro) como de la *política* del Partido en la última fase de la transición; esto último es quizá la novedad más importante, por cuanto que supone abandonar la sempiterna tesis de que la política era correcta pero los militantes la aplicábamos mal; los que ante el X Congreso nos opusimos aisladamente a la triunfalista tesis sobre la transición vemos ahora con satisfacción que el Comité Central ha terminado dándonos la razón, asumiendo así que la práctica ha confirmado nuestras posiciones, y que centrarse en la pretensión de una política de concentración democrática con la UCD era un grave error; a partir de esa autocrítica se formula una política de UNIDAD DE LA IZQUIERDA partiendo de las fuerzas de izquierda realmente existentes (representadas orgánicamente por el PSOE de forma mayoritaria), y consecuentemente con ello se define la política frente al Gobierno del PSOE.

Es curioso que quienes en el Comité Central se oponen a esta política proponiendo la confrontación global y radical con el PSOE lo hacen justificando la previa política de pretendida "concentración" con la UCD; y que pretendan el absurdo de compaginar

su acuerdo con una supuesta estrategia de unidad de la izquierda y su propuesta de táctica de confrontación sistemática con la fuerza actualmente mayoritaria de la izquierda (falta de coherencia entre estrategia y táctica que no deja de ser prolongación del coyunturalismo al que han llevado al PCE en los últimos años).

Por lo demás, la táctica propuesta en el Documento es perfectamente adecuada a las actuales circunstancias: *apoyar* las actuaciones positivas del Gobierno del PSOE y *criticar* sus actuaciones negativas, al tiempo que se presentan alternativas tanto puntuales como globales a su política. De esta forma se evita tanto un planteamiento de "apoyo crítico" (que reduciría al PCE a un papel subalterno) como un planteamiento de "confrontación sistemática" (que lo reduciría a un papel marginal).

d) Política internacional; la alternativa comunista

El apartado 1 (Por la paz, el desarme y la distensión) contiene formulaciones particularmente precisas y matizadas sobre política internacional, evitando formulaciones idealistas del X Congreso (así, la afirmación de que el enfrentamiento entre bloques militares no es una *manifestación* de la lucha de clases se sustituye por la aseveración de que tal lucha de clases no se *dirime* en dicho enfrentamiento); evita también hablar de "neutralidad" en relación a los bloques ("neutralidad" que implicaría implícitamente aceptar el marco de referencia del sistema de bloques) para expresar claramente la *oposición a la lógica de los bloques*.

En cambio, resulta confusa la crítica al socialismo real, en cuanto a que no plantea con claridad una ALTERNATIVA COMUNISTA al mismo, limitándose a propugnar su "renovación democrática"; en este terreno, por tanto, se mantiene dentro del terreno demoliberal marcado por el anterior Documento del Comité Central sobre Polonia. Esta es la deficiencia de fondo más grave del Documento Político, que se reproduce en los apartados de carácter estratégico; en ellos, el socialismo en libertad no aparece claramente como la antesala del comunismo, de la desaparición de las clases y *del Estado*.

La falta de una crítica radical del Estado y del autoritarismo se plasma también en el terreno de la organización interna del Partido; en vez de desvelar cómo el centralismo democrático y la disciplina son manifestaciones autoritarias que constituyen un mal necesario que nunca debe ser idealizado, pero que es imprescindible en la lucha alrededor del poder del Estado, se pretende "embellecer" y "dulcificar" esas manifestaciones suprimiendo el término "disciplina".

Sobre estas cuestiones es fundamental la lucha teórica en el marco del XI Congreso, todo y teniendo claro que con ello nos limitaremos a intentar despejar el camino cara a la futura elaboración del MANIFIESTO-PROGRAMA, único marco en el que será posible una completa clarificación al respecto.

e) La transición al socialismo

La confusión entre "socialismo" y "comunismo" se prolonga en la falta de una caracterización precisa de la llamada "democracia política y social". Lo cierto es que se formula una "estrategia" mediante un conjunto de "transiciones" que se superponen, mientras se difuminan los objetivos. Así, se habla de una "democracia avanzada", que parece ser una transición hacia la "democracia política y social", que parece ser una transición hacia el "socialismo", que se concibe como una transición hacia el "comunismo", el cual queda notablemente indefinido; de este modo parece navegarse en la fórmula bersteiniana de que "el movimiento es todo"; y lo curioso es que lo que aparece como tendencia minoritaria en el Comité Central, pese a querer vender una imagen "izquierdista", afirma que estamos aún en la transición... de la dictadura a la democracia; con lo cual demuestran tener tan poco claro lo que es una democracia (burguesa) como lo que es el socialismo y el comunismo..., confusión esta última que parece generalizada en el Comité Central.

Lo cierto es que no hay motivo para escandalizarse de esta última confusión, nada inusual en la literatura marxista. De hecho, uno de los principales problemas con los que se encuentra la investigación marxista en nuestros días es dilucidar el concepto de "socialismo", lo cual es esencial para comprender tanto la naturaleza del llamado "socialismo real" como los procesos de "transición al socialismo".

En el Seminario de Formación y Debate, organizado estos últimos dos años por la Sección de Universidad del PCPV-PCE, se ha desarrollado el concepto de MODO DE PRODUCCIÓN SOCIALISTA como una forma de organización social estable y netamente diferenciada del *modo de producción comunista* (las conclusiones a las que hemos llegado están expuestas en mi folleto "alternativa comunista"). Este concepto permite, por un lado, entender el "socialismo real" como una realidad estable netamente diferente de la capitalista y que no está en transición espontánea a la desaparición de las clases y del Estado (aunque en su seno se desarrollen las fuerzas productivas que exigen dicha transición). Y permite definir la *Democracia política y social* como una formación social en la que coexisten los modos de producción capitalista y socialista, pero en la que este último es el dominante; es decir, en la que la propiedad social de los medios fundamentales de producción permite la hegemonía de la planificación cara al desarrollo económico.

La clarificación de este proceso, para la cual no hay que olvidar el carácter antagónico de la eventual coexistencia de los modos de producción capitalista y socialista, exigirá una profunda investigación y debate teóricos; y su concreción al caso de España exigirá un profundo estudio de la estructura económica española.

No hay que olvidar que para marcar las fases y los ritmos de la transición al socialismo, consiguiendo que el modo de producción socialista alcance y

afiance un papel dominante, hay que tener en cuenta tanto la correlación política de fuerzas como las realidades económicas objetivas, que determinan restricciones inesquivables sobre lo que es posible hacer y el cómo hacerlo. Por ejemplo, como explica Oskar Lange ("Teoría económica del socialismo"), no es posible una nacionalización gradual, so pena de provocar la quiebra de las empresas que estén en lista de espera para ser nacionalizadas: las nacionalizaciones deben hacerse de súbito, al estilo de Boyer con Rumasa o de López Portillo con la Banca mexicana.

En el documento Político se propugna una primera fase ("democracia avanzada") en la que únicamente se realizaría la Reforma Agraria y se nacionalizarían la Banca y el sector energético; en el Documento se argumenta que estas medidas son en principio compatibles con el predominio del régimen de producción capitalista; y ello es cierto en general, pero habría que analizar sus repercusiones en la economía española, en la que la debilidad del mercado de capitales ha dado tradicionalmente una importancia desusada a la Banca: no en vano se caracterizaba a la oligarquía como "terrateniente y financiera"; por otra parte, es necesario relacionar (cosa que no hace el Documento Político) la amplitud de una política de nacionalizaciones con la capacidad de la Administración Pública para absorberlas; de una forma u otra, las medidas propuestas deberían llevarse a cabo de forma rápida y completa: no tiene sentido ni una nacionalización "gradual" de la Banca ni una Reforma Agraria (apellidada "Integral") que no implicara la "supresión de la propiedad latifundista", terminando con "la separación entre la propiedad de la tierra y el cultivo de la misma" (como señala el Manifiesto-Programa del PCE de 1975).

Sobre estas cuestiones, y cara a la reelaboración del Manifiesto-Programa, será necesario un amplio debate, en el que las conclusiones al respecto del XI Congreso deben tomarse como una simple hipótesis del trabajo; y será esencial que dicho debate no quede restringido a las filas del PCE, y cuente, dada la importancia de las cuestiones económicas, con un amplio concurso de los especialistas en el tema: podría ser una buena idea organizar un simposio de economistas marxistas (no necesariamente españoles), cuyas conclusiones fueran posteriormente sometidas a debate en el conjunto del Partido cara al XII Congreso. En todo caso, es esencial un profundo estudio previo de los problemas económicos de la transición al socialismo, a fin de poder en su momento enfrentarse eficazmente a los mismos.

f) La renovación del Partido

Por lo que respecta a las cuestiones internas del Partido, ya hemos valorado positivamente la actitud de apertura y la autocrítica de los errores cometidos en la crisis del Partido; y hemos valorado negativamente la pretensión de suprimir el término "disciplina".

Por lo que respecta a la *laicidad* del Partido, el planteamiento que se hace en el Documento Político resulta un tanto confuso, con una nebulosa concepción de un Partido que es marxista sin que sus miembros lo sean. Es necesario dejar claro que la laicidad se plantea frente a las *ideologías* (religiosas o no), pero no frente a la *teoría* marxista, ligando dicha laicidad al carácter *científico* del Partido, entendido como el desarrollo y elaboración de la teoría revolucionaria por el conjunto de las organizaciones del Partido en contraste con la práctica en el terreno social.

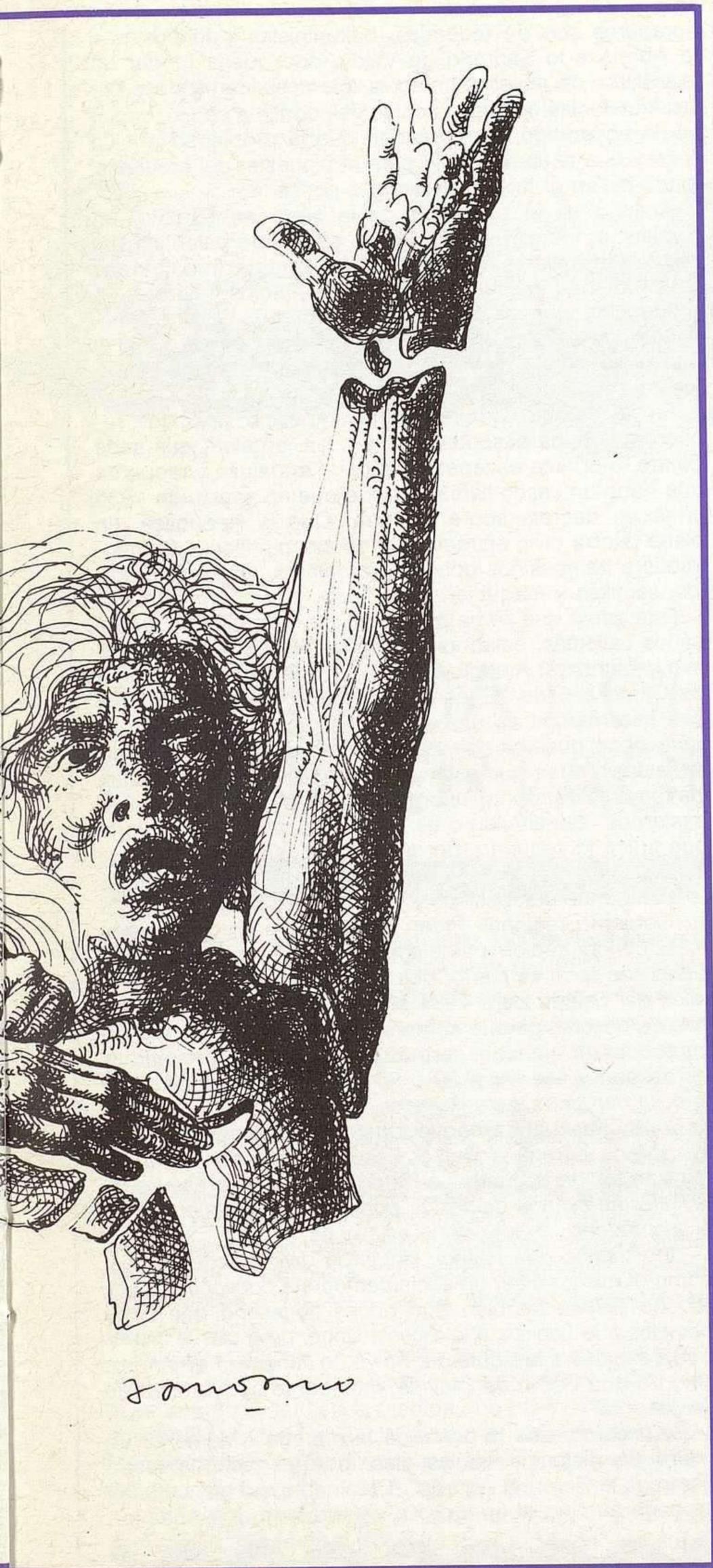
Y por lo demás, pocas modificaciones relevantes se contienen en el proyecto de reformas de los Estatutos, que se limita a proponer ciertas mejoras técnicas. Y es curioso que dos cuestiones importantes para la democratización del Partido apuntadas en el Documento Político no tienen su plasmación en el proyecto de reformas de los Estatutos. Tales son las propuestas de instituir "la asamblea de cuadros a todos los niveles para la consulta sobre temas importantes en vías de resolución" y

de que "los miembros del Comité Central, para ser delegados al Congreso, con voto, tuvieran que ser elegidos en el proceso congresual". Sería importante introducir las modificaciones correspondientes en los Estatutos, a fin de que la Asamblea de Cuadros pudiera ser un instrumento de participación cotidiana de los militantes en la toma de decisiones y en el control democrático de los Comités, de modo que esa participación no se tome sólo una vez cada tres años en las Conferencias y Congresos; y a fin de que el voto de los miembros de un Comité no elegidos en el proceso congresual no distorsione en Conferencias y Congresos la voluntad mayoritaria del conjunto de los militantes: para dirigir y orientar, basta con que los miembros del Comité saliente tengan voz, y no hace ninguna falta que tengan voto; la razón de asignarles voto no es para garantizar el papel de dirección del Comité (a la sazón virtualmente disuelto), sino para introducir un factor de continuismo no democrático.



PROBLEMAS DE HOY





“METRO A METRO HAREMOS LA REFORMA AGRARIA”

López Salinas



Uno, que más bien es ciudadano, quizá por aquello de ser o haber sido escritor de libros de viaje y oficiar, al tiempo, de agitador social desde hace muchos años, ha conocido pueblos y gentes de toda

España, paisajes humanos dentro y fuera de ella.

Y ha conocido, bastante, a los españoles de la diáspora del hambre, de la falta de trabajo. De los que añoran, hace siglos, tierra, pan y libertad: los andaluces.

Estaban allí en los dogales de miseria que cercan las ciudades industriales, en los suburbios de Madrid, Bilbao o Barcelona. Estaban allí, en Frankfurt, Munich, Berna, Zurich, París, Bruselas, Lieja, Estocolmo, en la mojama del humo de las fábricas, al husmo del empleo diario que en su patria se les negaba y se les niega, o ganándose peonadas en la vendimia francesa apelotonados en barracones.

Mano de obra barata, peones de la Europa del desarrollo que ahorran lo que podían para, mitad cigarras mitad hormigas, volver, tras el largo invierno, en el agosto de las vacaciones, con las manos abiertas, chapurreando una lengua extraña, a la tierra y el sol que les vio nacer. A pagar las letras de la casa comprada a plazos y a pasearse con el coche de segunda mano. Gentes que, en sus casas, en las tarde-noches invernales de la Europa comunitaria, guardaban una botella de fino, un coñac jerezano, unos mantecados de Estepa para los que, como yo, íbamos a hablarles de libertad sindical, de derecho a la huelga, de la última batalla de los vendimiadores de Jerez, de la reforma agraria que un día llegaría a España. Viviendas donde, con amor, con mimo a recién nacido, cultivaban en macetas geranios y dompedros, rosas y jazmines, hierbabuena para el olor y la sopa.

Y los he conocido también en su tierra, en esa hermosa tierra que nace cabe Despeñaperros y muere en el borde africano. Tierra dulce y agria a la vez porque no es de los que la trabajan. Los he visto y hablado en Lebrija, en Trebujena o en Pinos Puente, en los blancos pueblos de Juan Ramón, donde aún caminan Plateros de algodón, en

Torreperojil y Torredonjimeno, en Jódar y Huelma, en pueblos blancos y limpios donde crece la jara, la flor y la desesperanza. Cientos y cientos de hombres y mujeres en sus plazas, haciendo espaldas contra sus caleadas paredes esperando el trabajillo del empleo comunitario, ese dinero pequeño que sirve para engañar el hambre y la dignidad obrera, para calmar las luchas sociales, o que al señorito de turno, dueño de muchas hectáreas, se le moviera el alma y diera unos cuantos jornales a ganar.

Hombres y mujeres que, para entretener el hambre, hijos de la miseria en tierra rica, andan a la busca de espárragos trigueros que, luego, ofrecen en manojos al borde de las carreteras. Pajareros de tejados de iglesia para el consumo en fondas y tabernas.

Estaban ahora, hace pocos días, en el cruce al Rubio, en la carretera de Marinaleda a Ecija. La Marinaleda de las huelgas de hambre colectivas, la Ecija de la solidaridad, las muchas torres y el calor que acoñoja, la Ecija de los cerca de mil parados. Reclamaban la Reforma Agraria Integral, la mítica y nunca conseguida Reforma Agraria. Esta gente se ha puesto en pie y reclama tierra y trabajo. Son aquí, quinientos, seiscientos. Mujeres y hombres de todas las edades que descansan y refrescan bajo el viento de un puñado de eucaliptos. Seríamos, estoy entre ellos, más de un millar cuando entramos en el pueblo entre aplausos, gritos y banderas.

Llevan ya, de las ocho, siete provincias andadas. Salieron de Sevilla hace más de cuarenta días y cerca de mil kilómetros. Se les nota en la andadura y en la carne. Gentes del alba que al alba salen al camino para anunciar su voluntad de lucha, su largo pisar de siglos bajo un sol de justicia. Comisiones Obreras del Campo, apoyada por el Partido Comunista de Andalucía, por todos los comunistas de España, lleva, por palabra de los que marchan, la voz de los desheredados plaza a plaza, mitin a mitin. Vendimiadores de la revolución, aún les queda largo camino.

Cantan aires de la tierra, tientan la botella del vino generoso de la solidaridad. Verde, blanca y verde es la bandera que abre la marcha, la bandera de la Junta Liberalista, la de Blas Infante, que han hecho suya, desde un 28 de febrero, este puñado de jornaleros que camina.

Son como soldados de la guerra del tiempo. Son los mismos que se amotinaron en Fuenteovejuna, que se alzaron en Córdoba en el siglo XVII. Los que en Casabermeja, Almogía y Alosaina repartieron tierras y amojonaron cortijos. Espartaquistas que a la brava se apoderaron de Utrera y Arahál para luego caer acuchillados en Benaolan y condenados a muerte.

Los de Loja, Alhama y Antequera que capitanean el albeitar Pérez del Alamo. Quienes, tras la victoria de Alcolea, querían repartir los bienes de propios y particulares. Trabajadores que en Jerez, en 1883, no quisieron la siega a destajo y el Ejército hubo de oficiar de esquiro. Los de las revueltas y huelgas de principios de siglo, los del trienio bolchevique que se extendió por muchas zonas de Andalucía a la llamada de los cañones del "Aurora" que acabaron con la vieja Rusia.

Herederos son de las doctrinas de la Internacional,

herederos son de federales, bakuninistas y furieristas a lo Abreu, a lo Sagrario de Veloy, que quería fundar un falansterio, de aquellos hombres que desparramándose por las Andalucías oriental y occidental, cortijo a cortijo, con él verbo encendido, proclamaban que la propiedad era un robo y que la tierra existía para el bienestar del hombre y todos tenían el mismo derecho a poseerla.

Antiguo es el problema de la tierra en España, en Andalucía. Flórez Estrada dijo en su tiempo palabras que pueden recordarse hoy. Sólo el producto del trabajo debe ser propiedad individual, pero no los medios naturales de producción que el hombre no ha creado y, por tanto, deben conservarse en poder de la comunidad para que el trabajador pueda disfrutar del producto íntegro de su esfuerzo.

En la marcha camina algún campesino viejo que recuerda tiempos pasados, algún joven jornalero que sabe dónde le aprieta el zapato a la tierra andaluza y recuerda que hubo un vasco llamado Uribe que en agosto de 1936 firmó un decreto sobre la tierra. Que la República, en plena guerra civil, entregó más de cinco millones de hectáreas a campesinos pobres y jornaleros, amén de créditos, semillas y maquinaria.

Esta gente que se ha puesto en pie y camina no quiere paños calientes, palabras que se las lleve el viento. Hago mío lo dicho por Antonio Gala en su Cuaderno de la Dama de Otoño titulado "El canto y el llanto": "Si alguien dice que esa marcha es una operación demagógica, que no tiene nada que ver con los intereses de los campesinos andaluces, a los que están engañando deshonestamente, instrumentalizando la Reforma Agraria para fines políticos bastardos, ese alguien o es tonto o es malo. (Más valdría que fuese lo segundo, porque los malos alguna vez descansan, pero los tontos no descansan nunca.)"

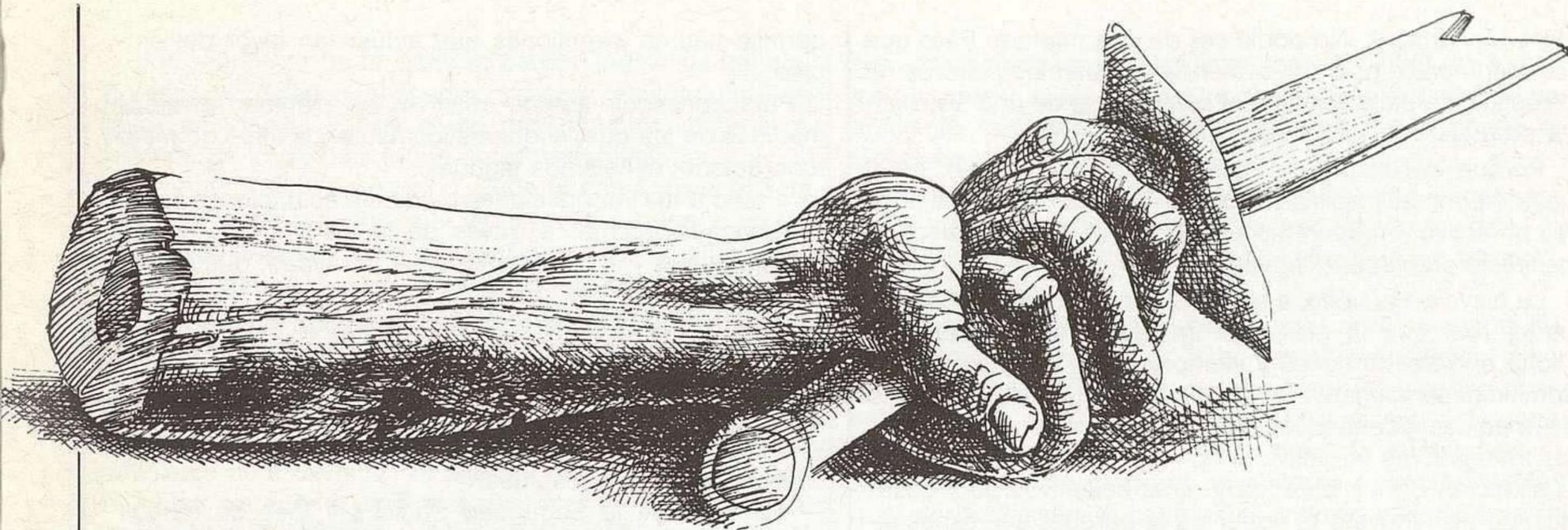
Bien harían campesinos y jornaleros en precaverse ante su Gobierno regional. Piden tierra y quieren darles, a lo más, concentración parcelaria, productivismo capitalista. Dicen, no sé si es cierto, que en los Presupuestos Generales del Estado para 1984 sólo se destinan 1.200 millones de pesetas para la compra de tierras. Un dinerillo, un tapabocas con el cual se podrán comprar 400 hectáreas de secano y asentar a 20 ó 30 familias. El chocolate del loro, el cañamón para jilgueros.

Si don Pascual Carrión levantara la cabeza suspendería en política agraria a Rafael Escuredo y a ministradas y ministrados de la Junta. La Reforma Agraria de Escuredo, la Reforma Agraria del PSOE podría resultar una engañifa, el tocomocho, el timo de la estampita.

Uno piensa que Rafael, izquierda divina andaluza, es, como él mismo dice, un socialdemócrata convencido. Pero uno piensa también que no es necesario que firme decretos a lo Lenin o a lo Vicente Uribe, pero que al menos podía situarse a la izquierda, no ya de Jiménez Fernández, sino de don Pedro de Olavide, intendente que lo fuera de Sevilla.

Pero como dice la gente de la marcha: "Mantener un metro de distancia en las filas, porque metro a metro haremos la Reforma Agraria". Caminante, no hay camino; se hace camino al andar", en palabras de don Antonio.



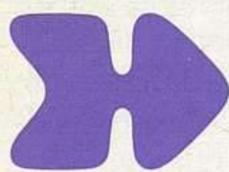


F. J. Ariza Rico

POLITICA ECONOMICA Y CONCERTACION SOCIAL

49

Julián Ariza Rico



Se cumple en estas fechas el primer aniversario del Gobierno del PSOE. Un año es sin duda poco tiempo para resolver los grandes y variados problemas que aquejan a la sociedad española. Pero un año es más que suficiente para conocer las opciones que frente a esos problemas se han tomado.

El caso de la política económica, motivo de este artículo, es seguramente el más significativo a la hora de determinar los contenidos de clase de la política gubernamental. Como tantas veces se ha repetido, nos hallamos ante un Gobierno monocolor apoyado en una mayoría parlamentaria de la izquierda, que realiza una política económica favorable a las tesis de la derecha liberal-conservadora.

Este es un hecho que puede tener gran trascendencia para el futuro de la izquierda y el movimiento obrero de nuestro país. Y sólo en la medida que seamos capaces de desentrañar ante los sectores de la clase obrera y las fuerzas de izquierda, que permanecen todavía expectantes dentro y fuera del PSOE, que la política del Gobierno, de abrirse camino, alejaría por muchísimos años toda perspectiva de transformaciones que permitan una superación progresista de la crisis y sientan las bases para la

democracia política y social del mañana; sólo en la medida que hagamos comprender que la opción del Gobierno gravita sobre la idea de contrarrestar a la derecha identificando la política gubernamental con los intereses de clase de ésta que, no lo olvidemos, no pasan tanto por la forma en que se administra el sistema capitalista como por la garantía de su mantenimiento y desarrollo; sólo si acertamos en la denuncia de que en esa imagen centrista que Felipe está imprimiendo al Gobierno pesa el cálculo de que la presión social de los trabajadores contra su política será amortiguada por el colchón de UGT; sólo si nos convencemos nosotros mismos que además de necesaria es posible otra política, estaremos en condiciones de ser una referencia clara y el motor de esa otra alternativa, la solidaria y progresista, en cuyo enunciado y líneas maestras parece que estamos de acuerdo, pero en cuya firmeza para defenderla y resistir la presión a que ello nos obliga, se observan vacilaciones de cierta entidad.

El Gobierno considera, en los hechos, que los diez millones de votos deben servirle para actuar de forma más enérgica y eficaz frente a la crisis, *pero desde las premisas que fueron ya formuladas por UCD a partir del 79* y que su debilidad política, motivada entre otras razones por la oposición del conjunto de la izquierda, no le permitió llevar a efecto, al menos en la medida que pretendía.

La crítica que habitualmente se realiza a la política económica gubernamental se centra en argumentos tam-

bién económicos. No podía ser de otra manera. Pero que los argumentos económicos encierren efectos políticos no es suficiente para clarificar el sentido real de una alternativa progresista a los problemas de la crisis.

Porque la cuestión no estriba sólo, por ejemplo, en si una determinada política salarial perjudica a los trabajadores en activo, empeora su poder adquisitivo y favorece el beneficio empresarial privado.

La clave de bóveda, a mi entender, está en las cotas de poder real que la clase obrera ejerce en la sociedad. Dicho en otros términos y siempre como ejemplo, podría admitirse teóricamente un sacrificio salarial y otro conjunto de medidas económicas que supongan sacrificios para los trabajadores en activo si con ello, además de mejorar la situación de los parados y otros colectivos peor situados, se disminuyera el poder de la burguesía —especialmente del gran capital— en favor de la clase obrera. Cuando CC. OO. dice que su política de solidaridad incluye *también* que la democracia entre en los centros de trabajo, está hablando precisamente de esto.

Cuando el Gobierno llama a los sindicatos para efectuar conversaciones de cara a la concertación social no lo hace pensando en aliarse con ellos para vencer las resistencias que la derecha ofrece a su política, ni les está ofreciendo contrapartidas para un auténtico fortalecimiento de éstos frente al poder y las prerrogativas de la patronal. Lo que en el fondo les pide es que contribuyan a la paz social, que conviene tanto al Gobierno como a la derecha; les pide apoyo para su gestión de la crisis económica y trata de implicarles en aquellos aspectos de la política económica y social más conflictivos. A cambio les intenta dar que ante la sociedad y ante los trabajadores, los sindicatos aparezcan como protagonistas en ciertas decisiones; decisiones cuyo común denominador es su impopularidad. Les ofrece *imagen* en los medios de comunicación; le dice a la sociedad y a los trabajadores que tiene voluntad negociadora; pero no les da *contenidos*, salvo los de la propia política que el Gobierno, unilateralmente, establece.

Dicho esto a modo de breve reflexión general, pasemos ahora a lo más concreto de la política económica.

La caracterización de la política económica del Gobierno está bastante definida. Tras la publicación de documentos como el Plan Trienal, los Presupuestos Generales del Estado y el Libro Blanco de la reconversión, cuyo prólogo ha sido difundido en octubre y contiene la más nítida explicación de que sólo se pretende reestructurar sectores ajustando a las bajas producciones y plantillas, sin en absoluto plantearse una política reindustrializadora; tras dichas publicaciones, repito, queda fuera de duda cuál es la opción del Gobierno cara al tratamiento de la crisis.

Los ejes en torno a los que debe girar la política económica, según el Gobierno, son:

- a) Reducción del déficit de la balanza de pagos.
- b) Acumulación de capital en el sector privado que

permita futuras inversiones que actúen en favor del empleo.

Para conseguir ambos objetivos se plantean diversas medidas de las que, esquemáticamente y a título de mero recordatorio, señalamos algunas:

- Freno a las importaciones mediante actuaciones sobre la demanda interna, a través de la disminución de los salarios reales y el incremento de la fiscalidad, que gravita sobre el IRPF.
- Estímulo a las exportaciones, mejorando la competitividad, a través de la reducción de costes salariales, cuotas a la Seguridad Social de las empresas y subvenciones directas e indirectas.
- Flexibilización del mercado de trabajo tanto en contrataciones como en despidos.
- Reforma de la Seguridad Social en línea de reducir prestaciones de todo tipo, privatizando áreas rentables y fomentando un ahorro forzado por la vía de los Fondos de Pensiones.
- Reducción de la inflación por el efecto de algunas de las medidas citadas y por una política monetaria restrictiva.
- Reducción del déficit público, recortando el gasto e incrementando los ingresos.

El contenido de clase de esta política se desprende de su propia enunciación. Efectivamente, se trata de mejorar el excedente para el capital privado; prolongar temporalmente la viabilidad de empresas con instalaciones y tecnología más o menos obsoletas —es parte de una política de empleo de cortos vuelos—; mantener y, en algunos casos, empeorar el nivel de subconsumo de amplios sectores de población.

Al amparo de una interpretación "sui géneris" de la solidaridad, tratan de distribuir *entre* los pensionistas la masa de pensiones, de forma que, en términos relativos, mejoren las de unos pensionistas a costa de otros pensionistas; de aumentar el número de parados cubiertos por algún tipo de protección a costa de disminuir el nivel de las prestaciones a otros perceptores del seguro de desempleo; de repartir el 6,5 por 100 de incremento de las retribuciones a funcionarios y trabajadores del sector público, elevando un poco más las de unos por la vía de disminuir los de otros, etc.

No hay política reindustrializadora. La idea es que la mejora del excedente empresarial y el abaratamiento de la fuerza de trabajo anime la inversión; "que funcione la economía de mercado" (Boyer). La actuación sobre zonas afectadas más duramente por la reestructuración de sectores en crisis y cuyos trabajadores poseen mayor capacidad de resistencia —siderurgia, construcción naval, etc.— consistiría en subvencionar de varias maneras la instalación de empresas en esas zonas, lo que puede producir la traslación de la misma actividad de una zona a otra, trasladándose así el paro de un lugar a otro.

No hay ninguna iniciativa para enfrentar y solucionar las causas estructurales que determinan el mayor efecto negativo entre nosotros de la crisis general.

Los sacrificios de la crisis se cargan sobre los trabajadores, que estarían obligados a hacer "solidaridad" en favor del capital y una cierta redistribución entre ellos mismos de lo que les toque en la renta nacional.

No hay política de empleo. Todo queda a expensas de los efectos estimulantes que dicha política general en los inversores privados y de una reactivación internacional que tras diez años de crisis pueda producirse.

Todo cuanto queda dicho, deliberadamente simplificado en favor de un mayor grafismo y claridad de la línea real que se lleva emprendida y donde emitimos, además, la crítica puntual sobre la carencia de rigor tanto en las posibilidades de ganar mercados externos en magnitud suficiente para disminuir el paro, como en la idea de que el mayor excedente empresarial va a producir inversiones generadoras de empleo —entre 1979 y 1982 el excedente bruto de explotación respecto del PIB ha subido del 40,9 por 100 al 44 por 100 y los salarios han bajado en el mismo período del 69,1 por 100 al 66 por 100, a la par que el paro se ha incrementado en esos cuatro años en 1.250.000—. Todo ello, repito, debe servirnos de base para responder a la gran cuestión que se nos plantea de cara a la propuesta del Gobierno de buscar, por la vía de la concertación social, la participación de sindicatos y patronal en la aplicación de esta política.

Como es sabido, tras dos reuniones bilaterales del Gobierno con CC. OO. —30 de junio y 13 de septiembre— en las que no se ha ido más allá de una simple información e intercambio de puntos de vista, hubo el 13 de octubre un encuentro tripartito Gobierno-CEOE-sindicatos donde se acordó iniciar un proceso de reuniones desde cuatro frentes ministeriales —Trabajo, Economía, Industria y Agricultura— para discutir sobre una serie de asuntos relacionados con la política económica. A saber: mercado de trabajo, cobertura a los parados, Seguridad Social, empresa pública, fiscalidad, reconversión y aspectos de política agraria. Se incluía también lo relativo al futuro Consejo Económico y Social.

Lo primero que debemos resaltar es que la teórica concertación debe desarrollarse sobre un marco preestablecido. El marco que definen los textos ya citados: Plan Trienal, Presupuestos Generales del Estado y Libro Blanco de la reconversión. Dicho en otros términos, la política económica global, la opción estratégica frente a la crisis —la "lógica" de la que habla Boyer— *no se negocia*. Para lo que se busca el apoyo de las fuerzas económicas y sociales es para poner en práctica, como ya hemos señalado, algunos de los aspectos más conflictivos de esa política global.

Antes de continuar conviene decir que el hecho de convocar el Gobierno a sindicato y patronal, así como la apertura de varias mesas de negociación ha sido valorada positivamente por cuanto representa una inflexión respecto del criterio que debería prevalecer en el Gobierno, donde, en base a la holgada mayoría parlamentaria del PSOE, la inclinación, era imponer, sin más, esta política. A esa inflexión no han sido ajenas las muy amplias y diver-

sas luchas realizadas e impulsadas por CC. OO. en distintos sectores y zonas de nuestra geografía, expresión de un creciente malestar y oposición al rumbo que desde el Gobierno viene siguiéndose.

A la hora de definir la táctica adecuada ante la concertación es imprescindible no subvalorar este último dato: el descontento es extenso e intenso entre amplios sectores de trabajadores.

La táctica del Gobierno es elemental, pero no exenta de problemas para nosotros. Saben que la oposición a su política va a continuar por nuestro lado. Pero saben también que una negativa a sentarse a discutir los temas que proponen, que afectan de manera directa e inmediata al conjunto de los trabajadores, invalidarían toda credibilidad a la oferta que desde hace años venimos haciendo en el sentido de buscar, por la vía de la negociación y el acuerdo, una superación solidaria de la crisis. Y piensan que la denuncia de que su política nada tiene que ver con la política de solidaridad que nosotros defendemos, la pueden contrarrestar apareciendo el Gobierno y UGT como los dos grandes animadores de esta concertación y enarbolando la bandera de la "solidaridad" como justificación para tal política.

Dicho de otro modo, ofertan formalmente solidaridad y abren, también formalmente, cauces de participación.

Si hasta el 13 de octubre podíamos denunciar los *contenidos* y las formas, ahora, desde esa fecha tenemos que oponernos casi exclusivamente a los contenidos. Con la particularidad de que si antes la oposición era *global* ahora se tendrá que centrar en los temas concretos sobre los que se abren las conversaciones. Se trata, por ello, de escamotear en parte el debate sobre la opción estratégica ante la crisis, conduciéndolo a media docena de cuestiones, sin duda importantísimas, pero que pueden diluir el problema de fondo.

Por otra parte, el gran polo de atracción que representan las subidas salariales, se deja en manos de sindicatos y patronal para la "otra" mesa que sin duda se abrirá a modo de un nuevo Acuerdo Interconfederal, en el que las cuestiones de jornada resultarán imposibles de tratar y donde es evidente que tampoco podrán negociarse de forma efectiva medidas de creación de empleo, anticipación de la jubilación, etc., por lo que este nuevo Acuerdo Interconfederal resultaría previsiblemente más insatisfactorio que el del año actual.

En este contexto, la posición de CC. OO. debe moverse en una dirección en la que quede nítido ante los trabajadores y la opinión pública que ésta no es una *negociación* de la política económica del Gobierno; que los planteamientos de éste no son, ni de lejos, la política de solidaridad propugnada por CC. OO.; que sea ésta una conclusión a la que lleguen los trabajadores, deshaciendo cualquier intento por parte del Gobierno, de UGT y de CEOE de presentar la posición de CC. OO. como fruto de una oposición radicalizada y teledirigida; que en base a todo ello vayamos creando las condiciones para mediante una

presión efectiva incidamos en un cambio real en esta política económica.

La transición ha estado jalonada por grandes acuerdos de diferente alcance y contenido y de desigual valoración, así como de efectos también diferenciables. En algún momento habrá que analizarlos en su contexto y en el proceso que han ido configurando. Lo que ahora interesa destacar es que en el contexto de la actual situación española, en que el PSOE ha conseguido un respaldo electoral sin precedentes, su política no responde a lo que varios millones de sus votantes esperaban. Hay un trasfondo de fraude en todo esto. De ahí la necesidad de una neta y firme oposición de nuestra parte.

El problema se hace más complejo cuando observamos que esa trayectoria de acuerdos en la cumbre ha generado hábitos entre amplios sectores de trabajadores que esperan, con cierta pasividad, que de nuevo se produzcan acuerdos. El mejor reflejo de que queremos señalar es que nadie quiere asumir la responsabilidad de que las negociaciones fracasen. Decimos que una cosa es negociar y otra ponerse de acuerdo, pero en la práctica hay quienes se asustan ante la idea de no firmar. Lo que ocurrió con el AMI pesa sobre nosotros.

Pienso que para superar esta situación lo principal es ser coherentes con nuestra estrategia y adecuar a ella nuestra táctica. Descritas sucintamente, deben ser:

a) Estar presentes en todas las mesas donde se aborden estas cuestiones socioeconómicas.

b) Partir de la oposición global a la política económica y asumir sólo aquello que, razonablemente, desde nuestras premisas, sea positivo para los trabajadores. No implicarnos, pues, en la política general.

c) Huir de mecanismos en la negociación colectiva que asocien el previsible rechazo de una serie de cuestiones a nivel general con la automática no firma de convenios colectivos de empresa o de sector. En la negociación colectiva a estos niveles habrá de estarse a lo que permita la relación de fuerzas, teniendo muy en cuenta lo que opinan las bases y cuadros de CC. OO.

En la etapa que vivimos la iniciativa autónoma, en el marco de la política global del sindicato, va a ser primordial.

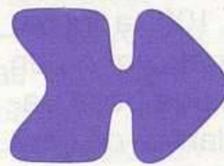
d) Librar una verdadera batalla cara a la información, participación y movilización de los trabajadores.

e) Seguir difundiendo las alternativas de CC. OO. y el PCE frente a la crisis.

Van a darse grandes dificultades, fuertes presiones sobre nosotros. Las podremos neutralizar en la medida que entendemos que la batalla se libra a plazo medio.

NOTAS SOBRE UNA EXPERIENCIA DE MADRID

Víctor Díez Cardiel



La agrupación Bilbao-La Elipa está ubicada en los barrios del mismo nombre del distrito 17, es decir, en el distrito de Ciudad Lineal. Los barrios de Bilbao y de La Elipa cuentan con no menos de 150.000

habitantes, los cuales, en su inmensa mayoría, son trabajadores manuales. A esa población trabajadora le corresponde lo que pudiéramos llamar composición sociológica de la agrupación: fontaneros, encofradores, albañiles, jardineros, trabajadores del pequeño comercio e industria, amén de algún que otro pequeño industrial y comerciante, electricistas, pintores, bastantes amas de casa y más pensionistas y jubilados son las profesiones más corrientes de los militantes del Partido de esta agrupación. La edad de los mismos es alta, tal y como muestra esta pequeña estadística de la agrupación:

De un total de 171 militantes con que cuenta la agrupación, hay ocho camaradas entre los dieciocho y treinta años, 20 entre treinta y cuarenta, 34 entre cuarenta y cincuenta, 38 entre cincuenta y sesenta y 64 de sesenta y más años.

La composición del comité de la agrupación, que cuenta con ocho miembros, se corresponde con esas características. El número de mujeres afiliadas a la agrupación es elevado. Tomando como base el año 1977, el año de la legalización del Partido —aunque organización es claro que la había desde antes—, la agrupación se constituyó en los comienzos de ese año, tal y como prueba, entre otros, el contrato de alquiler del local.

Inicialmente, la actual agrupación de Bilbao-La Elipa se constituyó como una sola agrupación que contaba con casi 400 afiliados. En 1978, y entre otras razones por falta de espacio físico para poder reunirse, la agrupación se desgajó en dos agrupaciones: Bilbao y La Elipa. Así estuvo hasta mayo de 1982, que se volvió a fusionar en agrupación Bilbao-La Elipa, esta vez por razones contrarias, o sea, por tener exceso de espacio, por así decir.

La evolución aproximada de la militancia en estos barrios ha sido, a lo largo de estos años, la siguiente:

Agrupación Bilbao-La Elipa, año 1977: 391 militantes; Agrupación Bilbao, año 1978: 230; Agrupación La Elipa,





ГОНАОРМО

año 1978: 139; Agrupación Bilbao, año 1979: 161; Agrupación La Elipa, año 1979: 115; Agrupación Bilbao, año 1980: 158; Agrupación La Elipa, año 1980: 115; Agrupación Bilbao, año 1981: 157; Agrupación La Elipa, año 1981: 101; Agrupación Bilbao-La Elipa, año 1982: 149 militantes.

(Datos tomados de la resolución del pleno preparatorio de la Conferencia de organización provincial de Madrid de mayo de 1982. Como hemos dicho más arriba, los afiliados a la agrupación en agosto de 1983 son 171.)

Los datos del distrito de Ciudad Lineal para los mismos años, y según las mismas fuentes, son:

Año 1977, nueve agrupaciones: 2.669 militantes; 1978, nueve agrupaciones: 1.559; 1979, nueve agrupaciones: 777; 1980, siete agrupaciones: 704; 1981, siete agrupaciones: 647; 1982, cinco agrupaciones: 442 militantes.

(Actualmente, septiembre de 1983, las cifras de militantes y de agrupaciones, según los boletines de cotización-finanzas de la secretaría del distrito, respectivamente, son: 450 militantes y cinco agrupaciones.)

Como puede observarse, la pérdida de militancia, tanto en la agrupación como en el distrito, mayormente en éste, durante los años setenta y ocho y setenta y nueve resulta sensible. La pérdida de afiliados en la agrupación tomando en su conjunto todo el período de la legalización, esto es, de 1977 a 1982, es considerable. Se pasa de tener 391 afiliados a 149. Durante el último año y pico ha habido una pequeña subida, pero lo importante es haber "cortado" la hemorragia, la sangría constante de pérdida de afiliados, de cotizantes y, si cabe, lo importante es haber parado el aumento irresistible de la abstención, el desinterés y la desilusión creciente, el abandono de cualquier tipo de tarea práctica. La fusión de las dos agrupaciones en una sola era una consecuencia lógica con los momentos políticos vividos más o menos a partir de 1979. El verdadero problema, el mérito, si se puede hablar así, estriba en la capacidad de aguante que ha tenido la agrupación en sí misma, que ha sabido mantenerse a lo largo de estos años, de evitar —tal y como ha sucedido en innumerables lugares—, primero, la lisa y llana desaparición de la agrupación, y segundo, de no quedar reducida, agotada, consumida en las cuatro tareas prácticas, del tipo de cobrar las cotizaciones, vender "Mundo Obrero", pegar carteles, participar en una fiesta, vender bonos, etc. Del conjunto de estas actividades, de estas tareas hablaremos más adelante.

Por otro lado, en el último período, el que media desde el X Congreso acá, y pese a las sucesivas crisis habidas en el Partido —escisión del EPK-PCE, expulsión-sanción a varios camaradas del comité central, medidas administrativas, en parte, tomadas por la dirección del Partido en Madrid, anuncios de dimisiones y dimisión definitiva de Santiago Carrillo y, sobre todo, los resultados obtenidos por el Partido en aquel fatídico 28-O—, pese a todo eso, repetimos, en la agrupación no ha habido ninguna baja.

La pérdida de la militancia en el distrito —sobre lo cual no me voy a extender— coincide, en buena parte, con la habida en la agrupación Bilbao-La Elipa. La comparación

de las cifras entre los años 78-79, respecto al 77, y los del 81-82 en relación al 80 dicen las cosas con más claridad que cualquier otro comentario. Sin embargo, habrá que significar, junto a otros elementos políticos que han influido grandemente sobre esta situación, la incapacidad del Partido, de la organización de Madrid, al menos, para encuadrar ese enorme y "desmesurado" crecimiento habido entre más o menos finales de 1974 comienzos de 1975 a finales de 1979 principios del 78.

El local del Partido

El tema del local, de sus gastos y mantenimiento, de las cotizaciones, de la autofinanciación de una organización del Partido, de la agrupación de las características que venimos hablando, diseñando en estas notas, es un tema importante: ¿sin un local situado lo más próximo al lugar de residencia de los afiliados a la agrupación es posible mantener, ampliar la organización del Partido, conseguir generar actividad política y cultural en el medio donde actúa la organización del Partido? El mantenimiento material de un local, sus gastos mensuales, en alquiler, luz, agua, teléfono —si lo hay—, la limpieza, que no puede pagarse, sino que tiene que hacerse estrictamente voluntaria, lo cual significa, en la práctica, que no siempre reúne las condiciones más adecuadas para hacer eso que hemos venido en llamar abrir nuestros locales a los ciudadanos, a los vecinos, todo ello suele convertirse en un problema de difícil solución; cuando la tiene. Las formas de autofinanciación del local y del conjunto de la actividad política de una agrupación de estas características —y de las demás organizaciones del Partido— se consiguen con los beneficios obtenidos por las fiestas en los barrios, los porcentajes de la venta de bonos, la venta de tarjetas y loterías... Con los ingresos obtenidos por todo esto se consigue hacer frente a lo que pudiéramos llamar gastos fijos. Pero, ¿y los gastos para hacer política de cara al barrio, para llevar la política general al medio donde está ubicada una agrupación, de dónde salen, cómo se obtienen? ¿Acaso a las agrupaciones no les cuesta dinero el hacer octavillas, carteles o pancartas para denunciar este o aquel problema concreto del barrio o del distrito o pueblo?

Lo que, pomposamente, solemos llamar secretaría de finanzas es un camarada solo y morondo que cobra las cotizaciones —y en estas agrupaciones territoriales hay pocos, si es que hay algún camarada, que hagan el pago por Banco o Caja de Ahorros—, los bonos, las tarjetas, la lotería cuando se saca, etc.

De todas formas, una agrupación que trabaje mínimamente, esto es, participe en las fiestas del barrio, haga una venta ordenada de los bonos de fin de año y de la Fiesta de la Casa de Campo maneja ya una cierta cantidad de dinero, tal y como prueba el cuadro número 1. Las finanzas, efectivamente, son uno DE LOS PROBLEMAS POLITICOS MAS IMPORTANTES EN LA VIDA REGULAR DEL PARTIDO.

Periodicidad de las reuniones, de los plenos de agrupación y del comité de la misma

El comité de la agrupación, elegido en mayo de 1982, se ha reunido una tras otra todas las semanas y, en ocasiones, como son los casos de las campañas electorales, hasta dos y tres veces por semana, o tantas como hubo necesidad. Las reuniones del comité todas han sido con previo orden del día. Ciertamente, esta no es la única manera de seguir todos y cada uno de los problemas que tiene ante sí la organización del Partido en los barrios de Bilbao-La Elipa, pero al menos sí resulta necesario al objeto de cumplir las tareas orgánicas y políticas que ha tenido la agrupación a lo largo de este período. Sin esta regularidad en el seguimiento de los problemas, difícilmente podrían haberse cumplido ni medianamente el conjunto de las tareas que había que realizar.

Por su parte, el pleno de la agrupación se ha reunido con mucha más frecuencia de lo que establecen los Estatutos del Partido, que dicen que hay que reunirse, como mínimo, una vez al mes. En primer lugar, ¿qué prueba esta regularidad de las reuniones plenarias de la agrupación? Que hay mucho cliché del tipo de que "... un exceso de reuniones, su reiteración invalida la asistencia a ellas, o lo que es igual, acarrearán la abstención". Seguidamente tendremos que añadir que de lo que se trata, por el contrario, es de que las reuniones no sean largas, sino más bien cortas; que los temas sean tratados con conocimiento, esto es, que se sepa "meter" a los camaradas en ellas, que junto a los debates —muchas veces monólogos malos, malísimos— haya actividad, o sea, que se una la práctica y la teoría y ésta y aquella; que en los plenos y en todo tipo de reuniones se *tomen resoluciones* si se ve que pueden cumplirse, y no se habla en vano; que, en definitiva, las reuniones se preparen bien, sean atractivas y no contribuyan a echar al personal...

Ejemplo de cuanto decimos

a) Entre el 6-9-82 y el 21-10-82, exactamente en cuarenta y cinco días celebramos *cinco plenos de agrupación*. b) Desde el 28-12-82 al 1-3-83 llegamos a hacer un total de *ocho plenos*. En ambas experiencias el hecho concreto es: buen nivel de asistencia e ídem de participación en los debates. Los temas tratados: desde un informe del comité central hasta la preparación, en detalle, de la instalación de las casetas del Partido en las fiestas del barrio.

Por su puesto, las asambleas plenarias de la agrupación no resuelven, ni mucho menos, la enorme indigencia político-ideológica de que adolece esta agrupación y todas. Pero ya es bueno comenzar a lograr un mínimo de vitalización de las mismas. Es una tarea contra el reloj la que hay que desarrollar. Piénsese en que llevamos más de media docena de años actuando en un marco de vida democrática y que lo hecho en este aspecto no ha pasado de simple y no completos enunciados. La formación de gru-

pos de estudio, la elevación de la cultura política e ideológica colectiva e individual es una tarea a largo plazo que requiere un grande esfuerzo sostenido. Más adelante volveremos sobre lo de la elevación política y cultural de los militantes.

También tenemos que significar en esta breve reseña en torno a la regularidad de las reuniones que otro logro, quizá no conseguido de una manera definitiva ni mucho menos, de la agrupación es *haber conseguido que los plenos de la misma se terminen*, ciertamente, a una hora temprana, las diez en los plenos regulares y las diez y media en los de debate del documento político para el XI Congreso, con lo cual se consigue mayor asistencia, menos aburrimiento y abstención.

El trabajo de una agrupación de las características que venimos señalando es el equivalente (o más) que el de ser miembro de una comisión (incluso en ciertos casos, el responsable de la misma) equis del comité regional o, incluso, del propio comité central. Una agrupación con 170 afiliados y 30-40 activistas precisan de una dedicación intensa. Lo de retornar a las bases del Partido, a las agrupaciones, no se hace, no despierta ningún tipo de interés, entre otras muchas razones, porque sólo acarrea trabajo y no precisamente del más brillante.

Repásese si no el trabajo que da una agrupación

a) El comité tiene que reunirse como mínimo una vez por semana.

b) El comité, a la vez, suele estar coordinado con el comité de distrito, que es el primero en la escala de menor a mayor. El responsable del comité de la agrupación suele ser miembro a su vez del comité de distrito; el responsable de organización está en la comisión de organización del distrito y lo mismo ocurre con los responsables de finanzas, prensa-propaganda, política municipal y alguna que otra comisión. Todo ello obliga a mantener, en cada comisión, otra u otras reuniones.

El comité de la agrupación tiene que coordinar todo eso.

c) El comité de la agrupación debe constituir, si hay condiciones, grupos de trabajo.

d) Hay que hacer un pleno de agrupación como mínimo al mes. Por cierto, ¿cómo con un pleno al mes se puede discutir, ser informado, de la política general, de la internacional, de los problemas del barrio y del distrito, del conjunto de la ciudad más hacer lo que sigue?

1. Cobrar las cotizaciones una a una —en una agrupación de estas características no se paga por Banco—, tarjetas, loterías, bonos.

2. Hacer los sobres con las convocatorias, poner anuncios en los tableros de anuncios.

3. Recibir formación política-ideológica.

4. Hacer política en el medio donde se actúa, ser centro de iniciativa política, punto de referencia de las inquietudes revolucionarias, etc.

5. Hay que constituir grupos de difusores-vendedores de "Mundo Obrero". Pero, ¿cómo?

6. Tener otras tareas y seguirlas, tales como las de

estar en la Junta Directiva de las AA. VV., presidirlas, etc.

7. Hacer las fiestas de los barrios, esto es, poner LAS CASETAS EN DOS FIESTAS.

8. Vender los bonos: Fiesta de la Casa de Campo y de la del fin de año; trabajar en la Fiesta de la Casa de Campo.

9. Hay que pegar carteles no sólo en y durante las campañas electorales, sino en diversos acontecimientos políticos: manifestaciones, concentraciones, marchas, actos públicos, etc.

10. Tener informados a la totalidad de los afiliados. Y, por cierto, el método "vertical" de información existente en el Partido no facilita, ni por asomo, tal información. Ciertamente, algunas veces se ha dicho desde "M. O." que son pocos los camaradas que se valen del órgano central del Partido para sus debates, informaciones, etc., pero no es menos cierto, en contrario, que "M. O." y los órganos de dirección del Partido faciliten una comunicación de abajo arriba. Pero lo que decíamos es que el método de que cada equis secretaría o comisión de trabajo envíe —que lo debe hacer— sus circulares, cartas, etc., a sus homólogos de comités o comisiones inferiores está bien, pero, ¿cómo se entera el resto de los afiliados, incluso el propio comité, de esas notificaciones? Reproducir las informaciones, cartas, circulares cuesta dinero, lleva un trabajo. El tema de la información es, primero, un DESASTRE; segundo, resulta vital para participar mínimamente en la política.

11. El local hay que limpiarlo, esto es, hay que barrer, fregarlo, pero resulta que no hay dinero para ello; eso sólo se puede hacer en las oficinas del comité central o del comité regional.

La cultura política

Los problemas de la llamada "formación política" —personalmente, la expresión "formación política" no me gusta nada, prefiero llamarlo lisa y llanamente cultura política-práctica son, ciertamente, problemas que preocupan, sin excepción, a todos los camaradas. Todos los camaradas hablan y hablan —aunque ciertamente, después, por muchas razones, el hablar no se corresponde con el pequeño-grande sacrificio personal, individual que hay que hacer— constantemente de esto. Pero, ¿cómo se puede lograr elevar el nivel político cultural de una agrupación donde la mayoría absoluta de sus militantes son trabajadores manuales (carpinteros, encofradores, fontaneros, soladores y, entre otras, un buen número de camaradas amas de casa, etc.) con una media de edad alta; donde los que trabajan, que no son, ni mucho menos, todos, lo hacen a base de muchas horas, de desplazamientos largos, en definitiva, con poco tiempo disponible para la lectura, menos aún para el estudio? ¿Cómo conjugar la participación del conjunto de la agrupación sobre los problemas de política internacional, los de tipo general y los más próximos del barrio y del distrito, hacer participar de una manera real en ellos? En otras palabras: ¿qué experiencias reales hay a nivel de agrupación de llevar a la práctica eso que dicen los Estatutos en torno a que "... la agrupación es la organización de base del

Partido, el vínculo principal de *relación política del Partido con el pueblo*" y que "... la agrupación se constituye para atender políticamente a un ámbito territorial definitivo"?

¿Qué significa, en la práctica, atender políticamente un ámbito territorial (o el de una fábrica):

— Pegar carteles, distribuir octavillas, poner pancartas.
— Ir a las manifestaciones y concentraciones, asistir a los actos públicos del Partido: mítines, etc.

— Hacer las fiestas en los barrios; participar en las Fiestas-PCE de la Casa de Campo.

— Vender bonos, vender tarjetas, hacer loterías.

— Cobrar las cotizaciones.

— Ser apoderados e interventores en las elecciones, hacer suscripciones para éstas.

— Poner mesas para recoger firmas, hacer caravanas.

— Prestar servicios en los actos públicos del Partido, cuidar los locales, etc.?

Aunque de manera incidental, conviene decir en torno a estos problemas que hay la impresión, que muchos camaradas expresan de una u otra manera, o bien no volviendo a la agrupación a hacer solo eso, bien reduciendo su participación en la misma de una manera drástica, justificativa, que parece como si se quisiera "condenar" a los militantes a hacer siempre lo que decimos más arriba, o sea, a ser meros receptores resignados y ejecutores de lo que deciden siempre en los órganos de dirección, pues —y a título de ejemplo— ni siquiera en torno a los carteles, por no hablar de las *nefastas y poco baratas pancartas que se hicieron en la campaña del 28-O*, y sobre las que nadie ha dado ni una mínima explicación, se les consulta. La asignación de ese papel pasivo impide, en la práctica, objetivamente, otro tipo de realizaciones.

La experiencia de la agrupación a lo largo de estos dieciocho meses ha sido la de tratar de conjugar la información —la información veraz y objetiva, que suele decirse—; es un requisito previo, indispensable para la participación real en la política, y en todo, por lo demás, del Partido; repetimos, la información-discusión-política-ideológica junto al trabajo, la tarea diaria, práctica, concreta, ha sido el norte de la actividad de la agrupación.

Así:

Hemos celebrado no menos de quince conferencias, charlas coloquios (o como se les quiera llamar) en torno a temas políticos y organizativos, de tipo general; a temas de política internacional y de tipo cultural. Es decir, hemos celebrado casi una conferencia específica por mes. Hemos tratado de: la concepción del Partido, de la OTAN y de los bloques militares, del anteproyecto de despenalización del aborto y del centenario de Carlos Marx, y de los problemas de los movimientos sociales.

Más, ¿es esto suficiente a efectos de que, la agrupación, por un lado, eleve su nivel colectivo e individual político y, por otro, sea capaz de influir en el medio donde se desenvuelve, sea capaz de generar una actividad política, social y cultural hasta convertirse en un elemento dinamizador del medio donde actúa o, por el contrario (o a la vez), necesita de apoyos o medios técnicos, no asép-



ticos desde el punto de vista político, claro está, profesionales e intelectuales que, bien integrados en la misma agrupación, bien a través de grupos de trabajo o comisiones elaboren alternativas no "exclusivamente técnicas", tampoco "exclusivamente políticas" para ejercer —y, portanto, resolver— una mayor influencia del Partido, de la agrupación en *enseñanza, urbanismo, transporte público, mercados y sanidad*, etc., pero también de cara a los salarios y la subida de la vida, el medio ambiente, la dignidad de la mujer, las condiciones de vida de pensio-

nistas y jubilados, los graves problemas de la droga y de la marginación que tanto abundan en nuestros barrios? La cultura política, la elevación del nivel político de la agrupación, colectiva e individualmente, pasa también por un conocimiento de muchas cosas concretas, esto es, de las condiciones de vida y problemas de nuestros vecinos.



LA LEY DE REFORMA UNIVERSITARIA

Eulalia Vintó



El 21 de septiembre de 1983 ha entrado en vigor la Ley de Reforma Universitaria que presentó el Gobierno socialista, con un fulgurante trámite de urgencia en las Cortes, para dar cumplimiento al ap. 10 del art. 27 de la Constitución española: "Se reconoce la autonomía universitaria en los términos que la ley establezca".

No es casual que la Ley sea de reforma y no de autonomía, ya que si poco es lo que se reforma, menos es lo que se autonomiza; volvemos, pues, al cabo, de cinco años, al proyecto inicial del entonces secretario de Estado para las Universidades, señor González Seara, quien durante el curso 77-78 presentó a la Universidad un anteproyecto de Ley de reforma universitaria, luego bautizado de autonomía universitaria, y que, tras complejos avatares, terminó por ser retirado del Parlamento en mayo de 1982, víctima de la incapacidad de UCD y de las presiones inconfesables e inconfesadas de la siempre activa reacción ideológica, confesional y corporativa de nuestro país.

El curso 83-84 se abre, por fin, con una nueva Ley y en los actos solemnes de inauguración, desde los rectores al señor ministro y desde los presidentes de comunidad autónoma hasta el propio presidente del Gobierno, todos los oradores han coincidido en señalar que se inicia una nueva etapa en la que el destino de la Universidad será, en gran medida, aquello que los universitarios quieran y sean capaces de plasmar en sus propios Estatutos.

No es fácil demostrar en pocas páginas la falacia de tal argumentación, sin caer por otro lado en un derrotismo fácil y a la vez esterilizante, pero tampoco se puede consentir la alegre superficialidad de quienes se escudan en un texto jurídico, escandalosamente insuficiente, para no acometer la auténtica y profunda transformación de la Universidad.

Los movimientos universitarios del franquismo, inicialmente protagonizados por estudiantes y los de la transición, hegemonizados por el profesorado no numerario, tenían un común denominador: hacer la institución autonómica, democrática, científica y enraizada en su medio. Para ello se exigirían una serie de mínimos: modificación de la omnicompreensiva dependencia jurídica de la Administración central, eliminación del poder caciquil y feudal de los catedráticos, reconocimiento de la vía contractual como fórmula, al menos paralela, de estabilidad para el profesorado, participación de los diferentes sectores universitarios en el gobierno y gestión de la Universidad, incremento de sus presupuestos para dotar a

todos los centros de los medios imprescindibles que les permitieran simultanear la docencia con la investigación, modificación del sistema de acceso estudiantil y de tasas, vinculación de la Universidad con la sociedad a través de mecanismos ágiles, eficaces y transparentes de corresponsabilización.

Estas podrían ser, en síntesis, las ideas recurrentes de todos los universitarios demócratas y progresistas desde los años sesenta, y su formulación aparece explícita la infinidad de documentos, clandestinos primero y permitidos después, que cualquier estudioso puede consultar. A guisa de ejemplo, los Estatutos de los sindicatos democráticos de estudiantes en los años sesenta, los acuerdos de la primera y única asamblea estatal de profesores no numerarios (Granada, 1971), el III Congrés Universitari Català (Barcelona, 1979) o la reunión en Córdoba de profesores y estudiantes de diversas Universidades españolas en septiembre de 1978 acreditan estas afirmaciones.

Otra insuficiencia

Al propio tiempo no puede silenciarse otra insuficiencia radical de la LRU, la carencia absoluta de un planteamiento de fondo sobre la institución universitaria, su papel hoy, año 1983, y su proyección en el futuro. Si bien es cierto que los movimientos universitarios españoles no habían aportado demasiadas luces al respecto, agobiados tal vez por la inmediatez de los problemas cotidianos o faltos, quizá, del suficiente aliento especulativo, no por ello debe excusarse que el Gobierno socialista acometa la reforma de la Universidad sin trazar, al menos, las líneas básicas de su proyecto educativo, para este nivel, y con la perspectiva del año 2000. La polémica que se originó en Europa y en América a partir de mayo del 68 sobre la función de la Universidad ha sido resuelta de modo diverso en los distintos países; en España, una vez más, nos quedamos al margen del debate por la insólita vía de ni siquiera plantearlo. ¿Vamos a una Universidad de élite? ¿Optamos por la Universidad de masas? ¿En unas facultades sí y en otras no? ¿Ha de ser la Universidad una fábrica de títulos con mayor o menor ligazón con el mercado de trabajo o nos inclinamos por una Universidad abierta, promotora de Cultura, con mayúscula, y sin una relación estricta con las demandas sociales? Dudo que el lector de la LRU pueda responder a ninguno de estos interrogantes ya que, y esto es lo más grave, ni siquiera están formulados.

¿Qué nos ofrece entonces esta Ley? Siguiendo un poco la línea reivindicativa antes expuesta, y sin



J. J. J. J.

que el orden de exposición indique prioridad, veamos cada apartado en particular:

1.º Organización

La Universidad, hasta ahora dependiente sólo del MEC, pasa a organizarse de acuerdo con sus propios Estatutos, pero su tutela y la ordenación de algunos temas capitales queda en manos del Gobierno, de la comunidad autónoma competente y de los informes previos del Consejo de Universidades. A guisa de ejemplo cabe citar las normas básicas sobre Departamentos —al parecer, piedra angular del nuevo diseño universitario, pero del que nada sabemos, ya que perviven las anteriores y se desconoce la nueva, si la hay, concepción—, los requisitos para el acceso de los estudiantes, así como los procedimientos de selección para ingresar en un centro, las directrices generales sobre planes de estudio homologable, los criterios para obtener el título de doctor, las compatibilidades en la dedicación del profesorado, etc., etc.

Los Estatutos, sin embargo, pieza angular del desarrollo de la LRU, establecerán la composición, funciones, métodos de elección y renovación de los órganos de gobierno y administración, los planes de estudio no homologables, los métodos de control de todo el personal, las formas de relación con otras instituciones de cultura, etc., así como la concreción en el ámbito de la propia Universidad de la regulación general sobre los temas anteriormente citados. De la mayor o menor amplitud de miras de los decretos gubernamentales dependerá la real autonomía de cada Universidad.

Por vez primera se establece en el gobierno de la institución la presencia de la sociedad a través del Consejo Social. Sus importantes funciones en orden a la economía, presupuestos y planificación han de permitir que los universitarios dejen de sentirse el centro del mundo, a la par que la sociedad se verá obligada a conciliar sus demandas a la Universidad con los recursos de que la dote. Se trata, en efecto, de romper el divorcio entre el Alma Mater y su entorno; esperemos que la Ley específica que regule su composición acierte en su cometido y que un exceso de burocracia no limite los objetivos y la potencialidad de esta nueva y útil estructura.

2.º Profesorado

La meta esencial que defendían los detractores del antiguo régimen de profesorado era, sin lugar a dudas, eliminar el carácter vitalicio incontrolado e incontrolable de los cuerpos de funcionarios, especialmente el de catedráticos. La fórmula del contrato laboral, o del contrato "Tout court", trataba no tanto de mermar la estabilidad —objetivo absurdo por parte de quienes vienen sufriendo la más absoluta y arbitraria inestabilidad—, sino de lograr unos mecanismos de control de la función docente e investiga-

dora de los profesores. Pues bien, en este aspecto crucial como ninguno, la LRU consagra el régimen funcional como único sistema de acceso a la estabilidad, mantiene con retoques de dudosa eficacia el arcaico y tópico sistema de las oposiciones, fosiliza, al menos durante treinta años, el cuadro actual del profesorado y echa por la borda, inmisericorde, todos los esfuerzos y razonamientos de quienes habíamos abogado por otras soluciones.

Quisiera, en este punto, ser muy tajante: no habrá reforma universitaria sin cambios radicales y profundos en la estructura del profesorado. En la medida que la LRU no los introduce, no caben grandes esperanzas en el resultado de su aplicación. No es un azar que frente a este proyecto no se hayan alzado las voces de los cuerpos de funcionarios que tan gran papel jugaron en hundir el proyecto de UCD. Y la UCD, para que conste, sólo se limitaba a introducir, como vía paralela, la contratación estable en unos porcentajes discretos. Los socialistas, otra —no muy lejano— partidarios como los comunistas de la contratación, han renunciado a ella sin dar explicaciones, pero asegurándose la complicidad de los profesores no numerarios al garantizarles su acceso al funcionariado por el portillo de la prueba de idoneidad. Después de quince años de luchas, huelgas y plataformas reivindicativas es comprensible que ya no existan ni siquiera ánimos para protestar, máxime cuando la Ley, como en las mejores épocas del franquismo, se dictamina en verano y por procedimiento de urgencia.

Los catedráticos, pues, seguirán como estaban, los clanes no verán afectada su supervivencia, la otra "fiesta nacional" seguirá desgranando su rosario de anécdotas, los antiguos adjuntos se llamarán titulares y, como gran novedad, en el futuro los ayudantes con vocación universitaria deberán viajar por España o allende las fronteras un par de cursos antes de lograr la estampilla de funcionario. Para ese viaje, realmente, no necesitábamos ninguna alforja.

3.º Presupuestos

A juicio de los expertos, y desde el prisma de la gestión, este es un elemento positivo de la Ley. Se simplifica el papeleo, se responsabiliza más a la Universidad y al Consejo Social, se establecen formas más ágiles de control. Ahora bien, ¿quién y cuánto paga? La respuesta es difícil, ya que según el art. 54, los ingresos serán la subvención global anual fijada por las CC. AA., las tasas y otros conceptos de menor cuantía, sin que se expliciten ni el porcentaje, ni los módulos de cálculo, ni en qué estriba ni cómo se concreta la afirmación del artículo 52: "Las Universidades deberán disponer de recursos suficientes para el desempeño de las funciones que se les hayan atribuido". Una pregunta posible es hasta qué punto esta suficiencia deben garantizarla la subvención o las tasas, ya que la consideración de servicio público atribuida a la Universidad no

ha impedido, este curso 83-84, un nuevo incremento de tasas. Pero también es lícito preguntarse por el sistema de cálculo que permita hablar de suficiencia, ya que hoy todos coincidimos en que los recursos son suficientes, pero no tenemos un criterio coincidente sobre hasta dónde deben aumentar.

A nadie se le escapa, pienso, la trascendencia de este tema. Una cosa es la gestión, la elaboración y control del presupuesto, pero si no hay garantías de financiación desde las arcas públicas podemos caer por la vía de apremio en un encarecimiento de tasas —su compensación a través de becas no deja de ser aún una piadosa declaración de buenas intenciones— que resuelva la alternativa élite-masas de forma drásticamente injusta.

4.º Acceso de estudiantes

La Ley es aquí enormemente conservadora y continuista, a la vez que cauta y cicatera. Grandes principios que no obligan a nada y remisión a futuras leyes de los aspectos concretos, con lo cual poco le quedará a la Universidad por regular. Importa destacar que no desaparecerá la selectividad, es decir que la Ley reafirma su total desconfianza hacia la enseñanza anterior a la Universidad que podrá existir además una selección específica por centros; que el alumno deberá someterse a unos requisitos para la permanencia, pero que todo ello no será competencia de la propia institución, sino de la Administración central, la cual hasta el momento no ha dejado entrever qué opiniones tiene al respecto.

5.º Investigación

Podríamos decir que es la gran ausente de la Ley. La incomprensiblemente ausente, ya que después de afirmarse en el artículo 1.º que entre las funciones de la Universidad está "la creación, desarrollo, transmisión y crítica de la ciencia, la técnica y la cultura", no se articula ningún mecanismo que garantice, financie y facilite el cumplimiento de esta función.

El Gobierno socialista se ha escudado en una futura ley sobre ciencia e investigación, pero es difícil de aceptar tal excusa cuando la LRU era una inmejorable ocasión para marcar las pautas de una política científica que pasa necesariamente por la Universidad. Para investigar, además, hacen falta recursos, y ya hemos visto cuán desdibujado está este punto; no obstante, y ello es enormemente sospechoso, el art. 11 autoriza la contratación de entidades públicas y privadas para la realización de trabajos de carácter científico, técnico o artístico, con lo cual y por la vía de hecho se nos va a condicionar la posibilidad de investigar la existencia de entidades ajenas que estén dispuestas a financiar el trabajo. Por otro lado, mucho habría que hablar de las condiciones y formalización de tales contratos, portillo abierto a innumerables corrup-

En la imposibilidad de seguir analizando otros aspectos de la Ley, quede constancia con lo expuesto de las deficiencias, errores y aciertos de su contenido. La Universidad tiene ya el gran marco legal, le faltan aún las leyes y decretos de desarrollo, los informes previos sobre temas importantes y sus propios Estatutos; los universitarios, algo cansados y un mucho desesperanzados, tienen una importante tarea por delante, pero no es justo cargarles toda la responsabilidad. Ni ellos han hecho la Ley, cosa por otro lado que no les correspondía, ni la financiación es competencia suya, ni saben qué suerte les depararán los futuros decretos.

La reforma universitaria llega tarde, seis cursos son demasiado cuando la enfermedad es grave, y sus alas cargadas de plomo no auguran precisamente un alto vuelo. No seré yo, sin embargo, ni ningún universitario comunista, quien regatee esfuerzos para impulsar y revitalizar la ilusión de todos los miembros de la comunidad académica con el fin de sacar el máximo margen de autonomía y de realizar las transformaciones tantos años postpuestas. Pero, y ahí no caben ambigüedades, que ninguno de los auténticamente responsables de las limitaciones de la Ley acuse a los universitarios de no haber sabido o querido llegar más lejos. Los límites, estrechos y ya delimitados, nos vienen y nos vendrán impuestos.



ESPAÑA, ¿TIERRA DE ASILO?

Los despropósitos de un proyecto de Ley

Luis Arroyo



Una de las constantes de nuestra historia ha sido la condición de España como *tierra de exilio*, tierra de la que periódicamente numerosos ciudadanos, por lo general en su condición de partidarios de la libertad y el progreso, habían de salir huyendo y con lo puesto. No se trata, obviamente, de una característica esencial de "lo español", sino más bien de una característica esencial, la del afán perseguidor, de la reacción de las clases conservadoras de nuestro país frente a los movimientos de avance de la libertad y el progreso. Ha sido una constante durante todo el siglo XIX y tres cuartos del que vivimos, cuyo máximo exponente ha sido sin duda el exilio masivo provocado por la política represiva de los vencedores de la guerra civil, que revistió los caracteres de auténtico genocidio político y cultural y que con diferente intensidad no cejó hasta 1977.

Una de las asignaturas pendientes de la nueva democracia española, y con mayor razón aún, del "cambio", era invertir esa constante histórica y, de tierra de exilio, hacer de España una *tierra de asilo*. Y esta tarea no es sólo exigencia de principios generales o abstractos de toda democracia, como los de hospitalidad, tolerancia o humanismo frente a la persecución política. Se trata de mucho más que eso, con ser de por sí razón suficiente. Se trata también de saldar una deuda histórica con los países hispanoamericanos que acogieron generosamente a nuestros perseguidos de hace más de cuarenta años y, por encima de principios abstractos y deudas históricas, se trata sobre todo de una exigencia de solidaridad activa con esos pueblos de Hispanoamérica que luchan por su libertad frente a dictaduras atroces, producto de la santa alianza entre las oligarquías nacionales y el imperialismo norteamericano.

Todo hacía pensar que el Gobierno socialista abordaría esa asignatura pendiente de la Ley de Asilo. No en vano el PSOE había presentado por dos veces en la anterior legislatura una proposición de Ley que, por su positivo contenido, mereció el apoyo del Partido Comunista, frac-

sando, sin embargo, al tropezar con la enemiga de la extinta UCD, quien prefería el sistema vigente de control policial absoluto y directo sobre los perseguidos políticos de otros países a una Ley de Asilo reconocedora de derechos y garantías judiciales.

Gana Barrionuevo

Los trabajos sobre el proyecto de Ley de Asilo dieron comienzo en el Ministerio de Justicia, cuyos anteproyectos fueron seguidos de cerca por la Comisión Española de Ayuda al Refugiado y que podían valorarse como globalmente positivos. Sin embargo, el proyecto que definitivamente aprobó el Gobierno y que en la actualidad se tramita en las Cortes representa un giro de 180 grados respecto de dichos anteproyectos y las proposiciones de Ley del PSOE de la anterior legislatura. El texto definitivo es expresión de la conocida contradicción en materia de libertades públicas entre la "línea Ledesma" y la "línea Barrionuevo", contradicción que, al igual que en otros temas capitales, como el de la asistencia del abogado al detenido, se ha saldado a favor del último. Importa destacar que no se trata de mera contradicción entre ministros, sino entre políticas diferentes y antagónicas, que habrá de seguirse con atención, pues no resulta probable que pueda continuar en los términos actuales sin provocar un conflicto de fondo en el Partido Socialista, al igual que acontece con el tema OTAN y el de la política económica.

Las críticas básicas que merece el proyecto y que han inspirado las enmiendas comunistas pueden sintetizarse en lo siguiente:

1) En vez de establecer los términos en que los perseguidos políticos podrán gozar del *derecho* de asilo, como ordena el artículo 13.4 de la Constitución, se limita a atribuir al Ministerio del Interior todas las competencias en la materia, con una intervención final de mero carácter formal del Consejo de Ministros, sin control jurisdiccional alguno sobre la decisión de fondo, desnaturalizando en consecuencia el *derecho* de asilo en una facultad discrecional y graciosa, puramente gubernativa. En definitiva: todo el poder para Barrionuevo, también en materia de asilo.

2) El contenido del Estatuto del Asilado, por su parte, tiende a quedar reducido al mero derecho a no ser devuelto al país en que se le persigue por razones políticas, lo que estaba ya establecido en la propia legislación franquista en materia de extradición y constituye un principio básico del Derecho internacional inviolable por cualquier Estado de la comunidad internacional.

El problema a resolver por una Ley de Asilo es bien otro: el de la asistencia ante la situación de necesidad en que se encuentran las personas como consecuencia de la persecución política que les obligó a refugiarse en nuestro país, asistencia que se ha de plasmar en los ámbitos del trabajo, la educación, Seguridad Social y la sanidad, asistencia cuya prestación no puede ser facultativa del Minis-

terio del Interior, sino consecuencia automática de la condición del asilo.

3) Por todo lo hasta ahora expuesto, el Partido Comunista propone la atribución de todas las competencias, desde la decisión sobre la solicitud del asilo hasta la gestión de la asistencia que aquélla debe llevar consigo, a un organismo autónomo, el Servicio de Protección de los Asilados (SEPra), compuesto por vocales de los Ministerios afectados —los de las áreas de asistencia mencionadas, junto con Interior y Justicia— y, también, por representantes de la Alta Comisaría de las Naciones Unidas para los Refugiados



(ACNUR) y de la Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR). Por supuesto, las decisiones del SEPra deben ser susceptibles de recurso ante los Tribunales.

4) Una de las cuestiones que provocó la más crispada reacción de Pérez Llorca y de Herrero de Miñón en la discusión de 1979 y 1980 frente al entonces portavoz socialista, Gregorio Peces-Barba (v. "Diario de Sesiones del Congreso", n.º 13 de 1979 y n.º 116 de 1980), fue el intento del PSOE de distinguir el terrorismo, excluido del derecho de asilo, de formas de violencia política desarrollada en el marco de luchas de liberación nacional o contra regímenes dictatoriales, evitando la inclusión en el mismo saco de los terroristas de cualquier color que operan en los países democráticos y, por ejemplo, los integrantes de la OLP, del Frente Polisario o de la guerrilla salvadoreña. Para Herrero de Miñón no había diferencia entre un sandinista en lucha contra Somoza y un terrorista de ETA militar.

Pues bien, lo más doloroso sin duda para la izquierda española de este proyecto de Ley de Asilo, que lleva la impronta de Barrionuevo, pero también, y es lo determinante, el acuerdo del Gobierno socialista, es que ha asumido la tesis de Herrero de Miñón: no hay diferencia entre las Brigadas Rojas y el Frente Polisario, entre la ETA y la OLP, entre el GRAPO y la guerrilla del pueblo de El Salvador.

Un mal proyecto de Ley

La gravedad de este aspecto del proyecto de Ley, sumado a los anteriormente mencionados, no necesita mayor relieve. Si la acción política de los comunistas fuere desnudo testimonialismo o mero aprovechamiento oportunista de los defectos de la política del Gobierno socialista, constituiría el proyecto de Ley de Asilo un buen filón para todo ello. Pero es una política bien distinta la que exige el objetivo de evitar que el "cambio" sea un fiasco para todas las fuerzas progresistas de este país y de sentar las bases de una nueva correlación en el seno de la izquierda que haga posible, en un plazo no lejano, una política y un Gobierno en condiciones de cambiar realmente la sociedad española. Las contradicciones en el seno del propio Gobierno socialista, entre ese Gobierno y amplísimos sectores del PSOE y de los votantes del 28 de octubre son una realidad. Tampoco aquí los comunistas pueden satisfacerse con una denuncia global, generalizadora, frente a los socialistas, ni sería justo ni llevaría a ningún buen puerto. Los comunistas, por el contrario, deben plantear la discusión a todos los niveles con los propios socialistas y demás fuerzas progresistas sobre los concretos contenidos de la política del Gobierno y, en este caso, sobre este proyecto de Ley de Asilo, intentando su modificación mediante la presión de la opinión y la acción de comunistas y socialistas. De este modo quizá se consiga una mejor Ley de Asilo y, con toda seguridad, muchos aprenderán que sin los comunistas, o con una representación débil de los comunistas, no habrá política de cambio, sino política centrista.

LA POLITICA DE REAGAN EN EL FILO DE LA NAVAJA

Héctor Maravall Gómez



Una lectura rutinaria del incremento del intervencionismo agresivo del imperialismo americano en los últimos meses: Líbano, Chad, Centroamérica, Granada, Angola y Mozambique, etc., podría explicar

esta escalada exclusivamente como la consecuencia lógica de la dinámica belicista impuesta por la Administración Reagan.

Sin embargo, detrás de ese incremento de la agresión hay diversas, a veces contradictorias e incluso nuevas razones que nos exigen intentar profundizar y actualizar nuestros análisis.

Si hacemos un balance de los ya tres años de Reagan podremos ver que la situación interna y externa de USA no ha experimentado una mejoría, desde sus intereses, y que las fáciles soluciones anunciadas en su campaña electoral por Reagan, ni son tan fáciles, ni son tan soluciones.

Si la inflación se ha reducido, sin embargo, el déficit público se mantiene incontrolado y las coyunturales reactivaciones se están haciendo a costa de "chupar" importantes masas de capital privado de los países de la CEE, lo que supone una bomba de efectos retardados, aunque cada vez más próximos, en estos países, naturales aliados o comparsas de la política exterior americana y que, antes o después, tendrán que pasar de la política de "ruegos" para reducir los tipos de interés americanos a una actitud más firme y efectiva, porque las tensiones sociales se agudizan también en estos países y los Gobiernos nacionales tienen que pensar también en sus propias necesidades electorales.

Los intentos de implicar en la carrera armamentista a sus aliados, y en especial a Japón y a la RFA, tienen una segunda lectura, no exclusivamente de política militar, sobre lo improductivo de desviar cuantiosos recursos económicos hacia gastos militares, cuya repercusión en desarrollo e investigación tecnológica en el ámbito civil son cada día más reducidos. En otras palabras, se abre camino la sospecha de que en la propia carrera de gastos militares puede estar el inicio de la pérdida lenta pero inexorable de la hegemonía tecnológica en la tercera revo-

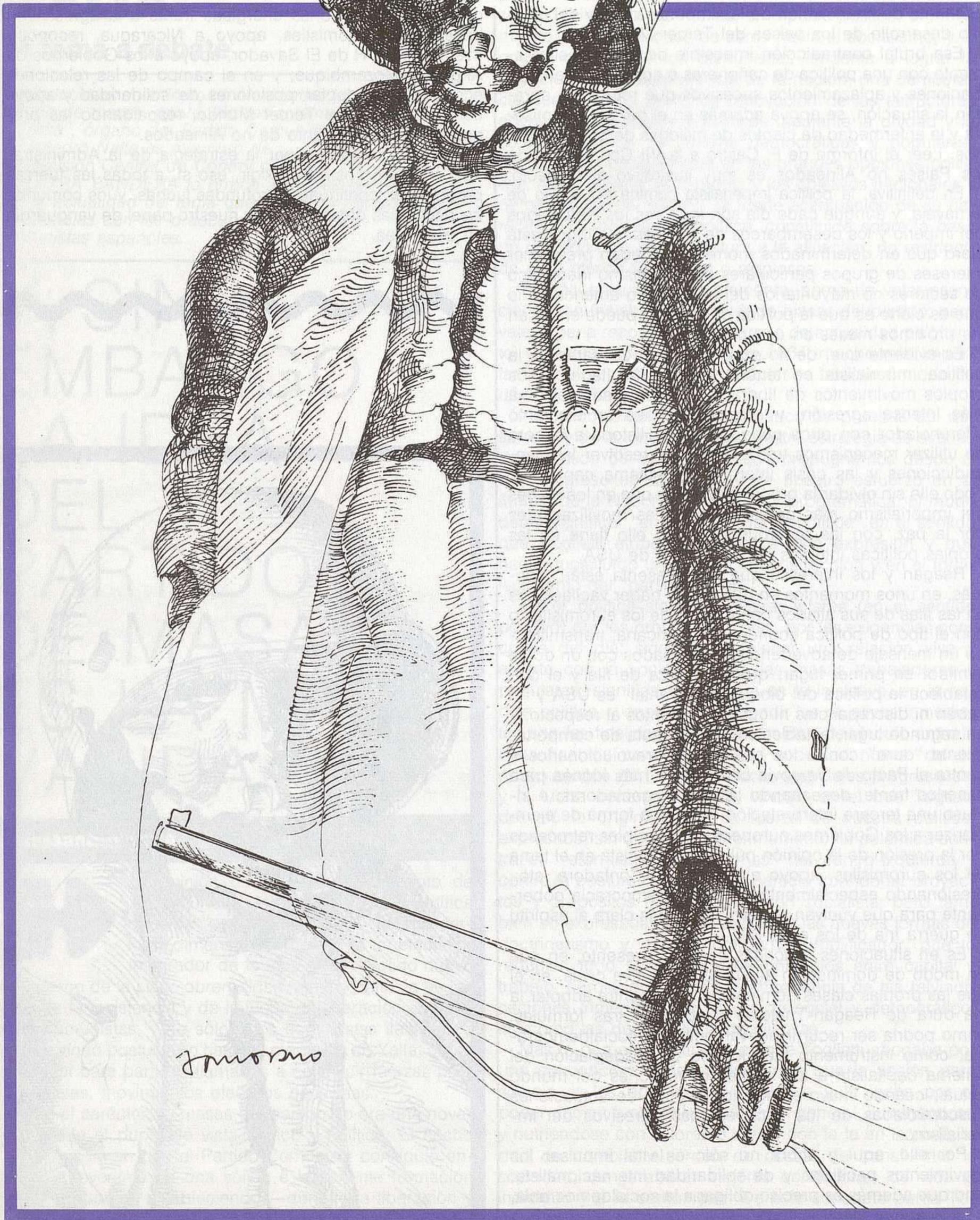
lución industrial por parte de USA a favor de otros países capitalistas.

Porque parece evidente que el esfuerzo de reconversión industrial y de innovación tecnológica de los próximos años, sólo puede abordarse con posibilidades reales a partir de que el propio sector público juegue un papel determinante, a partir de una inversión pública creciente en investigación y desarrollo, lo cual encaja cada vez menos, por un lado, con las pretensiones de reducir el sector público, de reducir la presión fiscal que defienden los sectores en retroceso histórico del capitalismo y, por otro, con el incremento del gasto militar escasamente productivo.

En este sentido, y a pesar de la influencia del grupo de presión de la industria militar, en la política de Washington y en los propios resultados de las votaciones del Congreso y del Senado, también hay otros poderosos intereses que pueden tener matices diferenciados y que se mueven entre la necesidad de que USA siga realizando su papel de gendarme militar para garantizar las inversiones y beneficios de las empresas multinacionales y, por otro, que esos gastos militares desorbitados no perjudiquen a medio y largo plazo el papel hegemónico de los USA. En ese contradictorio equilibrio hay que encontrar la explicación a determinados gestos limitadores de las pretensiones de Reagan en el Congreso y en el Senado americanos, o tomas de posición del "New York Times" o del propio Robert McNamara.

Además, la propia política económica interna atraviesa una dificultad suplementaria: está claro ya que el peso de la crisis no lo van a soportar únicamente las minorías raciales o marginales, en lo que había un evidente consenso por parte de la mayoría del electorado blanco; la amenaza del paro, los recortes sociales, el mantenimiento de una presión fiscal regresiva, etc., está alcanzando a estratos cada vez más amplios de la sociedad americana, y es sintomático la retirada del apoyo sindical a Reagan, las manifestaciones obreras en Washington, que no debemos interpretar tanto como un giro a la izquierda de la clase obrera americana, sino como una muestra del malestar por la política de Reagan, y que de alguna forma tiene que ser atajado por el propio Partido Republicano, que ha tenido sensibles pérdidas en las últimas elecciones parciales.

Junto a todo lo anterior, hay otro factor externo no desdeñable: las políticas económicas "liberales" y las dictaduras militares han tocado fondo en el Tercer Mundo. En Chile, en Bolivia, en Brasil, en Uruguay, en Filipinas, en Corea, en Argentina, etc., no hay soluciones más a la derecha, a no ser que se entre en una dinámica de matanzas generalizadas, campos de concentración, etc. Pero es que, además, los niveles de esquilmación al Tercer Mundo están también tocando fondo; el crecimiento galopante de la deuda externa (insisto con Gobiernos militares y políticas de los Chicago boys) ha entrado en un callejón sin fácil salida. Y así resulta, por un lado, imposible pagar no ya el principal, sino ni siquiera los intereses de las deudas contraídas, no olvidemos, con Bancos o empresas nacionales o privadas de los países capitalistas y en primer lugar los propios USA, pero, por otra parte, resulta imprescindible continuar e incrementar la deuda como



elemento de financiación de las importaciones y del mínimo desarrollo de los países del Tercer Mundo.

Esa brutal contradicción imposible de resolver simplemente con una política de cañoneras o con meras renegociaciones y aplazamientos sucesivos que retrasan y agravan la situación, se apoya además en el hambre, la miseria y la enfermedad de cientos de millones de seres humanos. Leer el informe de F. Castro a la VII Conferencia de los Países no Alineados es muy ilustrativo al respecto.

En definitiva, la política imperialista camina por el filo de la navaja, y aunque cada día son mayores los descosidos del imperio y los desembarcos de marines, y aunque está claro que en determinados momentos pueden prevalecer intereses de grupos particulares o el fanatismo ideológico de sectores no mayoritarios del capitalismo americano, lo que es cierto es que la política de Reagan puede entrar en los próximos meses en una crisis aguda.

Es evidente que, de no existir el Pacto de Varsovia, la política imperialista no tendría tantas dificultades y los propios movimientos de liberación nacional sufrirían una más intensa agresión, y este también es un elemento diferenciador con otros períodos de la Historia a la hora de utilizar mecanismos tradicionales de resolver las contradicciones y las crisis internas del sistema capitalista. Todo ello sin olvidar la propia incidencia que en los planes del imperialismo más agresivo tienen las movilizaciones por la paz, con las repercusiones que ello tiene en las propias políticas internas de los aliados de USA.

Reagan y los intereses que él representa están, además, en unos momentos en que puede haber vacilaciones en las filas de sus aliados con el tema de los euromisiles o con el tipo de política económica americana, transmitiendo un mensaje de advertencia a sus aliados con un doble sentido: en primer lugar, que el cabeza de fila y el que establece la política del bloque "occidental" es USA y no caben ni discrepancias ni cuestionamientos al respecto; y en segundo lugar, estableciendo una pauta de comportamiento "duro" contra los movimientos revolucionarios y contra el Pacto de Varsovia como la vía más idónea para hacerlos frente, desechando las vías negociadoras; e incluso una tercera interpretación: sería una forma de ejemplarizar a los Gobiernos europeos ante posibles retrocesos por la presión de la opinión pública progresista en el tema de los euromisiles, apoyo a la solución Contadora, etc., presionando especialmente a la socialdemocracia gobernante para que vuelvan de forma aún más clara al espíritu de guerra fría de los años 50.

Es en situaciones históricas como la presente, en que un modo de dominación atraviesa una grave crisis, en el que las propias clases dominantes dudan entre adoptar la vía dura de Reagan-Thatcher o adoptar otras fórmulas, como podría ser recurrir nuevamente a la socialdemocracia, como instrumento más idóneo de readaptación del sistema capitalista a las nuevas condiciones del mundo actual, cuando mayores son los riesgos de actuaciones descontroladas de los sectores más agresivos del imperialismo.

Por ello, aquí y ahora no sólo es vital impulsar los movimientos pacifistas y de solidaridad internacionalista, sino que además es preciso obligar a la socialdemocracia, y en lo que a nosotros se refiere al Gobierno del PSOE, a

que adopte posiciones enérgicas frente a la agresividad imperialista: euromisiles, apoyo a Nicaragua, reconocimiento del FDR de El Salvador, apoyo a los Gobiernos de Angola y Mozambique; y en el campo de las relaciones económicas, adoptar posiciones de solidaridad y apoyo con los países del Tercer Mundo, respaldando las propuestas del Movimiento de no Alineados.

Hoy es posible romper la estrategia de la Administración Reagan; nos va a exigir, eso sí, a todas las fuerzas progresistas continuas y profundas luchas, y los comunistas españoles debemos jugar nuestro papel de vanguardia en esta tarea.



ITALIA

Un tema a debate

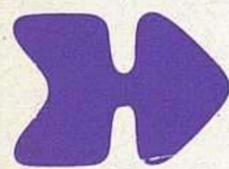
Reproducimos un artículo de Alessandro Natta sobre el Partido de masas, aparecido recientemente en "L'Unità", órgano del Partido Comunista Italiano.

Alessandro Natta es miembro de la Comisión Central de Control del PCI.

NUESTRA BANDERA lo ofrece al interés del lector por la actualidad del tema que aborda y por sus claras resonancias con las preocupaciones de los comunistas españoles.

Y, SIN EMBARGO, LA IDEA DEL PARTIDO DE MASAS ES LA MAS VALIDA

Alessandro Natta



Es opinión común que el concepto de "partido nuevo" se resume y se identifica en el de "partido de masas". A no dudarlo, la dimensión de masas es un elemento integrador de la idea de un partido nuevo

y moderno de la clase obrera, idea que Togliatti, ya en los años de la resistencia y de la lucha de liberación, expuso a los comunistas, y no sólo a los comunistas italianos, y que continuó postulando hasta el memorial de Yalta, como base vital para partidos llamados a constituir fuerzas políticas reales, movimientos efectivos de masas.

Pero el carácter de masas del partido no era una novedad desde el punto de vista teórico y político. El hecho nuevo residía en que el Partido Comunista consiguió entonces convertirse en una sólida e imponente formación obrera y popular, estableciendo —durante la liberación y después de ella— un vínculo extraordinario entre la es-

pontaneidad y la consciencia, entre la excepcional activación política de las masas, el impulso político, el movimiento real de millones de seres hacia el socialismo, y la opción política de los comunistas, tendente a lograr la salvación y la independencia de la nación, una democracia nueva y una profunda renovación de las estructuras económicas, sociales y políticas mediante la unidad y la colaboración de las fuerzas democráticas y populares. Así, pues, lo decisivo está en las grandes opciones políticas: la vía italiana; la impronta y los objetivos nacionales y democráticos del partido; la fuerte acentuación de su carácter de organización política, constituida sobre la base de un programa, y su apertura a la afiliación, no restringida por criterios filosóficos o religiosos.

Togliatti sostuvo constantemente, como un valor esencial e irrenunciable, el carácter de masas del partido; pero vale la pena recordar (pues parece de actualidad palpitante) una idea expuesta por él en 1964: mucho más importante que "recalcar" aquel carácter es buscar el modo de dárselo al Partido.

Y el modo había de ser el banco de pruebas del desarrollo y de la innovación de nuestra estrategia de avance democrático del socialismo, que propugnamos desde el VIII Congreso en adelante, y de nuestro esfuerzo en el ámbito de la elaboración política y programática. *El modo* debía significar "el modo de hacer política" en el sentido que Togliatti atribuyó siempre a esta expresión y que había constituido un pilar en la construcción y en el fortalecimiento del "partido nuevo".

Hacer política significa mostrar interés (en el sentido positivo) por los problemas reales, por las exigencias concretas del día; significa establecer una relación viva y abierta con la sociedad, con las masas trabajadoras y populares; significa inteligencia en la iniciativa, en la acción política, y capacidad de fundir los objetivos inmediatos con las finalidades socialistas. En este vínculo entre la meta final (la creación de una sociedad nueva, de un nuevo bloque de fuerzas políticas y sociales progresistas) y la lucha concreta del día, vínculo en el que Togliatti desveló la originalidad y la fuerza de nuestra política, expresaba, sin duda, en aquel momento, la polémica contra el "reformismo sin reformas" del centro-izquierda y contra la postura del PSI, que parecía abandonar proyectos y propósitos de transformación socialista; pero también se expresaba en él la crítica de las nuevas formas de doctrinarismo y de economicismo simplificador, que lo reducían todo al contraste de principios entre capital y trabajo, perdiendo de vista la importancia de las reivindicaciones inmediatas de contenido social y democrático, así como las de la política de alianzas.

Mas lo que ahora importa es que Togliatti abogaba por una concepción de la política en la que la acción para solucionar los problemas inmediatos y la lucha por el poder debían fundirse en una visión general, iluminándose y nutriéndose con valores e ideas, con la fe en la posibilidad de cambiar el orden de cosas, de transformar la sociedad, de garantizar mejores condiciones de vida al individuo y a la comunidad. De este concepto partía Togliatti en su crítica contra las tendencias que ya se abrían

paso en la Democracia Cristiana e incluso en el PSI, contra la concepción del partido pragmático, máquina de poder y de ocupación del Estado; del mismo concepto arrancaba su idea-guía del "partido nuevo", idea que no era, en modo alguno, la del partido-verdad, sectario y totalizante, ya que en ella se contenía la innovación más relevante no sólo respecto a Lenin y al esquema de partido de la Internacional Comunista, sino también respecto a Gramsci; de aquel concepto salió su llamamiento a interpretar el "programa" como una estrategia política de renovación —en el sentido democrático y socialista— de la sociedad y como una propuesta programática para el gobierno del país; y el mismo origen tuvo la exigencia de que, en virtud de la propia fuerza de masas del partido, se ampliase la democracia en general y también la de los partidos, entre ellos el PCI, entablando un contacto y un diálogo más profundos con el pueblo, a fin de ensanchar el ámbito de la "representatividad", de la participación y del poder decisorio de las masas.

A lo largo de cuarenta años, esta característica del PCI como gran organización política de masas se ha mantenido íntegra, aunque haya habido fases de auge y de depresión, e incluso aunque no pueda decirse que la idea del partido de masas se haya consolidado plenamente en toda el área nacional. Estamos perfectamente convencidos de que nuestra concepción del partido (que ha tenido en Italia una gran incidencia sobre otras formaciones políticas) sigue siendo válida en su integridad. De Mita parece considerarla, por lo que concierne a la Democracia Cristiana, una culpable concesión al leninismo, pero cuando habla de delinear una nueva Democracia Cristiana popular, democrática y nacional, un partido de militantes, que esté presente en la sociedad y no sólo en las instituciones, y que, por otra parte, deje de tener como único fin el mero ejercicio del poder, ¿no es, en definitiva, al partido de masas a lo que se está refiriendo? Cabe dudar que la "autorreforma" de que se habla en el PSI y que tiende, según se dice, a centralizar más el partido, logre en verdad asegurar una comunión más amplia y una imagen más "carismática" de un área, de un movimiento de opinión. Frente a la crisis política e institucional que afecta a los partidos, a su función y a su relación con el ciudadano y con el Estado, como también frente a los profundos cambios que van produciéndose en nuestra sociedad (en su estructura y en las relaciones entre las clases), a la complejidad y a la fragmentación de los intereses, al surgimiento de necesidades nuevas, de formas y de modos nuevos de hacer política, nos parece que debiera reafirmarse la misión específica del partido político: elaboración, síntesis, orientación y dirección, y que, por ello, encierra más valor que nunca la idea del partido como organización que hace política de manera continua y democrática mediante la más íntima relación con el pueblo, estimulando la iniciativa y la lucha de las masas.

No se trata, por supuesto, de pedir carta blanca para actuar, cosa que chocaría con las exigencias de participación, de entendimiento, de poder y de control tan patentes en nuestra sociedad —según lo acredita el movimiento por la paz—; y nos parece mucho más grave y peligrosa

QUIEN RECHAZA, QUIEN TIENE DUDAS Y POR QUE

¿Cuáles son los motivos de incertidumbre y de rechazo para inscribirse en el PCI? Los simpatizantes entrevistados en un sondeo durante la Fiesta Nacional de Reggio Emilia y Milán han dado las siguientes respuestas.

	Reggio Emilia	Milán
● No comparto todas las posiciones del PCI.....	17,9	26,1
● No hay bastante tiempo para dedicar a la actividad del Partido	14,7	22,7
● Para sostener al Partido basta darle el voto, no es necesario inscribirse .	13,6	9,5
● No me creo capaz de aceptar siempre la disciplina del Partido	8,04	10,4
● No sé si inscribiéndome en el Partido tendré más posibilidades de afirmar mis opiniones	6,3	3,5
● No he tenido ocasión de conocer bien cómo funciona, cómo está organizado el PCI	5,3	2,6
● No creo que en el PCI se hable de los problemas que más me interesan	1,0	0,8
● No he pensado todavía en inscribirme, no estoy maduro para ello, no estoy seguro	12,6	12,2
● Inscribiéndome en el PCI perderé la libertad de participar en muchas iniciativas, no tengo simpatías por las etiquetas	11,6	6,1
● No me gusta hablar tanto de política.	3,2	0,8
● Estoy comprometido en otra actividad (sindicalista, administrativo, independiente de izquierda)	2,1	1,8
● Por motivos personales	4,2	2,6
● No me encuentro bien en la nueva localidad, sección donde vivo ahora	3,2	2,6
● Por motivos de trabajo	4,2	0,8
● Estuve inscrito en el pasado	3,2	1,8
● Otras respuestas, no sabe, no indica ningún motivo	15,8	7,9

para la democracia italiana la "carta blanca" que va implícita en las insinuaciones y en las tendencias de tipo presidencialista, proclives a la acentuación del poder de individuos o de cúpulas restringidas.

De todas maneras, para los comunistas sigue siendo irrenunciable el carácter de masas del partido, y el problema de hoy radica en el modo de defenderlo y de reforzarlo. El quid de la cuestión es el de la política, la línea y el programa de paz, de renovación, de alternativa democrática, que postulan los comunistas y que tiende a suscitar una acción ideológica y cultural, un consenso, un convencimiento de masas y un compromiso militante, sobre todo entre los jóvenes, las mujeres y aquellas fuerzas sociales que, como los técnicos y los intelectuales, han ido incrementándose, pero cuyo peso y cuya misión no han sido adecuadamente reconocidos.

Necesitamos lograr la mayor apertura posible hacia la sociedad, hacia las realidades y hacia las fuerzas nuevas, y, al mismo tiempo, mantener firme el carácter del partido como organismo político unitario, cosa mucho más importante que la exclusión de las fracciones, ya que atañe al cometido y a la tarea política del partido como organización voluntaria para la realización de una línea y de un programa, y no como formación que se funda en dependencia de un conjunto de funciones —en el Parlamento, en los municipios o en los sindicatos—, o de acuerdo con determinadas categorías y corporaciones, con intereses particulares o con movimientos, por grande que sea la importancia de estos últimos.

Hemos de reconciliar las motivaciones de la adhesión al partido, que, según parece, suelen ser parciales, contingentes, menos ideológicas que en el pasado, haciendo hincapié en el patrimonio histórico e ideológico del partido, en su visión general de la política y de las perspectivas, si aspiramos a que el entusiasmo y el espíritu militante de los comunistas recobren su constancia, su vigor y su capacidad de proselitismo.

Hemos salido de las elecciones de junio con nuestras fuerzas íntegras y vigorosas. Es posible reemprender la conquista de nuevos afiliados y salir airoso en el empeño. Pero hace falta quererlo.

¿Cuántas personas nos han dicho, durante la encuesta realizada en la Fiesta de *L'Unità*: "No me he afiliado al Partido Comunista Italiano porque nadie me lo ha propuesto"?

Quisiera recordar a todos los comunistas que el "partido nuevo", como gran formación de los trabajadores y del pueblo, ha sido también el fruto de un trabajo de organización, duro, tenaz y paciente. Ha valido la pena realizarlo. Y hoy es más necesario que nunca que el PCI se mantenga fuerte, unido, combativo, para superar esta difícil y espinosa situación de tensiones y de crisis y para reafirmar una política de paz, de desarrollo y de renovación.

Nuestra Bandera

es parte de la historia de las ideas
y de la lucha de los comunistas.
**SUSCRIBETE a la revista teórica
y política del Partido Comunista de España**

SUSCRIPCION POR OCHO NUMEROS

España	1.650 ptas.
Europa y Norte de Africa	2.150 ptas.
América y Africa	2.450 ptas.
Asia y Oceanía	2.750 ptas.

Nombre

.....

Dirección: Calle

..... n.º D. P.

Población

Provincia

Deseo suscribirme a ocho números
de NUESTRA BANDERA,
empezando por el número

El importe de la suscripción lo haré efectivo:

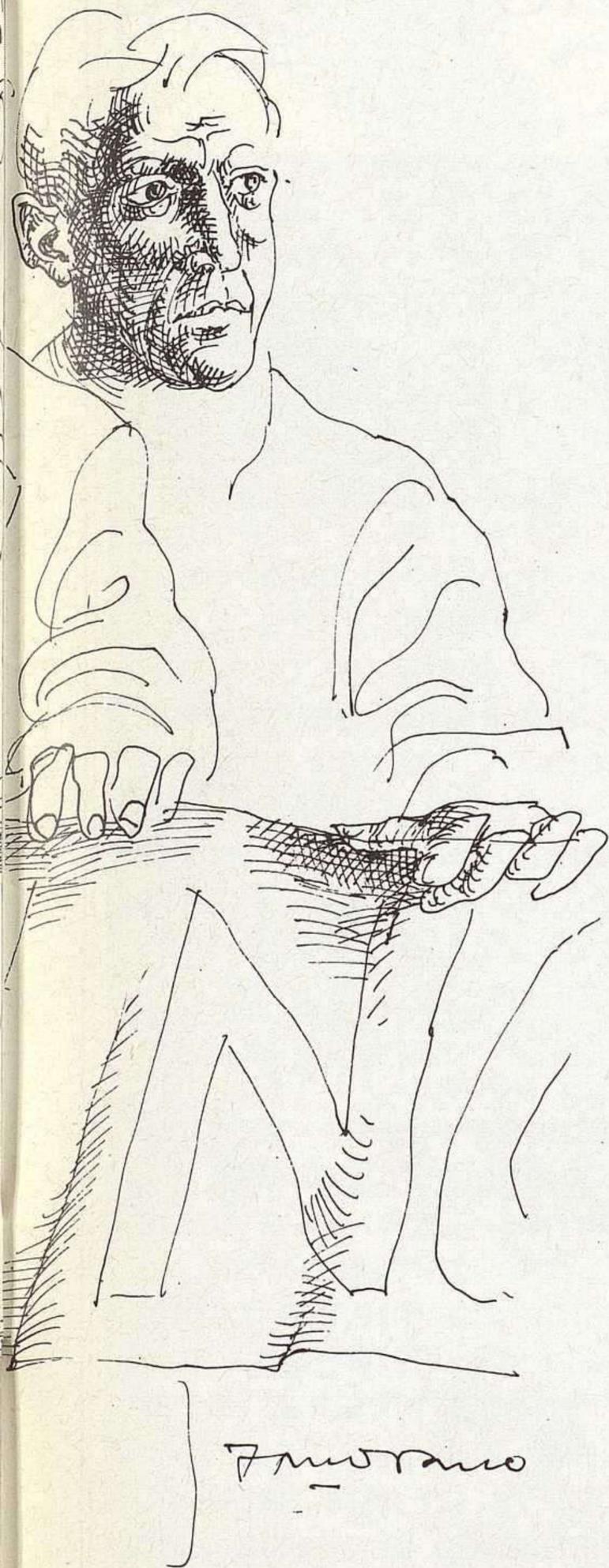
- Contra reembolso.
- Envío cheque bancario.
- Por giro postal n.º

Recórtese o cópiese este cupón. Escríbase con
mayúsculas. Envíese a NUESTRA BANDERA.
Calle Santísima Trinidad, 5.
Madrid-10.

Los suscriptores recibirán como obsequio la edición fac-
símil que recoge los números 1 y 2 de NUESTRA BAN-
DERA (1937).

CULTURA





RICARDO ZAMORANO

Ilustran este número de NUESTRA BANDERA dieciocho dibujos de Ricardo Zamorano. Descubridor de inagotables registros plásticos para apresar los vientos que en cada revuelta del camino alborotan su sensibilidad humanista; comprometido con su tiempo y con su pueblo, el arte de Zamorano refleja en su fluir continuo, como el río del dialéctico de Efeso —siempre el mismo y siempre otro—, el movimiento de la historia que hacemos y vivimos, traducido al sistema exacto de imágenes, símbolos y técnicas que cada instante exige.

Desde aquella etapa alboral de la luz y el color levantinos, desde los años de Estampa Popular —braceros, pastores, labriegos, tricornios “con peso gravitatorio y densidad expresiva”, que dijera Moreno Galván—, a través de las denuncias tremendas de los torturadores en transparentes aguadas —veintitrés versiones del mundo racional—, nos conduce ahora a un nuevo discurso plástico acerca de un mundo en crisis, a esta angustia estatuaria, inmovilizada en imágenes rotas, a este frío horror, pero también a esta cálida llamada de esperanza a la racionalidad última de los seres humanos.

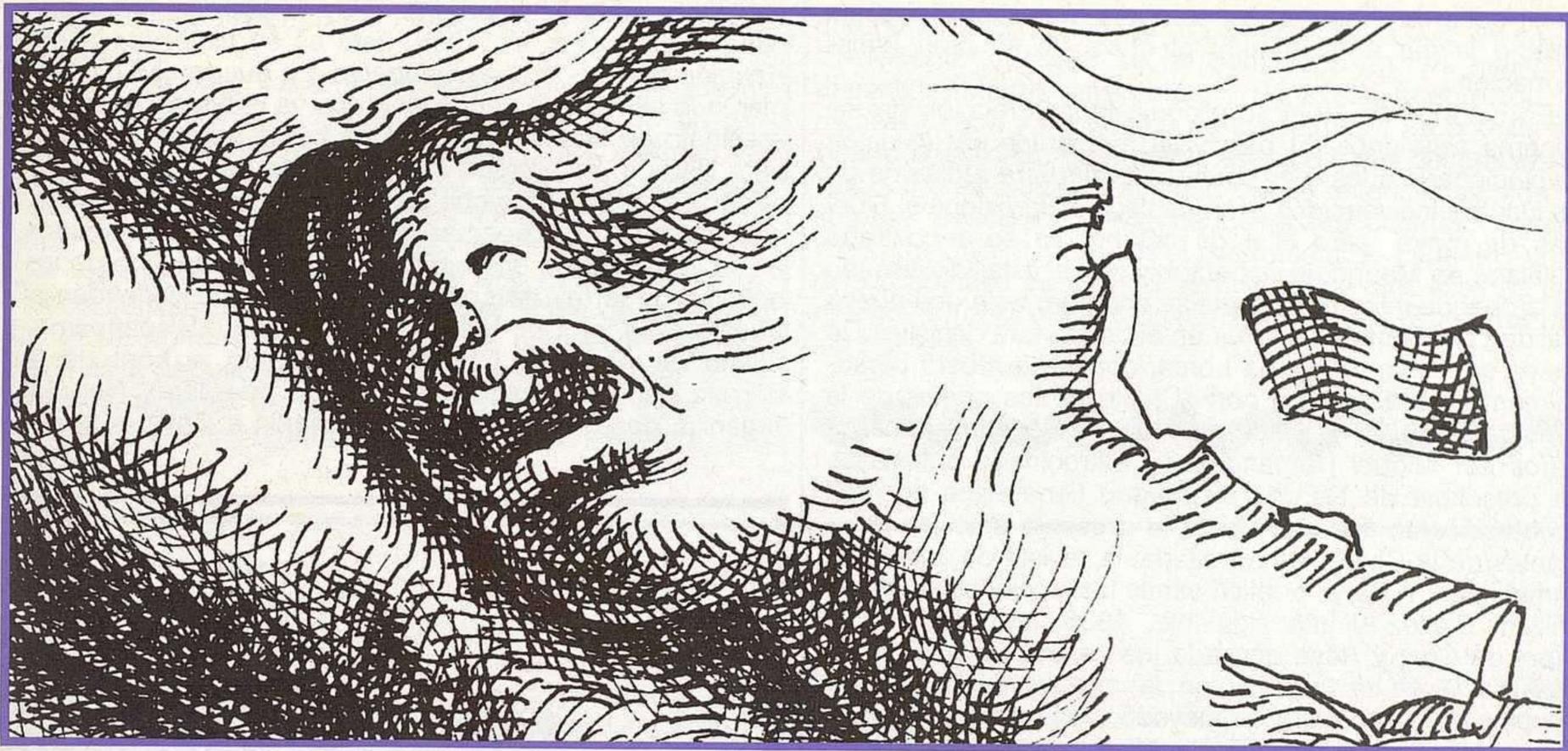
Ricardo Zamorano hace así a los lectores de NUESTRA BANDERA

el regalo de su arte, a la vez silencioso y clamante.

EL LLAMAMIENTO A LA RECONCILIACION DE PABLO NERUDA

En los años en que el Partido Comunista de España proclamó la necesidad de llevar a los españoles a la reconciliación nacional, Pablo Neruda envió a nuestros poetas un mensaje, difundido entonces clandestinamente, en el que hizo un llamamiento para superar todo cuanto hasta entonces había separado a los poetas hispanoamericanos que habían defendido la causa popular española de los poetas españoles surgidos tras la conclusión de la lucha. El llamamiento es también una declaración de reconciliación propia con sus hermanos de poesía de España.

“París, 27 de septiembre de 1957.—Queridos poetas españoles, aquí me tienen muy cerca de la tierra española y lleno de sufrimientos por no verla y tocarla. Soy un desterrado especial, vivo soñando con España, con la grande y la mínima, la del mapa y la de las callejuelas, soñando con todo el amor que entre vosotros dejé, un desterrado que sólo puede acercarse al aire que perdió. Cuántas veces, de noche, el avión que me conducía lejos sobrevoló vuestra tierra, y yo, acongojado, traté de descifrar las luces que, como luciérnagas, brillaban allá abajo. Eran casas perdidas, pueblos sumergidos, montes oscuros y, tal vez, rostros amados que no volveré a ver. Mi corazón, allí arriba, volando, sintió de nuevo la tierra magnética y se llenó de lágrimas. Poetas españoles, nos ha separado un frío cruel, y años pesados como siglos. Nosotros, poetas americanos, queremos renovar la fraternidad y la continuidad de nuestra paralela poesía. Hemos sido separados por errores propios y ajenos, por profundos dolores, por un silencio imposible. La poesía debe volver a unirnos. La poesía debe reconstruir los vínculos rotos, restablecer la amistad y elevar universalmente nuestro canto. Tal es nuestra tarea. A ella me daré entre mis pueblos. Vosotros diréis vuestra palabra. Y habremos dado así un primer paso que no por tardío será menos fecundo. Va en este papel mi afecto fraternal y mi confianza en la poesía y en el honor de los poetas”.



A los diez años de su muerte

PABLO NERUDA Y ESPAÑA

Jaime Ruiz Encina

H España tiene tanta importancia en la vida y la obra de Pablo Neruda que, quizá, sin su contacto ardiente con ella ni una ni otra hubieran sido como llegaron a serlo. Ni la vida del gran poeta —de cuya muerte acaban de cumplirse los diez años— hubiera discurrido por los caminos ideológicos que lo hizo ni su obra se hubiera precipitado por los derroteros que llegaron a caracterizarla en gran parte de ella y en el sentido general de la misma. A partir de su contacto con España, la vida del chileno cambia y cambia también su obra. Esto sucede desde el momento en que Neruda se instala en Madrid, como cónsul de su país, después de una corta, brevísima estancia en Barcelona, para desempeñar el puesto diplomático que poco más tarde le conduciría a la capital española.

Pero remontémonos varios años. Empecemos por el principio. Neruda, a pesar de haber publicado ya varios libros en su país natal, seguía siendo un desconocido

entre sus compatriotas, y ya no digamos al otro lado del Atlántico. Fue un poeta español de su generación, Juan Larrea, por entonces residente en París, su primer lector español. Larrea —1926— preparaba, junto al peruano César Vallejo, también por entonces vecindado en la capital francesa, la revista *Favorables París Poema*, una publicación de signo vanguardista, ubicada en la corriente del creacionismo. Una tarde, hallándose en casa de un amigo hispanoamericano, se entretuvo en hojear un ejemplar de un libro que acababa de llegar de Chile. Su título era *Tentativa del hombre infinito*. De súbito, se interesó por aquellos poemas que firmaba un tal Pablo Neruda y decidió reproducir uno de ellos en la revista que él y su amigo Vallejo estaban preparando. La publicación, aunque editada en París, estaba publicada en castellano y se destinaba a España. Cuando los primeros ejemplares llegaron aquí, los escasos lectores de *Favorables París Poema* hallaron en sus páginas el breve poema del desconocido Neruda. Este fue el primer contacto del gran chileno con lectores españoles. Al año siguiente, Neruda fue nombrado cónsul en Rangoon (Birmania). En su largo viaje hacia Oriente, desembarcó en Lisboa y llegó hasta Madrid en tren, donde permaneció sólo cuatro días. No podía pensar entonces que nueve años después aquella ciudad incendiaría su vida y su obra.

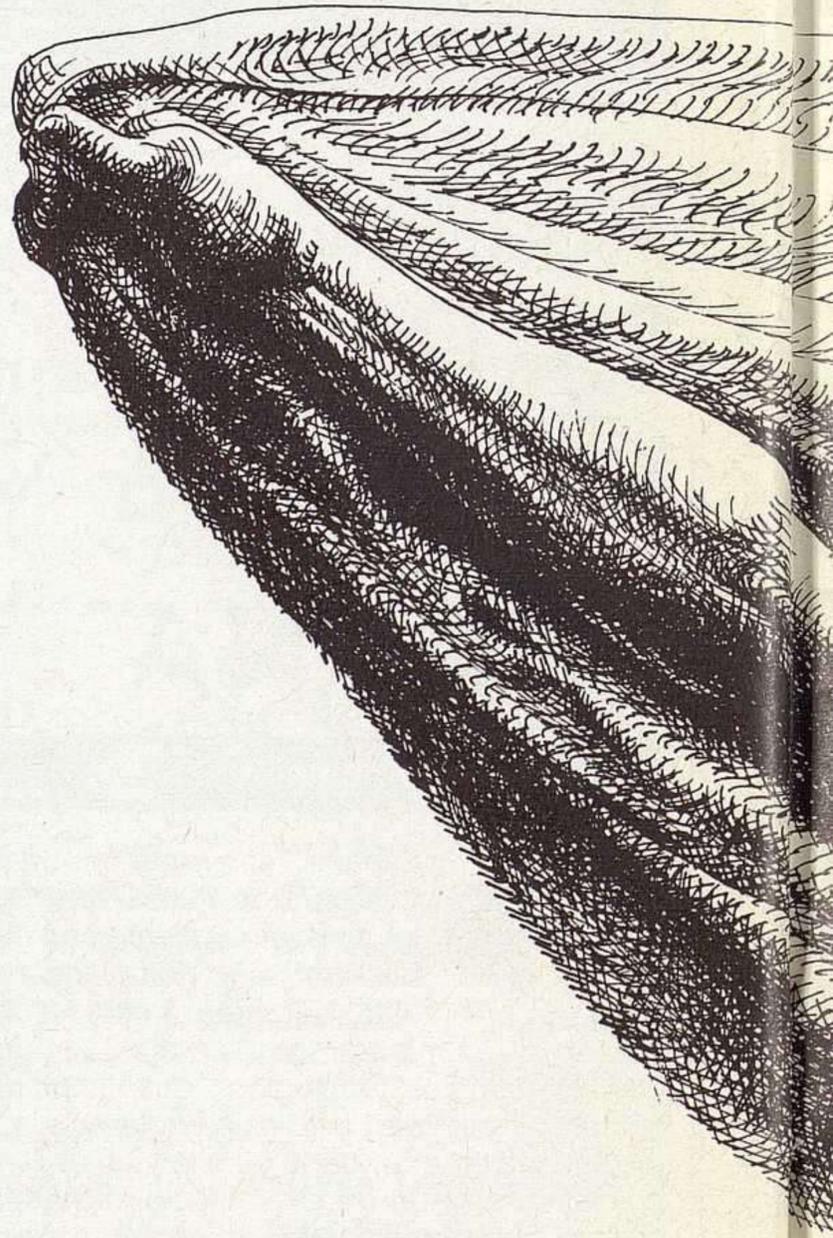
Tras larga estancia en tierras orientales, el poeta regresó a Chile, pero entre tanto su fama había llegado hasta los círculos poéticos minoritarios madrileños y, en 1930, en la *Revista de Occidente* aparecieron tres poemas suyos, integrantes del volumen primero de *Residencia en la tierra*, que vería la luz en Santiago dos años después. Aquel mismo año, y en Buenos Aires, conoció a Federico García Lorca. Parece que los tres poemas de *Revista de Occidente* llegaron a la publicación de Ortega y Gasset por medio de Rafael Alberti, a quien Neruda había enviado el manuscrito del libro al que pertenecían para ver de

hallar editor en España. Así es como el destino del poeta chileno le fue aproximando al crisol de su gran transformación.

En octubre de 1934 se produjo la insurrección de los mineros asturianos. El país vivía momentos de agitación revolucionaria a los que siguieron la bárbara represión de los insurrectos vencidos. Neruda llegó a Barcelona el 5 del mes de mayo, pero el 4 de octubre ya se encontraba instalado en Madrid, la víspera misma del estallido armado en la cuenca minera. El poeta se encontró ante una nueva realidad que empezó a influir en él de manera decisiva. De nuevo encuentra a García Lorca, conoce a Alberti personalmente, hace amistad con el resto de los poetas de la generación del 27 y descubre a los más jóvenes, encabezados por Miguel Hernández, su patrocinado entusiasta. La presencia de Neruda en Madrid tiene visos de gran acontecimiento literario. Lorca lo presenta ante los estudiantes de la Ciudad Universitaria; la revista de José Bergamín, *Cruz y Raya*, publica varias traducciones suyas de William Blake. Al año siguiente, 1935, las ediciones El Arbol de *Cruz y Raya* dan a la luz los dos volúmenes de *Residencia en la tierra*, y en la misma revista publica *Sonetos de la muerte*, de Quevedo, con una introducción suya. Los poetas españoles decidieron rendirle un homenaje público, que consistió en la edición de sus *Tres cantos materiales*. La nota que antecedió a los poemas decía así: "Chile ha enviado a España al gran poeta Pablo Neruda, cuya evidente fuerza creadora, en plena posesión de su destino poético, está produciendo obras personalísimas, para el honor del idioma castellano". La firmaban, por este orden, Vicente Aleixandre, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Gerardo Diego, Federico García Lorca, León Felipe, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Miguel Hernández, J. A. Muñoz Rojas, Leopoldo y Juan Panero, Luis Rosales, Arturo Serrano Plaja y Luis Felipe Vivanco. Un nuevo amor, que le acompañaría en los días tormentosos y gloriosos de la guerra que se avecinaba, salió a su paso: Delia del Carril, una muchacha argentina que le reveló la ternura: "El firme amor, España, me diste con tus dones. / Vino a mí la ternura que esperaba / y me acompaña la que lleva el beso / más profundo a mi boca". Sólo la llegada a España de Rubén Darío puede compararse con la recepción de brazos de par en par que tuvo Neruda. Y él supo corresponder con su total entrega a aquella admiración unánime. Por aquellos días de 1935, en el mes de octubre, apareció la gran revista poética que él mismo iba a dirigir: *Caballo Verde para la Poesía*, cuyos cuatro únicos números salieron hasta la víspera misma del 18 de julio de 1936.

Pero iba a ser la guerra civil el tremendo suceso que enraizara el cuerpo y la voz de Neruda en las tierras de España. Desde los primeros y sangrientos disparos, el poeta se sintió comprometido con aquella lucha del pueblo por sus libertades. Hay un poema suyo que lleva el significativo título de *Explico algunas cosas*. Empieza ofreciendo el cambio de sentido de su poesía, y nos dice que vivía en el barrio de Argüelles. "Mi casa era llamada / la casa de las flores". Había "campanas, con relojes, con árboles". Todo estaba lleno de geranios, de perros, de chiquillos. Pero "una mañana todo estaba ardiendo". La guerra, los bombardeos, las destrucciones, la sangre por las calles. Pero hay que señalar que esta toma de actitud

había tenido sus antecedentes. Hay un poema, que puede haber sido escrito en 1935. Este es su título, tan claro: *Reunión bajo las nuevas banderas*. La guerra civil no hizo más que afirmarlo en el camino que ya había escogido. El asesinato de García Lorca fue un factor también decisivo para Neruda. Su entrega a la causa republicana española quedó sellada no sólo con sus escritos, sino con su actividad personal. Sus poemas de guerra quedarían reunidos en su libro *España en el corazón*. En París fue uno de los editores de la revista *Los poetas del mundo defienden al pueblo español*. Con Vallejo fundó el Grupo Hispanoamericano de Ayuda a España... Y cuando la hora de la derrota de los soldados de la República llegó, Neruda, organizó desde El Havre la evacuación a Chile, a bordo

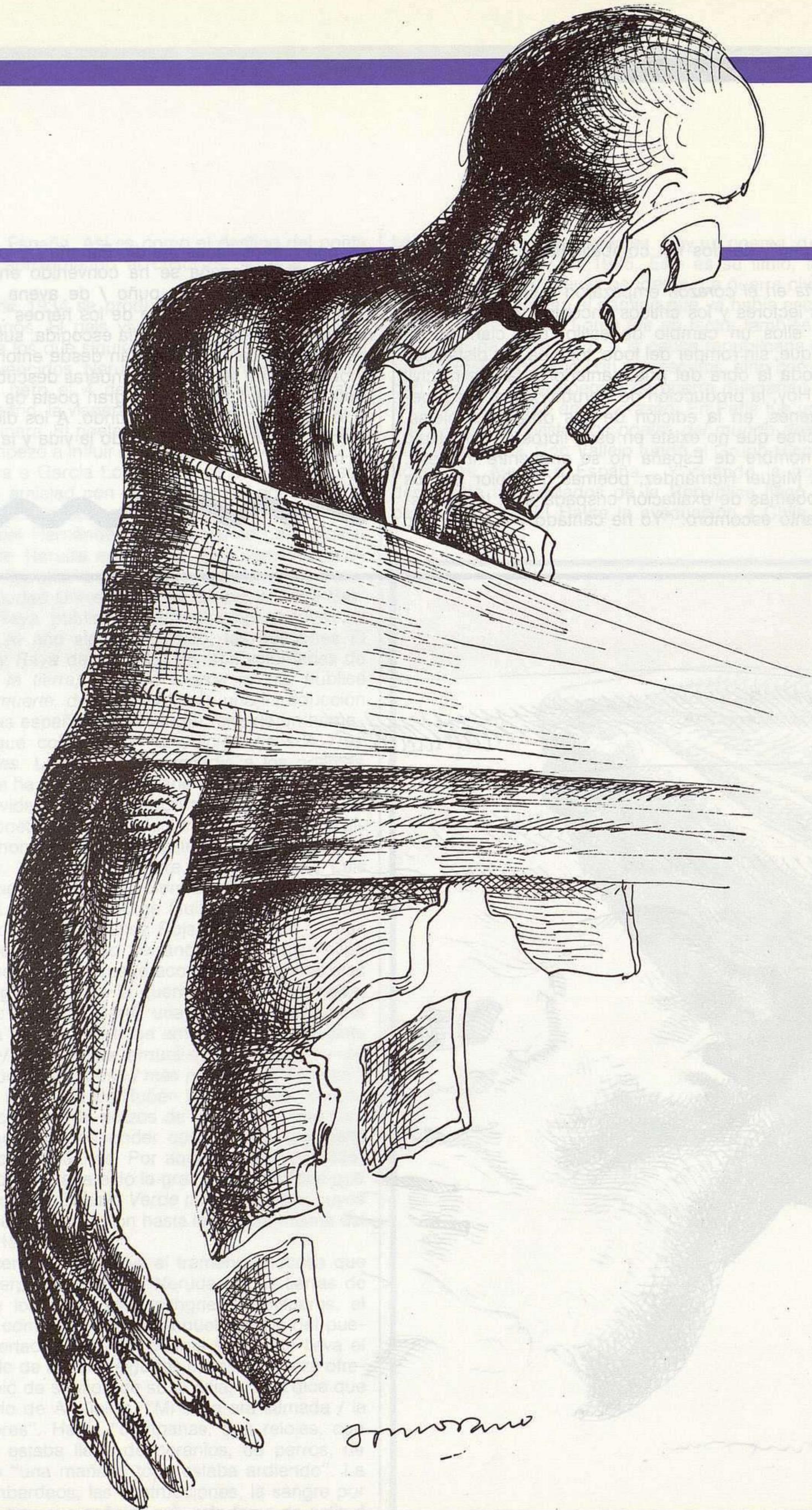


del "Winnipeg", de dos mil combatientes e intelectuales españoles.

A *España en el corazón* empezaron a seguirle nuevos libros. Los lectores y los críticos encontraron, no sin sorpresa, en ellos un cambio de estilo, una claridad de expresión que, sin romper del todo, tomaba sus distancias con casi toda la obra del poeta anterior a la guerra civil española. Hoy, la producción de Neruda ocupa tres gruesos volúmenes, en la edición de sus obras completas. Puede decirse que no existe en esos libros un solo título donde el nombre de España no se encuentre impreso. Poemas a Miguel Hernández, poemas del dolor por los muertos, poemas de exaltación crispada ante tanta desgracia y tanto escombros: "Yo he cantado y contado / lo

que con manos llenas me dio España / y lo que me robó con agonía". España se ha convertido en "mi materna España": "Madre natal, puño / de avena endurecida, / planeta / seco y sangriento de los héroes". La agonía, el vientre destrozado de la patria escogida, sus desgracias y sus hombres caídos orientarán desde entonces su vida y su obra. Desde las nuevas banderas descubiertas, el gran poeta de Chile llegó a ser el gran poeta de España y uno de los grandes poetas del mundo. A los diez años de su muerte, su obra sigue nutriendo la vida y la esperanza de los hombres.





J. M. S. 2012

LUIS BUÑUEL O LA DERIVA DEL DESEO

Francisco J. Martínez Martínez



Luis Buñuel, como Picasso, ha sido uno de tantos españoles a los que su Patria no ha podido asimilar, a los que se ha reconocido tarde y mal, y que no han podido encontrar su sitio en este país que les vio nacer. Luis, como Pablo, como tantos otros y a lo largo de tantos siglos, era demasiado sincero y demasiado lúcido acerca de los problemas de España como para poder ser aceptado por nuestro mundo oficial y académico.

Buñuel aplicó una lente de aumento a nuestros problemas, como una guía de bisturí, fino e implacable, en la disección de estos problemas eternos por demasiado históricos y nunca resueltos.

Luis Buñuel es un claro exponente de nuestra cultura, siempre exiliada, viva donde viva, separada de las clases dirigentes, silenciada y combatida por los mandarines culturales y alejada, inexorablemente, del pueblo, que no sólo es su destinatario privilegiado, sino también su manantial originario.

Las claves de la obra de Buñuel son aquellas que constituyen los grandes problemas del hombre, pero vistas a través del carácter español, que tiñe estos problemas, planteados, sin embargo, a todos los humanos, de unos tonos trágicos, patéticos. Estas claves son el amor y la muerte, el deseo en resumen. Deseo como búsqueda constante, nunca satisfecha, en busca de un objeto que, por definición, no sólo siempre es oscuro, sino inhallable. Porque lo importante del deseo, no es su satisfacción (¡qué poca satisfacción sexual hay en la obra de Buñuel!), sino su carácter de búsqueda permanente, insaciable. El deseo establece, en la obra de Buñuel, una línea de fuga, erótica, teológica, revolucionaria, esquizofrénica, cuya salida última es la muerte. El deseo, pues, como una deriva sin fin, como un viaje sin retorno, siempre peligroso, a veces por zonas prohibidas (incesto, sacrilegio, perversión), y con un componente místico, religioso, en el que el deseo divino y el humano se confunden. Este deseo no tiene un objeto preciso, definido, sino que más bien crea una multiplicidad plural de objetos, pero sí tiene un destino último, la muerte, el señor absoluto, que no perdona ni olvida. Amor y muerte se entrelazan en la obra de Buñuel, desde sus primeras películas surrealistas hasta las últimas, más comerciales quizá, pero en las que esta temática permanece, aunque su acritud inicial se torna en ellas en una contemplación irónica, no exenta de cierta dulzura conmisericordiosa.

Las películas de Buñuel ponen estas dos preocupacio-

nes humanas, el amor y la muerte, no de manera intemporal y arquetípica, sino en unas condiciones históricas y sociales muy concretas: precisamente, en el surgimiento de una sociedad moderna e industrial, burguesa y capitalista a fin de cuentas, en dura pugna con una sociedad tradicional, aristocrática, campesina y clerical. La obra de Buñuel es una disección de este proceso, especialmente en *Viridiana* y *Tristana*, pero también en sus películas mejicanas. En sus películas se muestran las contradicciones de nuestra burguesía liberal, anticlerical, pero con miedo y desprecio hacia el pueblo; sin fuerza para llevar a cabo las transformaciones económicas y culturales necesarias, siempre claudicante ante la aristocracia, rentista y no innovadora, incapaz de aportar la modernidad al país, y aceptadora, en última instancia, del papel subordinado a la que le reducían los poderes tradicionales. La decrepitud moral e intelectual de esta burguesía, que asiste, impotente, al hundimiento de sus valores, y que ve pasar su momento histórico, sin poder protagonizarlo, es el trasfondo de la obra de Buñuel.

Y delante de este telón, los personajes, aislados, soñadores, sin los pies en la tierra, buscando ideales abstractos, separados de las clases populares, con las que se relacionan sólo a través de la caridad o la compasión.

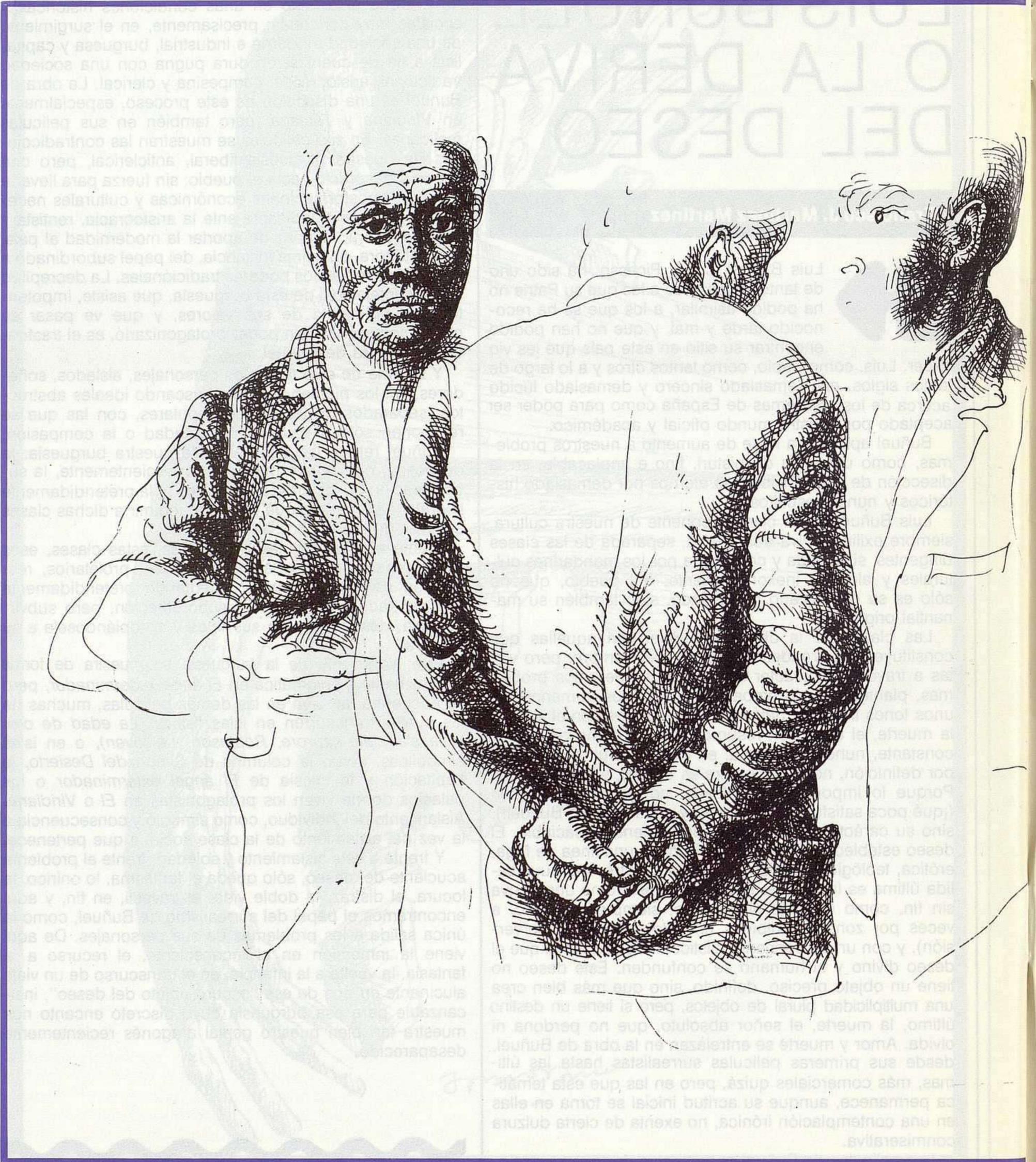
Buñuel retrata las dos caras de nuestra burguesía: la despótica, que quiere mantener, conscientemente, la subordinación de las clases populares, y la pretendidamente liberal y paternalista, que pretende redimir a dichas clases a través de la caridad.

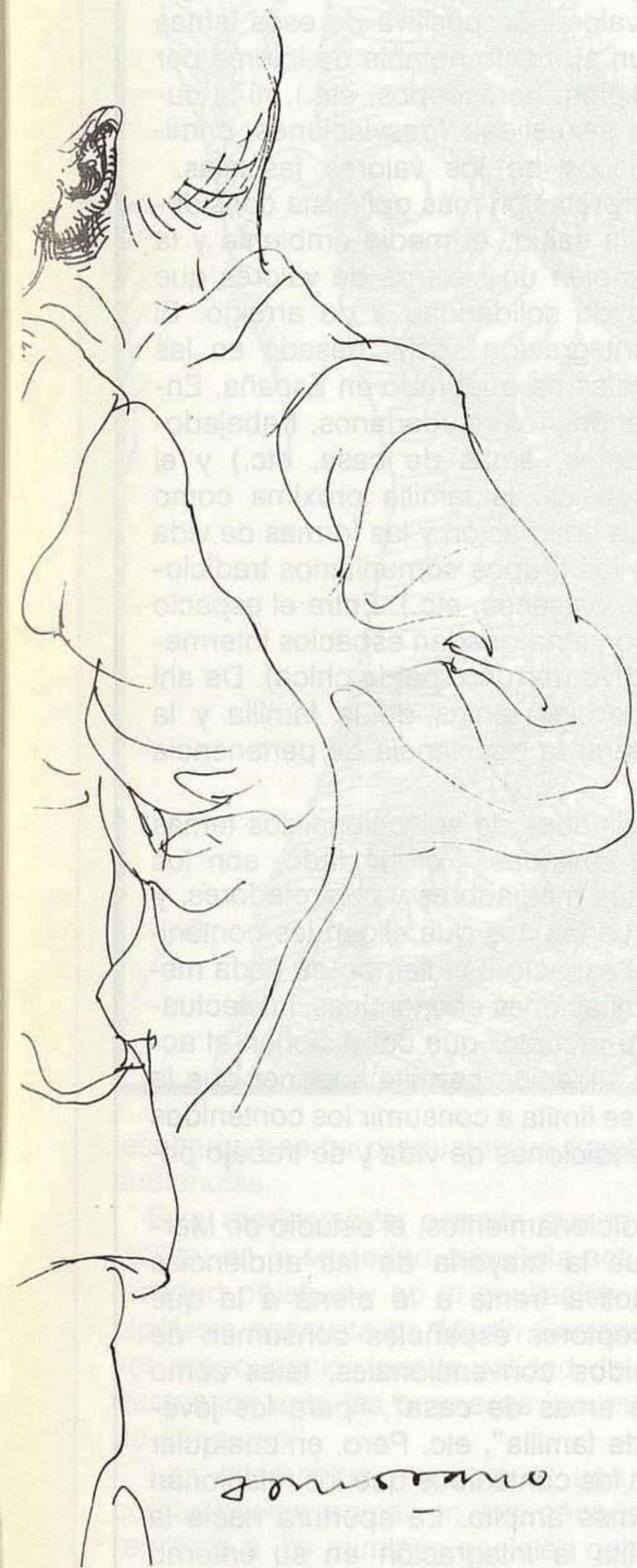
Frente a estas buenas intenciones, estas clases, esos grupos marginados, criados, mendigos, proletarios, responden de manera cínica, aceptando pretendidamente esa caridad, muestra de su subordinación, pero subvirtiéndola, desviándola de sus fines y apropiándosela a su manera.

Este aislamiento de la burguesía se muestra de forma espeluznante y enigmática en *El ángel exterminador*, pero se encuentra también en las demás películas, muchas de las cuales transcurren en islas físicas (*La edad de oro*, *Cela s'appelle l'aurore*, *Robinson*, *La joven*), o en islas simbólicas, como la columna de *Simón del Desierto*, la habitación y la iglesia de *El ángel exterminador* o los palacios donde viven los protagonistas en *El* o *Viridiana*. Aislamiento del individuo, como símbolo y consecuencia a la vez del aislamiento de la clase social a que pertenece.

Y frente a este aislamiento y soledad, frente al problema acuciante del deseo, sólo queda el fantasma, lo onírico, la locura, el disfraz, la doble vida, el travesti, en fin, y aquí encontramos el papel del surrealismo de Buñuel, como la única salida a los problemas de sus personajes. De aquí viene la inmersión en el inconsciente, el recurso a la fantasía, la vuelta a la infancia, en el transcurso de un viaje alucinante en pos de ese "oscuro objeto del deseo", inalcanzable para esa burguesía cuyo discreto encanto nos muestra tan bien nuestro genial aragonés recientemente desaparecido.







Usos y cambios en la comunicación social

Vicente Romano



El estudio de los usos de la comunicación facilita la comprensión de su función social. La comunicación satisface diversas funciones individuales, familiares o sociales. Se sabe que la comunicación medial puede favorecer la comunicación interpersonal o competir con ella, enriquecer o empobrecer las relaciones humanas, pero nunca actuar fuera de ellas. El comportamiento comunicativo de la población, los factores sociales que condicionan su vida y su trabajo, suelen reflejarse en el uso que se hace de la comunicación.

El estudio efectuado por M. Martín Serrano, *El uso de la comunicación social por los españoles*, CIS, Madrid, 1982, constituye un serio esfuerzo por entender las funciones sociales de la comunicación desde el punto de vista de sus usuarios, de los consumidores. Abre así una vía novedosa de acercamiento al análisis de la problemática comunicacional, demasiado dependiente hasta ahora de los enfoques funcionalistas y neopositivistas, salidos mayoritariamente de los EE. UU. y efectuados desde el punto de vista de los intereses de los emisores-productores.

El análisis de Martín Serrano parte de las bases materiales de producción y consumo, del estudio de los medios, equipamiento, hábitos y actitudes de la población, etcétera, para llegar a las funciones sociales de la comunicación y al uso de sus contenidos.

La casi totalidad de los estudios de comunicación realizados hasta ahora omiten, o apenas tienen en cuenta, las condiciones de vida y de trabajo de los receptores-consumidores de los productos comunicacionales. Y son precisamente estas condiciones las que explican y determinan la producción y consumo de fenómenos y productos comunicativos que, de otro modo, parecen incomprensibles. Así ocurre, por ejemplo, con las amplias tiradas de la prensa amarilla o las revistas del corazón, los seriales de TV, etc.

Por lo que a los medios se refiere, el estudio de Martín Serrano viene a confirmar en España algunas cosas reveladas ya en otros trabajos. Tal el hecho de que la inserción del televisor en el espacio doméstico modifica las actividades y relaciones familiares y personales, o la fragmentación producida por la proliferación y diversidad de los medios audiovisuales.

En España, las prácticas deportivas, el empleo activo del tiempo libre o las actividades culturales son aún el privilegio de una pequeña minoría constituida precisamente por el sector social que disfruta de mayores ingresos económicos y de más elevado nivel cultural. La forma

actual de producción y consumo de comunicación reproduce la discriminación existente en las otras esferas de la actividad social. Para la inmensa mayoría de la población, la comunicación no constituye, en su forma actual, una fuente alternativa de autorrealización.

El estudio de Martín Serrano constata un aumento de audiencia a favor de los medios impresos. Esta tendencia apunta a un futuro más optimista que el augurado por la mayoría de los críticos de la cultura de masas. El mayor interés de las capas más jóvenes y cultas de la población española por la lectura revela el paulatino progreso cultural de los españoles a nivel de medios. Mientras los medios audiovisuales se perciben y utilizan principalmente como entretenimiento o compañía, los lectores buscan en los medios impresos más información y comentario, es decir, valoración de la información y orientación. De ahí que si se desea aumentar la información de la población haya que fomentar la lectura como factor multiplicador de otros consumos, deduce acertadamente Martín Serrano, puesto que estimular el consumo de los medios audiovisuales no transformaría las cosas.

De este estado de cosas se derivan varias consecuencias políticas. Martín Serrano llega a la conclusión de que "el uso de los medios de comunicación en España cumple una función sustitutiva para aquellas personas que *no* tienen otras actividades de ocio, de entretenimiento y de ejercicio físico (hobbies, espectáculos, deportes). En cambio, *no* cumple una función cultural sustitutoria para quienes a lo largo de su vida han carecido de otras fuentes de formación, ni para quienes carecen del hábito de la lectura de libros".

En consecuencia, sigue más adelante, "una política de extensión de la comunicación aparece, en primer lugar, como el resultado de una política que facilite el equipamiento y el acceso a los medios impresos; en segundo lugar, como una política que, modificando las formas de vida prescritas, permita el contacto con medios alternativos a la televisión; en tercer lugar, como una política de extensión cultural. Dicha política debe ser entendida en un primer paso como un programa de difusión de la alfabetización y de la cultura general, sin el cual *no* será posible integrar en una comunicación más diversificada y más rica a la mayor parte de la población; y en un segundo paso, como una ampliación de los niveles culturales por encima de la enseñanza primaria".

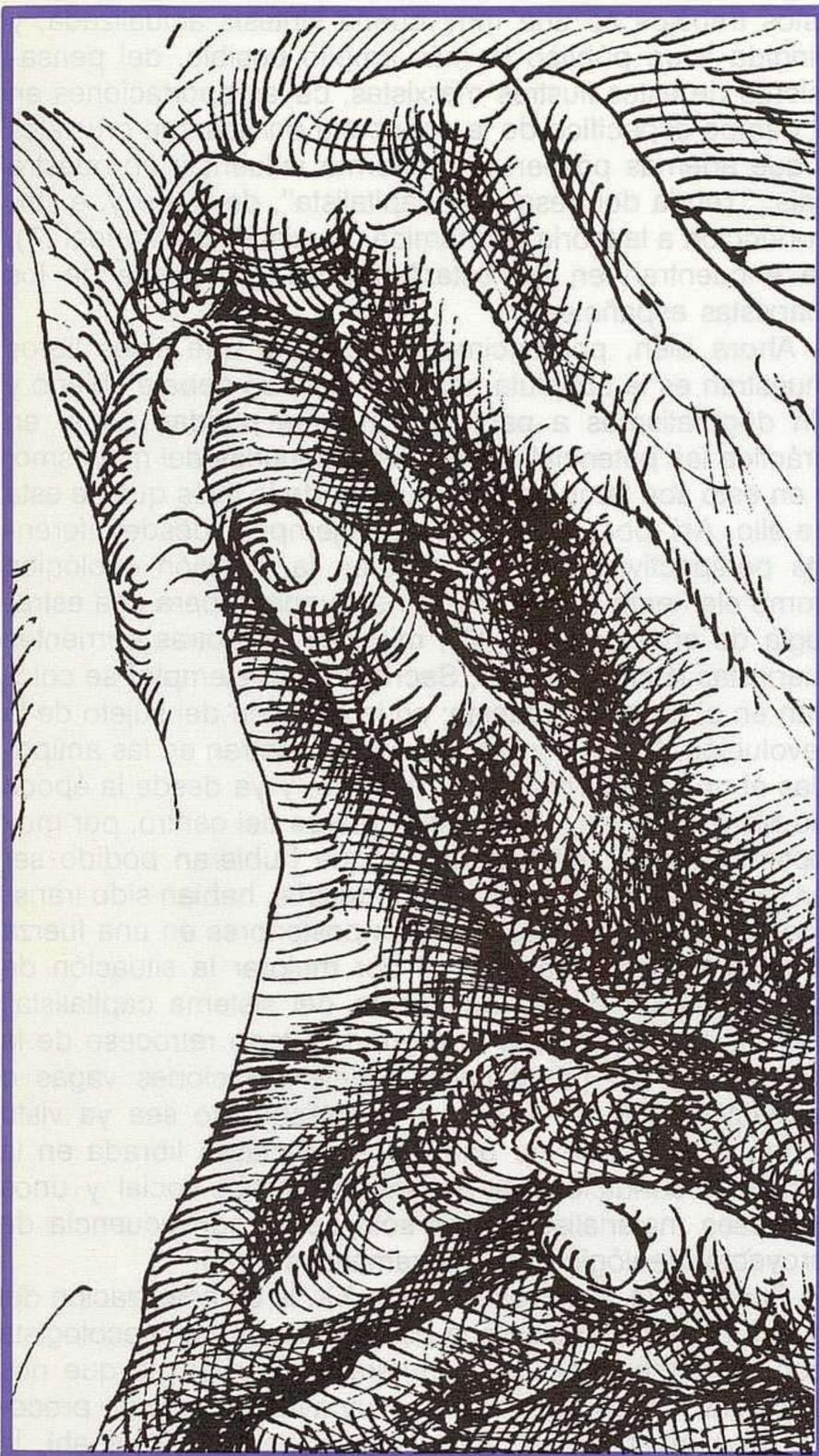
La segunda parte del estudio de Martín Serrano está dedicada al uso de los contenidos, es decir, a la selección de temas por parte de las audiencias. La tendencia de los años ochenta apunta cambios significativos con respecto a las décadas anteriores. Hoy día, los españoles valoran positivamente los temas políticos, las formas habituales de distracción, como el cine y la música moderna, y las cuestiones culturales y científicas. En cambio, valoran negativamente o se interesan mucho menos que antes por la "vida de sociedad", los "crímenes y sucesos", los temas religiosos, los asuntos considerados antes como exclusivos de la mujer (lo que denuncia el eco de la crítica ejercida por los movimientos feministas), así como los temas referidos al consumo masivo y a la publicidad.

Pero los contenidos comunicativos más apreciados en la actualidad por las audiencias españolas giran en torno a los temas relacionados con la salud, el medio ambiente y la familia, esto es, los referidos a los intereses más próximos al individuo. Este hecho se presta a dos interpretaciones. Por un lado, además de destacarse en los momentos de crisis, estos valores, en la medida en que son biológicos y etnocéntricos, podrían desembocar en una ética fascista. No obstante, el estudio aporta dos datos contrarios a la hipótesis del resurgimiento de la ideología fascista en España. La valoración positiva de esos temas no va acompañada de un aumento notable de interés por los temas esotéricos (religión, horóscopos, etc.), ni la curiosidad morbosa por la sexualidad (desviaciones, criminalidad), rasgos específicos de los valores fascistas.

Por otro lado, una interpretación más optimista consideraría que el interés por la salud, el medio ambiente y la familia puede indicar también un sistema de valores que persigue nuevas formas de solidaridad y de arraigo. El modelo tradicional de integración social basado en las comunicaciones intermedias ha quebrado en España. Entre los grandes grupos anónimos (ciudadanos, trabajadores, votantes, consumidores, amas de casa, etc.) y el sujeto individual sólo subsiste la familia próxima como comunidad intermedia. La emigración y las formas de vida urbanas han disgregado los grupos comunitarios tradicionales (parientes, vecinos, paisanos, etc.). Entre el espacio doméstico y el geográfico ya no quedan espacios intermedios para el arraigo afectivo (terruño, patria chica). De ahí que el mayor interés por los temas de la familia y la Naturaleza intente recuperar la conciencia de pertenencia a una comunidad.

Ahora bien, las posibilidades de seleccionar los temas de interés propio están limitadas. Por un lado, son los medios, o mejor dicho, sus mediadores y controladores, y no los consumidores-usuarios, los que eligen los contenidos que van a ocupar el espacio o el tiempo de cada medio. Por otro, están las limitaciones económicas, intelectuales y temporales de cada receptor que condicionan el acceso a los medios. Esta situación permite suponer que la mayoría de la población se limita a consumir los contenidos que los medios y sus condiciones de vida y de trabajo ponen a su alcance.

A pesar de estos condicionamientos, el estudio de Martín Serrano muestra que la mayoría de las audiencias adoptan una postura activa frente a la oferta a la que tienen acceso. Los receptores españoles consumen de buen grado los contenidos convencionales, tales como "comunicación para las amas de casa", "para los jóvenes", "para los padres de familia", etc. Pero, en cualquier caso, aprecian y buscan los contenidos que los relacionan con un entorno social más amplio. La apertura hacia la comunicación que facilita la integración en su entorno social se pone de manifiesto en el interés por los asuntos políticos (especialmente los regionales), la información local y los temas que ocupan su ocio. Si se tiene en cuenta que el mayor interés por estos temas va acompañado de la muy baja estima en que se tienen la "vida de sociedad", "los sucesos", los temas "femeninos" y religiosos, etc.,



resulta que se ha producido un cambio significativo en las audiencias.

Esta reorientación permite que la comunicación social facilite, en la sociedad española actual, el manejo de una realidad objetiva y no la ocultación de esa realidad. Esta hipótesis optimista de Martín Serrano se basa "en la mayor preocupación por la calidad de la vida y la creciente frustración ante las promesas incumplidas de la sociedad de consumo".

Las diferencias respecto al uso que se hacía de la comunicación social en las décadas anteriores pueden remitirse a los cambios sociales que las explican. En primer lugar, parece que la existencia cotidiana de los españoles depende, más que antes, de la comunicación social. El recurso a la TV, a la radio, la prensa o las revistas, resulta hoy casi imprescindible para trabajar, ser aceptado o estar al tanto de lo que ocurre. Las otras fuentes alternativas de comunicación (familiares, padres, amigos, veci-

nos) parece que ya no aseguran el mínimo de información necesario para que el individuo se integre y desenvuelva eficazmente en la sociedad. La transferencia de estas funciones desde el grupo primario a los medios de comunicación se debe, en gran parte, a la quiebra y desorganización de esos grupos, motivadas por la emigración y las formas de vida urbanas.

Ahora bien, el problema del desarraigo respecto al lugar de origen y a los grupos primarios con los que se mantenían comunicaciones y relaciones afectivas no puede solucionarlo la comunicación alternativa que ofrecen los medios de masas. Aunque las audiencias busquen en ellos la identificación de nuevos grupos de referencia, los medios no pueden rellenar satisfactoriamente el vacío existencial que supone la pérdida de identidad. Se trata de unas circunstancias sociales muy propensas a reforzar los valores individualistas y etnocéntricos, la fragmentación del individuo.

Por otro lado, la quiebra de las comunicaciones con los grupos primarios propicia la creación de nuevas formas de solidaridad y afiliación en la medida en que ofrezcan señas de identidad a las personas desarraigadas. Donde se imponga un régimen autoritario, afirma el autor del estudio, pueden surgir un caudillo carismático u organizaciones alucinantes que canalicen el desarraigo afectivo hacia valores y formas de vida fascistas. En la sociedad democrática, por el contrario, la solidaridad podrá organizarse en torno a los movimientos de base, tanto más afectivos cuanto más ligados estén a la región que cada cual sienta como suya. Estas circunstancias resaltan la importancia de la comunicación social para desarrollar la solidaridad social en momentos históricos como el que actualmente vive España.

La necesidad de arraigo orientará los intereses de las audiencias hacia los contenidos "de ciclo largo" (salud, familia, Naturaleza), es decir, hacia el tratamiento reproductivo de la comunicación social. El interés exclusivo por estos temas denotaría una colectividad muy conservadora, poco propensa al cambio social. Pero es evidente que el interés por este tipo de contenidos no excluye en absoluto el deseo y la necesidad de intercambiar y desarrollar la información de lo nuevo, de lo que puede transformar las cosas. Esta comunicación de contenidos de "ciclo corto" y orientación productiva enfrenta a los receptores-consumidores con la angustia existencial y social que caracteriza la sociedad española actual. Existe, por tanto, una dialéctica en el uso de la comunicación social donde se oponen, por un lado, la necesidad de una comunicación reproductiva, conservadora, y por otro, la necesidad de una comunicación productiva, creadora.

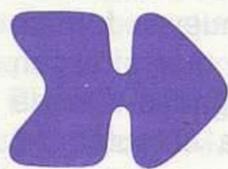
Del estudio de Martín Serrano se deduce que la imagen de conjunto de las audiencias españolas es la de un colectivo interesado en una información útil, inmediatamente aplicable a satisfacer sus necesidades sociales; que estas necesidades apenas las satisfacen otras instancias alternativas a los medios de comunicación; que la población española es consciente de que su entorno está cambiando y de que estos cambios le afectan; que la comunicación social puede y debe ayudarle a comprender hacia

dónde se orientan las transformaciones y cuál es su significado.

Por último, sólo cabe destacar la necesidad de ahondar en estudios que, como éste, conduzcan a un mejor conocimiento de la conciencia de nuestra población, a fin de desarrollar la solidaridad y encaminarla hacia transformaciones sociales que desemboquen en la emancipación del hombre. La comunicación social contribuye de forma nada despreciable a la formación de esa conciencia.

Contribuciones al marxismo

Daniel Lacalle



Hace muy poco, y en esta misma revista, Santiago Carrillo hacía una afirmación a la que en 1983 sólo se puede calificar de sorprendente y pintoresca; "es frecuente —decía— oír hablar de *diversos marxismos*, lo que supone desvair, descolorar el auténtico, aunque tal mixtificación encierre implícitamente un homenaje al valor universal de sus teorías" (1). Sorprendente, porque se creería que ese tipo de afirmaciones había sido ya desterrado del repertorio de los comunistas, al menos en Europa Occidental, debido a la evidencia de los hechos; pintoresca, porque quizá ese mismo número de NUESTRA BANDERA era una clara demostración de lo contrario, una muestra fehaciente de que, como señalaba Hobsbawm, "será de aquí en adelante imposible pensar en el marxismo puramente en singular. El marxismo es un cuerpo de pensamiento que permite una variedad de respuestas a la misma pregunta y permite hacer nuevas preguntas. Estaremos y estamos viviendo en un mundo de marxismos" (2).

Todo esto viene a cuento porque al hacer un balance de lo hasta ahora publicado a propósito de Marx y el marxismo en el centenario del primero surgían dos reflexiones: la primera era su exigüidad, apenas existe algo más que los libros, ya comentados desde aquí, de Sánchez Vázquez, Sacristán y Schaff (3), junto con *El marxismo y el futuro*, de Paul M. Sweezy (4), y *Marxismo abierto*, de Ernest Mandel (5); la segunda era su diversidad, en propuestas y en alternativas, que lleva directamente a la evidencia de los marxismos, de ahí la extrañeza ante la afirmación de Santiago Carrillo recogía al principio.

Pero los trabajos de Sweezy y Mandel, en los que quiero centrar este corto comentario, son algo más que una prueba en contra del dogma del marxismo único. Por un lado, son una prueba, también en contra, de otro dogma roto ya hace tiempo e íntimamente ligado al anterior, el que decía que el marxismo se desarrollaba en el interior de los partidos comunistas, que éstos eran los únicos difusores de esa concepción del mundo (6), puesto que ni Sweezy ni Mandel han estado nunca afiliados a ningún partido comunista. Por otro lado, cada uno de

estos trabajos es una muy buena síntesis actualizada, y dirigida a un público lo más amplio posible, del pensamiento de estos ilustres marxistas, cuyas aportaciones en el campo específico de la economía política son cruciales y que además poseen una enorme influencia en nuestro país: "Teoría del desarrollo capitalista", de Sweezy, e "Introducción a la teoría económica marxista", de Mandel (7), se encuentran en las estanterías de gran parte de los marxistas españoles.

Ahora bien, por encima de todo, lo que estos libros muestran es la absoluta necesidad de un debate abierto y sin dogmatismos a partir del cual se puedan poner en práctica las potencialidades revolucionarias del marxismo; y en esto son también una muestra de lo lejos que se está de ello. Así, por tomar un par de ejemplos: desde diferentes perspectivas, ambos plantean la cuestión ecológica como elemento subordinado y secundario para una estrategia de emancipación (8), mientras que otras corrientes marxistas (Bahro, Harich, Sacristán, por ejemplo) se colocan en el extremo opuesto; en la cuestión del sujeto de la revolución, Sweezy y Mandel se encuentran en las antípodas el uno del otro; para el primero, y ya desde la época de Marx y Engels, "las clases obreras del centro, por muy potencialmente revolucionarias que hubieran podido ser en los inicios de la revolución industrial, habían sido transformadas por las circunstancias posteriores en una fuerza reformista que se esforzaba por mejorar la situación de sus miembros dentro del marco del sistema capitalista" (9), mientras que para el segundo, "todo retroceso de la centralidad del proletariado a determinaciones vagas o inexactas conduce a que el socialismo no sea ya visto como el resultado de una lucha de clases librada en la realidad, condicionada por una situación social y unos intereses materialistas, sino sólo como consecuencia de proyecto ideológicos o programáticos" (10).

Puesto que, a finales del siglo XX, la caracterización del sujeto de la revolución o la posición de la lucha ecologista son fundamentales, una primera conclusión es que nos encontremos en una fase no muy avanzada de un proceso, que si el dilema socialismo o barbarie está ahí, la forma de alcanzar el primero no está clara; y para ponerla en marcha, las aportaciones, estas aportaciones, de Sweezy y Mandel, junto con otras muchas, son necesarias.

NOTAS

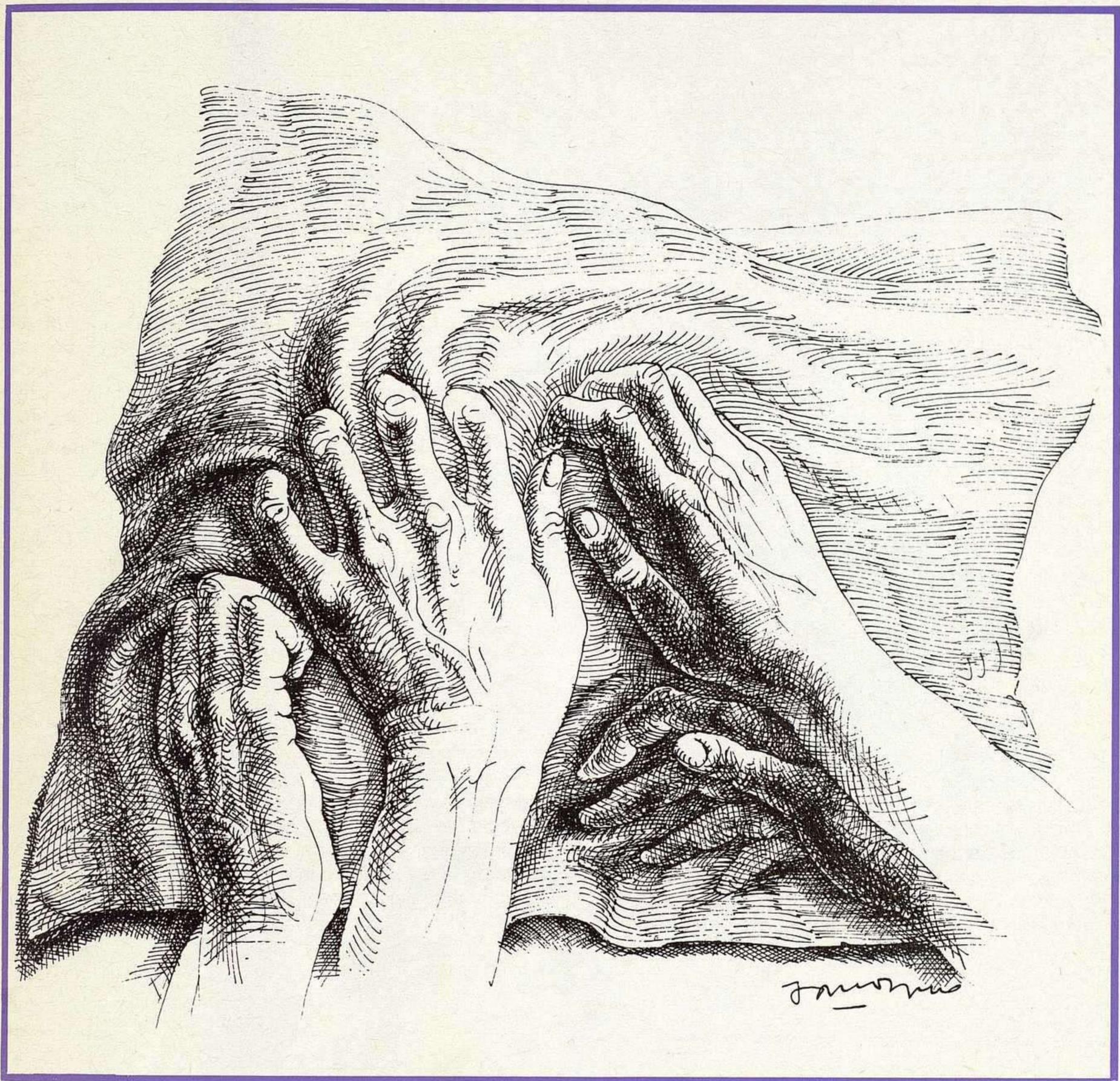
(1) Santiago Carrillo: "La internacional será el género humano...", en NUESTRA BANDERA, núms. 118/119, pág. 21, subrayado en el original.

(2) Eric Hobsbawm y otros: "Un debate sobre marxismo", en NUESTRA BANDERA, núms. 118/119, pág. 43.

(3) Sobre ellos, ver mis comentarios "Sacristán y el marxismo", NUESTRA BANDERA, núms. 118/119, págs. 147-150, y "¿Qué podemos hacer los comunistas?", NUESTRA BANDERA, núm. 120, págs. 71-73.

(4) Paul M. Sweezy: "El marxismo y el futuro" (Crítica, Barcelona, 1983), traducción de Joaquín Sempere, 134 págs., 400 ptas.

(5) Ernest Mandel y Johannes Agnoli: "Marxismo abierto. Una conversión sobre dogmas, ortodoxia y la herejía de la reali-



dad" (Crítica, Barcelona, 1983), traducción de Gustan Muñoz, 154 págs., 450 ptas.

(6) Por ejemplo, en la recensión hecha por la desaparecida revista del PCF *La Nouvelle Critique* al libro de Baran y Sweezy, "El capital monopolista" (Siglo XXI, México, 1968), se negaba explícitamente su carácter marxista; en cuanto a Mandel, lo normal en la prensa comunista es denominarle trotskista, evitando el apelativo marxista.

(7) P. M. Sweezy: "Teoría del desarrollo capitalista" (Fondo de Cultura Económica, México). Ernest Mandel: "Introducción a la teoría económica marxista" (Nova Terra, Barcelona).

(8) "Hago abstracción de consideraciones ecológicas, pero estoy convencido de que problemas de esta índole podrían hallar soluciones razonables e incluso ventajosas desde un punto de vista humano si la producción estuviera realmente dirigida a

satisfacer necesidades, y no a maximizar beneficios"; Sweezy: "El marxismo...", op. cit., págs. 58-59; "Un programa que se limite a las cuestiones ecológicas, que excluya por tanto toda la problemática de la crisis en marcha del capitalismo tardío, ha de rechazarse no sólo como no realista, sino también como directamente reformista, es decir, conducente a la colaboración de clases". Mandel: "Marxismo...", op. cit., pág. 76.

(9) Sweezy: "El marxismo...", op. cit., pág. 116.

(10) Mandel: "Marxismo...", op. cit., pág. 89.



Walter Scott



Jamieson